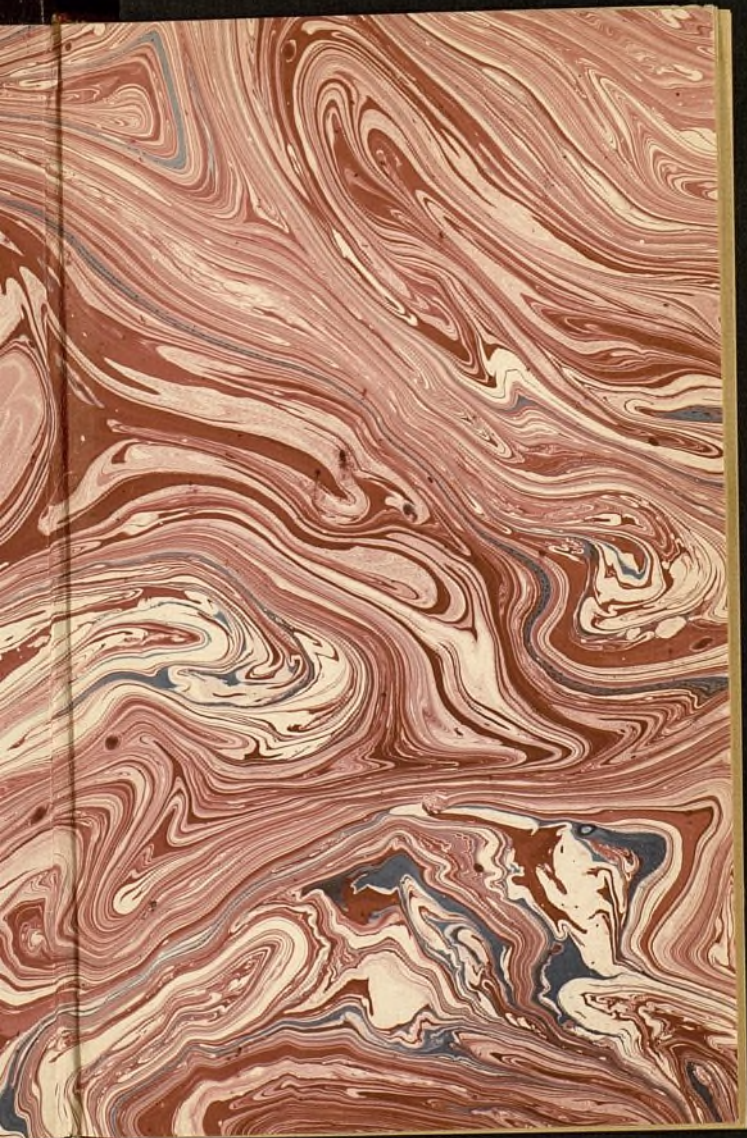


02





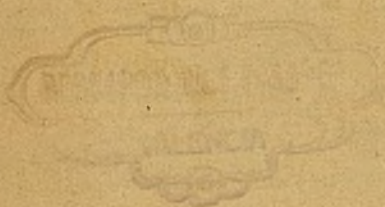
C-55102

C
55102

COLECCION DIAMANTE



XXIX



5

COLECCIÓN DIAMANTE

TOMOS PUBLICADOS

- I.—De R. de Campoamor: Doloras, 1.^a serie.
- II.—Doloras, 2.^a serie.
- III.—Humoradas y Cantares.
- IV.—Los Pequeños Poemas, 1.^a serie.
- V.—Los Pequeños Poemas, 2.^a serie.
- VI.—Los Pequeños Poemas, 3.^a serie.
- VII.—Colón, poema.
- VIII.—El Drama Universal, poema, 1.^o tomo.
- IX.—El Drama Universal, poema, 2.^o tomo.
- X.—El licenciado Torralba.
- XI.—Poesías y Fábulas, 1.^a serie.
- XII.—Poesías y Fábulas, 2.^a serie.
- XIII.—De E. Pérez Escrich: Fortuna, historia de un perro agradecido.
- XIV.—De A. Lasso de la Vega: Rayos de luz.
- XV.—De Federico Urrecha: Siguiendo al muerto.
- XVI.—De Alfonso Pérez Nieva: Los humildes.
- XVII.—De Salvador Rueda: El gusano de luz.
- XVIII.—De Sinesio Delgado: Lluvia menuda.
- XIX.—De Carlos Frontaura: Gente de Madrid.
- XX.—De Miguel Melgosa: Un viaje a los infiernos.
- XXI.—De A. Sánchez Pérez: Botones de muestra.
- XXII.—De J. M. Matheu: ¡Rataplán!
- XXIII.—De Teodoro Guerrero: Gritos del alma.
- XXIV.—De Tomás Luceño: Romances y otros excesos.
- XXV.—De L. Ruiz y Contreras: Palabras y plumas.
- XXVI.—De Ricardo Sepúlveda: Sol y sombra, prosa y verso.
- XXVII.—De J. López Silva: Migajas.
- XXVIII.—De F. Pi y Margall: Amadeo de Saboya.
—Juan de Mariana.—D. Juan Tenorio.
- XXIX.—De Emilia P. Bazán: Arco Iris, cuentos.

2 rs. tomo.



Enrta Pardo Bazán

EMILIA PARDO BAZÁN



ARCO IRIS

CUENTOS

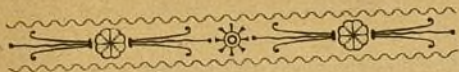


BARCELONA

LÓPEZ, EDITOR, LIBRERIA ESPAÑOLA

RAMBLA DEL CENTRO, N.º 20

A. López Robert, impresor, Asalto, 63.



I

VIERNES SANTO

Fué el cura de Naya, hombre comunicativo, afable y de entrañas excelentes, quien me refirió el atroz sucedido, ó, por mejor decir, la cadena de sucedidos atroces, que apenas creería yo á no aclararse y explicarse perfectamente por el relato del párroco las veladas indicaciones de la prensa y los rumores difundidos en el país. Respetaré la forma de la narración, sintiendo no poder reproducir la expresión de la fisonomía ingénua y jovial del que narraba.

«Ya sabe usted—dijo—que así como en Andalucía crece la flor de la canela, en este rincón de Galicia podemos alabarnos de culti-

var la flor de los caciques. No sé cómo serán los de otras partes; pero vamos, que los de por acá son de patente. Bien se acordará usted de aquel *Trampeta* y aquel *Barbacana*, que traían á Cebre convertido en un infierno. Trampeta ahora dice que se quiere meter en pocos belenes, porque ya no lo ahorcan por treinta mil duros; y Barbacana, que está que no puede con los calzones, como se la tenían jurada unos cuantos y salvó milagrosamente de dos ó tres asechanzas, al fin ha determinado irse á pasar la vejez á Pontevedra, porque desea morir en su cama, según conviene á los hombres honrados y á los cristianos viejos como él. ¡Ja, ja....!

Retirados ó poco menos esos dos pejes, quedó el país en manos de otro, que usted también habrá oído de él: Lobeiro, que en confianza le llamábamos *Lobo*, y ¡já fe que le caía! Yo, si usted me pregunta cómo consiguió Lobeiro apoderarse de esta región y tenerla así, en un puño, que ni la yerba crecía sin su permiso, le contestaré que no lo entiendo; porque me parece increíble que en nuestro siglo y cuando tanto cantan libertad, se pueda vivir más sujeto á un señor que en tiempos del conde Pedro Madruga. No, y no hay que echar baladronadas: yo era el primerito que agacha-

ba las orejas y callaba como un raposo. Uno estima la piel, y aun más que la piel, si á mano viene, la tranquilidad.

A veces me ponía á discurrir, y decía para mi sotana: este rayo de hombre, ¿en qué consiste que se nos ha montado á todos encima, y por fuerza hemos de vivir súbditos de él, haciendo cuanto se le antoja, pidiéndole permiso hâsta para respirar? ¿Quién le instituyó dueño de nuestras vidas y haciendas? ¿No hay leyes? ¿No hay Tribunales de justicia?—Pero mire usted: todo eso de leyes es nada más que conversación. Los magistrados están lejos y el cacique cerca. El Gobierno necesita tener asegurada la mecánica de las elecciones, y al que le amasa los votos le entregan desde Madrid la comarca en feudo. A los señores que se pasean allá por el Prado y por la Castellana, sin cuidado les tiene que aquí nos am.... ¡Ay! Tente, lengua, que ya iba á soltar un disparate.

Pues volviendo al caso, Lobeiro, así para el trato de la conversación, era un hombre antipático, de pocas palabras, que cuando se veía comprometido, se reía regañando los dientes, muy callado, mirando de través. No se fie usted nunca del que no ríe franco ni mira derecho: muy mala señal. La cara suya

parecía el Pico Medelo, que siempre anda embocado en *brétemas*. Lo único á que ponía un caríz como el de las demás personas, era á su chiquilla, su hija única, que por cierto no se ha visto cosa más linda en todo este país. La madre fué en tiempos una buena moza; pero la rapaza.... ¡qué comparación! Un pelo como el oro, un cutis que parecía raso, un par de ojos azules como dos estrellas.... ¡Micaeliña! ¡Lo que corrí con ella el día del patrón de Boán! Porque á la criatura le rebosaba la alegría, y Lobeiro, al oirla reir, cambiaba de aspecto: se volvía otro hombre.

Sólo que, por desgracia, esta influencia no pasaba de los momentos en que tenía cerca á la criatura. El resto del año, Lobeiro se dedicaba á perseguir al uno, empapelar al otro, sacarle el redaño á éste y echar á presidio á aquél. ¿Usted no ha leído el *Catecismo del labriego*, compuesto por el tío Marcos da Portela, doctor en teología campestre? Pues el tipo del secretario que allí pinta, el de Lobeiro clavado: criado para infernar la vida del labriego infeliz, llenarlo de vejaciones y disputarle la triste corteza de pan, amasada con su sudor, único alimento de que dispone para llevar á la boca. Y repare usted lo que sucedía con Lobeiro; hoy hace una picardía, y le obe-

decen como uno; mañana hace diez, y ya le rinden acatamiento como diez; al otro día un millón, y como un millón se impone. Empezó por chanchullos pequeñitos, de esos que se hacen en el Ayuntamiento á mansalva; trabucos de cuentas, recargos de contribución, repartos *ad libitum*, y lo demás de rúbrica. Poco á poco, la gente aguantando y él aprendiendo más, llega el caso de que me encuentro yo á un infeliz aldeano en un camino hondo, llevando de la cuerda su mejor ternero.—Andrés, ¿adónde vas con el cuxo? feria hoy no la hay.—¿Qué feria, ni feria, señor abad?—¿Pues entonces?—Señor abad, por el alma de quien le parió, no diga nada. Es para ese condenado de Lobeiro, que me lo mandó á pedir, y si no se lo entrego me arruina, acaba conmigo, y hasta muero avergonzado en la cárcel.—Y el pobre hombre, cuando me lo decía, tenía los ojos como dos tomates, encarnizados de llorar. ¡Ya comprende usted lo que es para el labriego su ganado! Dar aquel ternero, era en plata dar las telas del corazón.

Sólo una cosa estaba segura con Lobeiro: la honra de las mujeres: y no por virtud, sino porque no cojeaba de ese pie. Algunos de sus satélites, en cambio, bien se desquitaban. ¿Que si tenía satélites? ¡Madre querida! Una hueste

alistada en toda regla. Usted no dejará de recordar que cuando apareció en un monte el mayordomo del marqués de Ulloa, hace ya algunos años, seco de un tiro, todo el mundo dijo que lo había mandado matar el cacique Barbacana, y que el instrumento fuera un bandido llamado el Tuerto de Castrodorna, que lo más del tiempo se lo pasaba en Portugal huyendo de la justicia. Pues esa joya la heredó Lobeiro, sólo que mejoró el procedimiento de Barbacana, y en vez de un forajido solo, reclutó una cuadrilla perfectamente organizada, con su santo y seña, sus consignas, su secreto, sus estratagemas y su táctica, para verificar sus sorpresas de un modo expeditivo y seguro. Nosotros teníamos esperanzas de que, al acabarse las trifulcas revolucionarias y las guerras civiles, mejoraría el estado del país y se afianzaría la seguridad personal. ¡Busca seguridad! ¡Busca mejoras! Lo mismo ó peor anduvieron las cosas desde la restauración de Alfonso, y si me apuran, digo que la Regencia vino á darnos el cachete. Antes, unos gritaban: *¡Viva esto!* los otros: *¡Viva aquello!* que república, que D. Carlos.... Eran ideas generales, y parece que criaban ménos saña entre unos y otros. Hoy estamos á quien gana las elecciones, á quien se hace árbitro de

esta tierra.... y todos los medios son buenos, y caiga el que cayere. Total, como decimos aquí: salgo de un soto y métome en otro.... pero más obscuro y más poblado.

Como íbamos contando, la pandilla de Lobeiro empezó á ser el terror del país. Tan pronto veíamos llamas.... ¿qué ocurre? Pues que le queman el pajar, y el alpendre, y el horreo, y la casa misma, al Antón de Morlás ó al Guillermo de la Fontela. Tan pronto aparece derrengado, molido á palos, uno que no se quiso someter á Lobeiro en esto ó en lo de más allá... y cuando le preguntan quien le puso así, responde una mentira: que rodó de un vallado ó se cayó de una higuera cogiendo higos.... señal de que si revela la verdad, sentenciado está á pena más grave. Por último, un día se nota la desaparición de cierto sujeto, un tal Castañeda, alguacil; ni visto ni oído, como si se evaporase. La voz pública (muy bajito) susurra que ese hombre le estorbaba á Lobeiro ó se le había opuesto en un amaño muy gordo. Se espera una semana, dos, tres, que parezca el cadáver, ó el vivo, si vivo está aún; nada. La viuda hace registrar el Avieiro, incluso el pozo grande; mira debajo de los puentes, recorre los montes.... Ni rastro. Igual que si se lo hubiese tragado la tierra. Y probablemente

así sería. ¡Un hoyo es tan fácil de abrir!

Este Castañeda tenía un sobrino, muchacho templado, como que allá en sus mocedades proyectaba dedicarse á la carrera militar, y luego, por no separarse de su madre, que ya iba vieja, y de una hermana jovencita, prefirió quedarse en el país y vivir cuidando de unos bienecillos que le correspondían por su hijuela, y de los de la hermana y la madre. El era un medio señor y medio labrador, y en el país, como todo el mundo tiene su apodo, le conocían por el de *Cristo*. ¿Dice usted que un novelista de Francia llama así á uno de sus personajes? Pues mire, ese de hijo lo inventará: yo, no; tan cierto es, como que usted está ahí sentada y yo refiriéndole este caso. En el apodo—atienda usted bien—está mucha parte del intríngulis de mi historia. ¿Qué por qué le pusieron ese alias? No lo sé á derechas; creo que por parecerse á un Cristo muy grande y muy devoto que se venera en el santuario de Boán.

De modo que el bueno de Cristo, no bien supo la desaparición de su tío Castañeda, no se calló como los demás, como la misma infeliz viuda, que temblaba que después de suprimirle al marido le pegasen fuego á la casita y la echasen en sus últimos años á pedir limosna. En las ferias y en las romerías, en el

atrio de la iglesia y en la botica de Cebre, el muchacho alzó la voz cuanto pudo, clamando contra la tiranía de Lobeiro y diciendo que el país tenía que hacer un ejemplo con él; cazarle lo mismo que á un lobo, para que escarmentasen los demás lobos que se estaban criando en la madriguera, dispuestos á devorarnos. Decía que estas cosas no suceden sino en el país que las sufre; que donde los hombres tienen bragas no se consienten ciertos abusos; que en Aragón ó en Castilla ya le habrían ajustado á Lobeiro la cuenta con el trabuco ó la navaja; que si el cacique se le ponía delante, él, aunque se perdiese y dejase desamparadas madre y hermanita, era capaz de arrancarle los dientes á la fiera. Al pronto le oíamos asustados; pero como todo se pega, y el valor y el miedo, en particular, son contagiosos lo mismo que el cólera, iba formándose alrededor de Cristo un núcleo de gente que le daba la razón, diciendo que por todos los medios había que descartarse de Lobeiro y conjurar aquella plaga. Los gallegos no somos cobardes, ¡quién! Lo que nos falta á veces es la iniciativa del valor. Necesitamos uno que empiece, y ¡zas! allá seguimos de reafá. Cristo iba sumando voluntades, y conforme pasaba tiempo y veían que de hablar así no se le originaba perjuicio alguno, la al-

garada crecía, y el cacique, intimidado, en nuestro concepto, por haber encontrado al fin quien le presentase la cara, andaba mansito y derecho; como que pasaron más de tres meses sin sabérsele ninguna fechoría mayor.

El día de la feria grande de Arnedo, que es allá por el mes de Abril, en Pascua, volvía yo á mi parroquia, después de pasar el rato bebiendo un poco de Tostado y comiendo unas rosquillas, cuando á poca distancia del pueblo empareja con mi mula la yegüecilla de Ramón Limioso (usted le conoce; el señorito del Pazo, un caballero cumplidísimo), y me pregunta lo mismito que yo le pregunto á usted:—Y Cristo, ¿le ha visto usted en la feria?—¿Cristo? No. No le encontré.... por ninguna parte.—¿Tampoco en el mesón?—Tampoco.—¿A qué horas vino usted?—Tempranito: á las siete ya andaba yo por Arnedo.—¿Sabe que me choca?—¿Y por qué ha de chocarle?—Porque estábamos citados: él quería deshacerse de su jaco, y yo le vendía mi toro, ó se lo cambalachaba; según.—¡Bah! Cristo es un rapaz todavía; aún no cumplió los treinta.... ¡sabe Dios por donde anda á estas horas!—No, Eugenio; pues yo le digo que me choca, que me escama.—Aún vendrá, hombre. Son las tres, y hasta las seis ó siete de la tarde no se deshace la feria.

Ramón Limioso meneó la cabeza, y volvió grupas hacia Arnedo. Ni me acordé más del asunto, hasta que á las veinticuatro horas me llegó el primer rum rum de la desaparición de Cristo. El mismo misterio que en lo de su tío Castañeda; ni rastro del muchacho por ninguna parte. La madre andaba como loca, pregunta que te preguntarás, de casa en casa; la hermana salía de un ataque nervioso para caer en un síncope; la justicia local, como de costumbre, se lavaba las manos—imposible parece que así y todo las tenga tan puercas—y del chico, ni esto. Por fin, al cabo de una semana, lo que es aparecer, apareció.... ¿Pero dónde? Metido en un hórreo, hecho una lástima, en descomposición.... Son pormenores horribles; bueno, se trata de que se imponga usted de cómo había ocurrido la cosa. Yo ví el cadáver y me convencí de que no había exageración ninguna en lo que se refirió después. Debían de haberle atormentado mucho tiempo, porque estaba el cuerpo hecho una pura llaga: á mí se me figura que lo azotaron concuerdas, ó que lo tundieron á varazos: las señales eran como rayas ó surcos en el pellejo. Para acabarlo le dieron un corte así en la garganta. El rostro, desfiguradísimo; sólo una madre—¡pobre señora!—reco-

noce y se determina á besar un rostro semejante.

Sí, estoy conforme: es una infamia, un crimen que clama al cielo, lo que usted guste.... Pero usted también va á convenir conmigo. También va á decir que todo ello es moco de pavo en comparación del último refinamiento salvaje, de que no tiene noticia aún. Porque matar, atormentar, se llama así, atormentar y matar, y se acabó; ¿pero cómo se llama el escarnio, la befa más inconcebible, el reto á Dios, que consiste en lo siguiente: elegir, para dar tal género de muerte á ese hombre que la gente apodaba Cristo.... elegir.... ¿qué día del año piensa usted?

¡El Viernes Santo!

—Pecador soy como el que más,—prosiguió el párroco de Naya con la voz y el gesto transformados por una seriedad profunda;—pecador soy, indigno de que Dios baje á estas manos; no tengo vocación de santo como el cura de Ulloa, ni me gusta echar sermones con requilorios como el de Xabreñes; pero en semejante ocasión, al enterarme de la monstruosidad, no sé qué hormigueo me entró por el cuerpo, no sé qué vuelta me dió la sangre ni qué luminarias me danzaron delante de los

ojos.... que, vamos, al pino más alto del pinar de Morlán me subiría para gritar: ¡maldición y anatema sobre Lobeiro!—¡La plática que les encajé á mis feligreses el Domingo! Ni Isaias.... fuera el alma.—Con un arrebató que aún hoy me asombra, les dije que Dios, al parecer, se hace el sordo y el ciego, pero es como quién toma carrera para saltar mejor; que ningún crimen queda impune; que la sangre de Abel siempre grita venganza, y que me creyesen á mí, que á fe de Eugenio, nadie se quedaría sin su merecido, y por medios inescrutables, pero seguros, cuando estuviese más descuidado. «Quien fosa cava, en ella caerá», me acuerdo que grité como un energúmeno. Por supuesto que era hablar por no callar: tanto sabía yo del castigo dichoso, como de la primera camisa que vestí: sólo que en aquel entonces, de veras me parecía que así iba á suceder, que Lobeiro estaba emplazado, y que la inspiración hablaba por mi boca. *Spiritus ejus in ore meo.*

Poco á poco se fué acallando el *rebumbio* del asesinato de Cristo. La madre y la hermana, convertidas en dos sombras, flaquitas y de riguroso luto, fueron el único recuerdo que quedó de la tragedia. En la gente siempre fermentaba el odio contra el cacique, pero lo

comprimía el temor. Es de advertir que por entonces *los* de Lobeiro cayeron, y necesariamente el maldito, no teniendo la sartén por el mango, se reportó en sus exacciones y sus iniquidades. El país respiró unas miajas. El bando de Trampeta aleteó. Lobeiro, en el interregno, se dedicó á una ocupación pacífica: reconstruir su casa, que era muy vieja y ya mezquina para las exigencias de su nueva posición; porque la fortuna del cacique había crecido mucho, y su mujer, amiga de lujos, de comilonas y de tirar de largo, le metió en la cabeza hacer vivienda nueva, y, la verdad con todos sus perendengues: dos pisos de piedra sillar, magnífica, ventanas con unas rejas imponentes, puerta como la de un castillo. su gran escalera, su sala de recibir, su cocina hermosísima.... ¡Una casa para Orense! En el país se hablaba mucho del tal edificio, y de la seguridad que ofrecía y de las precauciones que revelaba aquel modo de edificar,—precauciones tomadas para defensa contra la que tenía el cacique.

Enemigos, á miles se le podían contar; y sin embargo, como el hombre se mantenía agachado, nadie se metía con él, temeroso de despertarle. El gran alboroto fué el que se armó cuando de repente, sin que lo barruntásemos

ni poco ni mucho, se volcó la tortilla y subió nuevamente al poder el partido de Lobeiro.

¡Madre mía, el terror que cayó sobre nosotros! Lobeiro otra vez mandando, rey otra vez de la comarca; otra vez á su disposición la hacienda, la tranquilidad, la vida de todos; otra vez los cadáveres en los hórreos ó en el fondo del Avieiro ó en un hoyo profundo, allá por las asperezas de algún pinar! ¿Quién respiraba? ¿Quién dormiría tranquilo? ¿Quién estaba seguro de no perecer martirizado?

Usted se va á reir si la digo una cosa. No, no se reirá: al contrario: se hará cargo mejor que nadie, porque tiene costumbre de reflexionar sobre estas singularidades propias de la naturaleza humana.—El miedo, á veces, es el mejor agente del valor. Sí: por miedo se cumplen actos de heroismo: por canguelo se realizan acciones que en estado normal nos ponen los pelos de punta. Una persona que se ve rodeada de llamas, ó teme que el incendio se propague y la pille encerrada en una habitación y el humo la asfixie, no se encomienda á Dios ni al diablo para arrojarle de un quinto piso á la calle, aunque se estrelle. Con esto quiero decirle cómo á las gentes de Cebre y sus cercanías, el propio terror de caer en las uñas de Lobeiro les infundió una determina-

ción tremenda, adoptada con cautela tal, que todo lo hicieron en el mismo silencio y unión que cuenta usted que profesan los nihilistas rusos. Verá, verá como ocurrió la cosa.

Llegado el día de la fiesta de la Virgen en el santuario de Boán, fui yo allá convidado por el cura, que es amigo. Se reunió una muchedumbre, que era aquello un hormiguero: hubo sus cohetes, sus gaitas, sus *bailas*, sus calderadas de pulpo y su tonel de mosto: lo que sabe usted que nunca falta en tales romerías. También andaban algunas señoritas muy emperifolladas dando vueltas y luciendo los trapitos flamantes: y la más bonita de todas, Micaeliña, que paseaba con la madre por debajo de los robles, hecha un sol de guapa. Acababa de cumplir los trece años: se conoce que estrenaba vestido, y no cabía en sí de contenta: el vestido era blanco, con lazos color de rosa, precioso, de seda riquísima, un disparate para una chiquilla así. La madre: «Micaeliña, no te arrugues» — por aquí y — «Micaeliña, no te manches» por allá;—y la criatura, al principio, respetando mucho la gala; pero, ya se ve, luego se cansó de guardarle miramientos al vestido majo, y vino disparada á tirarme del balandrán. «Eugenio, ¿corremos?» Al principio fui á remolque; pero al fin.... este pícaro

genio gaitero que tengo yo.... me hizo la rapaza pegar mil carreras por aquellas cuestas abajo, riendo los dos como locos. Y cuidado que me daba no sé qué por el cuerpo el ver á Lobeiro allí, á dos pasos, con sus manos donde yo sabía que había manchas de sangre fresca.

El diantre del cacique, cuando me vió tan divertido con la hija, me llamó aparte, y sin mirarme una vez siquiera, con los ojos torcidos para el suelo, me dijo: «Hombre, Eugenio, hágame un favor: convenza á mi mujer y á la chiquilla de que va á estar muy bien Micaela en el colegio de Orense.»

—¿Y usted se separa de ella? —pregunté con asombro.

—Si, hombre.... Cosas que uno discurre porque no tiene remedio,—contestó él muy encapotado y á media habla.

Así que la familia de Lobeiro y los adláteres que siempre le escoltaban se retiraron de la romería, le pregunté al cura de Boán, extrañándome de la idea de enviar á Orense la chiquilla, cuando precisamente era el encanto de su padre. Boán me dió una explicación plausible: —«Eso lo hace por no exponer á la chiquilla á un fracaso. Le tienen amenazado de muerte, y veinte veces ya le avisaron de que su casa ha de arder. Y aunque él dice que

según la construyó no es tan fácil pegarle fuego, no quiere tener aquí á Micaeliña, porque recela alguna barbaridad.»—Ya verá usted, señora, cómo, efectivamente, no ardió la casa de Lobeiro.

.
Yo dormí en la rectoral de Boán aquella noche. Se había empinado y engullido muy regularmente, de modo que el primer sueño fué de piedra. Estaba como una marmota, que si me sueltan un redoble de tambor en los mismos oídos, no doy á pie ni á mano. Con que figúrese lo que sería la explosión, para que me incorporase en la cama de un brinco.

¡Puummm! ¡Booom! Nunca acababa de sonar. Yo á oscuras, á tientas, buscando las cerillas y gritando por el criado:—¡Eh! Ave María Purísima! Rosendo! Condenado, ¿duermes ó qué haces? ¿Se cae la casa? ¡Jesús, Dios y Señor, misericordia!

Por fin encendí el fósforo, y cuando entró Rosendo aturdido, tropezando, en ropas menores, ya no pude aguantar la risa. El muchacho casi se echó á llorar.

—Sí, ríase, que es para reír. Señor, no ría, que es pecado. Estoy que se me *arrepian* las carnes.

—Pero ¿qué hay? ¿qué demonios pasa?

—¿Y quién lo sabe, á no ser un brujo? Parece que se ha hundido mismamente el mundo todo de la tierra.

Escuché. Nada, silencio. Salí á la ventana. Ni señal de cosa alguna. Me palpé: estaba sano y bueno. El cura de Boán andaba por allí azorado, dando vueltas. Nos pusimos á hacer comentarios. Nadie se quiso volver á la cama. Cada uno hacía su conjetura, cuando ¡tras, tras! á la puerta.... Al señor cura de Boán, que vaya á dar los santos óleos y á confesar á Lobeiro, que se muere.... Boán está á medio cuarto de legua de la casa de Lobeiro. El que traía el recado nos enteró de todo.

Mientras Lobeiro, su hija y sus satélites estaban de parranda, con mucho tiento, al pie del balcón mayor, *habían* depositado veintiseis cartuchos de dinamita—lo bastante para volar una fortaleza—y su mecha correspondiente. Hecho esto, retiráronse con tranquilidad, pie ante pie. A la noche, recogida ya la familia, silencioso todo, *alguien* cogió el cabo de mecha, le prendió fuego y se desvió con mucha calma. De los veintiseis cartuchos, solo diez ó doce se inflamaron. Pero fué más de lo preciso.

No se salvó alma viviente. Entre los escombros de la casa yacían el cadáver de la mujer

de Lobeiro, el tronco mutilado del criado y el cuerpo de Micaeliña, muerta como una paloma, con sangre en las sienes, tendida al lado de su padre. El lobo aún vivía; fué el único que no pereció en el acto. Antes de expirar tuvo disponible una hora larga para contemplar á su oveja difunta.... Digan lo que quieran los sabios esos del materialismo.... ¡retaco! yó juro que hay Dios, y un Dios que castiga sin palo ni piedra.... Con dinamita; corriente. ¡Con lo que sale!

¿Quién fué el autor ó fueron los autores de la hazaña? ¡Retaco! Dios.... Digo, no; soy un bruto. Pues todos y nadie; la comarca. Llámen á declarar á Cebre entero, y respondo de que el juez no saca en limpio ni tanto así. Resultará que aquella noche nadie faltó de su casa, y que desde hace veinte años nadie compró dinamita ni pólvora más que para las bombas y las madamas de fuego de las romerías. ¿Quiere usted más? ¿A que no se atreve el Gobierno á llevar adelante la persecución? Ya ve usted, hoy mandan los de Lobeiro. ¿A que nadie va ni ocho días á la cárcel por lo que llamamos aquí *el cuento de la dinamita*?



II

EL TALISMAN

La presente historia, aunque verídica, no puede leerse á la claridad del sol. Te lo advierto, lector, no vayas á llamarte á engaño: enciende una luz, pero no eléctrica, ni de gas corriente, ni siquiera de petróleo, sino uno de esos simpáticos velones trípicos, de tan graciosa traza, que apenas alumbran, dejando en sombra la mayor parte del aposento. O mejor aún: no enciendas nada; salte al jardín, y cerca del estanque, donde las magnolias derraman elluvios embriagadores y la luna rieles argentinos, oye el cuento de la mandrágora y del barón de Helynaggy.

.
Conoci á este extranjero (y no lo digo por

prestar colorido de verdad al cuento, sino porque en efecto le conocí) del modo más sencillo y menos romancesco del mundo: me lo presentaron en una fiesta de las muchas que dió el embajador de Austria. Era el barón primer secretario de la embajada; pero ni el puesto que ocupaba, ni su figura, ni su conversación, análoga á la de la mayoría de las personas que á uno le presentan, justificaban realmente el tono misterioso y las reticentes frases con que me anunciaron que me le presentarían, al modo con que se anuncia algún importante suceso.

Picada mi curiosidad, me propuse observar al barón, si era posible. Parecióme fino, con esa finura engomada de los diplomáticos, y guapo, con la belleza algo impersonal de los hombres de salón, muy acicalados por el ayuda de cámara, el sastre y el peluquero—goma también, goma todo.—En cuanto á lo que valiese el barón en el terreno moral é intelectual, difícil era averiguarlo en tan insípidas circunstancias. A la media hora de charla volví á pensar para mis adentros: «Pues no sé por qué hablan de este señor con tanto énfasis.»

Apenas dió fin mi diálogo con el barón, pregunté á diestro y siniestro, y lo que saqué en

limpio acrecentó mi curioso interés. Dijéronme que el barón poseía nada menos que un talismán. Sí, un talismán verdadero: algo que, como la *piel de zapa* de Balzac, le permitía realizar todos sus deseos y salir airoso en todas sus empresas. Refiriéronme golpes de suerte, inexplicables á no ser por la mágica influencia del talismán. El barón era húngaro, y aunque se preciaba de descender de Tacsoni, el glorioso caudillo magyar, lo cierto es que el último vástago de la familia de Helynagy puede decirse que vegetaba en la estrechez, confinado allá en su vetusto solar de la montaña. De improviso, una serie de raras casualidades concentró en sus manos respetable caudal: no sólo se murieron oportunamente varios parientes ricos, dejándole por universal heredero, sino que al ejecutar reparaciones en el vetusto castillo de Helynagy, encontróse un tesoro en monedas y joyas. Entonces el barón se presentó en la corte de Viena según convenía á su rango, y allí se vieron nuevas señales de que sólo una protección misteriosa podía dar la clave de tan extraordinaria suerte. Si el barón jugaba, era seguro que se llevaba el dinero de todas las puestas; si fijaba sus ojos en una dama, en la más inexpugnable, era cosa averiguada que la dama se

ablandaría. Tres desafíos tuvo, y en los tres hirió á su adversario: la herida del último fué mortal, cosa que pareció advertencia del destino á los futuros contrincantes del barón. Cuando éste sintió el capricho de ser ambicioso, de par en par se le abrieron las puertas de la Dieta, y la secretaria de la embajada en Madrid hoy le servía únicamente de escalón para puesto más alto. Susurrábase ya que le nombrarían ministro plenipotenciario el invierno próximo.

Si todo ello no era patraña, efectivamente merecía la pena de averiguar con qué talismán se obtienen tan envidiables resultados; y yo me propuse saberlo, porque siempre he profesado el principio de que en lo fantástico y maravilloso hay que creer á pies juntillas, y el que no cree—por lo menos desde las once de la noche hasta las cinco de la madrugada,—es tuerto del cerebro, ó sea medio tonto.

A fin de conseguir mi objeto hice todo lo contrario de lo que suele hacerse en casos tales: procuré conversar con el barón á menudo y en tono franco, pero no le dije nunca palabra del talismán. Hastiado probablemente de conquistas amorosas, estaba el barón en la disposición más favorable para no pecar de fatuo, y ser amigo, y nada más que amigo, de

una mujer que le tratase con amistosa llaneza. Sin embargo, por algún tiempo mi estrategia no surtió efecto alguno: el barón no se espon-taneaba, y hasta percibí en él, más que la in-solente alegría del que tiene la suerte en la mano, un dejo de tristeza y de inquietud, una especie de negro pesimismo. Por otro lado, sus repetidas alusiones á tiempos pasados, tiempos felices, oscuros, y á un repentino en-cumbramiento, á una deslumbradora racha de felicidad, confirmaban la versión que corría. El anuncio de que había sido llamado á Viena el barón y que era inminente su marcha, me hizo perder la esperanza de saber nada más.

Pensaba yo en esto una tarde, cuando precisamente me anunciaron al barón. Venía sin duda á despedirse y traía en la mano un objeto que depositó en la mesilla más próxima. Sentóse después, y miró alrededor como para cerciorarse de que estábamos solos. Sentí una emoción profunda, porque adiviné con rapidez intuitiva, femenil, que del talismán iba á tratarse.

—Vengo—dijo el barón—á pedir á usted, señora, un favor inestimable para mí. Ya sabe usted que me llaman á mi país, y sospecho que el viaje será corto y precipitado. Poseo un

objeto.... una especie de reliquia.... y temo que los azares del viaje.... En fin, recelo que me la roben, porque es muy codiciada, y el vulgo le atribuye virtudes asombrosas. Mi viaje se ha divulgado: es muy posible que hasta se trame algún complot para quitármela. A usted se la confío: guárdela usted hasta mi vuelta y la seré deudor de verdadera gratitud.

¡De manera que aquel talismán precioso, aquel raro amuleto, estaba allí, á dos pasos, sobre un mueble, é iba á quedar entre mis manos!

—Tenga usted por seguro, que si la guardo estará bien guardada—respondí con vehemencia;—pero antes de aceptar el encargo, quiero que usted me entere de lo que voy á conservar. Aunque nunca he dirigido á usted preguntas indiscretas, sé lo que se dice, y entiendo que, según fama, posee usted un talismán prodigioso que le ha proporcionado toda clase de venturas. No le guardaré sin saber en qué consiste, y si realmente merece tanto interés.

El barón titubeó. Ví que estaba perplejo y que vacilaba antes de resolverse á hablar con toda verdad y franqueza. Por último prevaleció la sinceridad, y no sin algún esfuerzo, dijo:

—Ha tocado usted, señora, á la herida de mi alma. Mi pena y mi torcedor constante es la duda en que vivo, sobre si realmente poseo un tesoro de mágicas virtudes, ó cuido supersticiosamente un fetiche despreciable. En los hijos de este siglo, la fe en lo sobrenatural es siempre torre sin cimiento: el menor soplo de aire la echa por tierra. Se me cree *feliz*, cuando realmente no soy más que *afortunado*: sería feliz si estuviese completamente seguro de que lo que ahí se encierra es en efecto un talismán que realiza mis deseos y pára los golpes de la adversidad; pero este punto es el que no puedo esclarecer. ¿Qué sabré yo decir? Que siendo muy pobre y no haciendo nadie caso de mí, una tarde pasó por Helynagy un israelita venido de Palestina, y se empeñó en venderme eso, asegurándome que me valdría dichas sin número. Lo compré... como se compran mil chucherías inútiles... y lo eché en un cajón. Al poco tiempo empezaron á sucederme cosas que cambiaron mi suerte, pero que pueden explicarse todas... sin necesidad de milagro.—Aquí el barón sonrió y su sonrisa fué contagiosa.—Todos los días—prosiguió recobrando su expresión melancólica—estamos viendo que un hombre logra en cualquier terreno lo que no merece..., y es co-

Arco

2

riente y usual que duelistas inexpertos venzan á espadachines famosos. Si yo tuviese la convicción de que existen talismanes, gozaría tranquilamente de mi prosperidad. Lo que me amarga, lo que me abate, es la idea de que puedo vivir juguete de una apariencia engañosa, y que el día menos pensado caerá sobre mí el sino funesto de mi estirpe y de mi raza. Vea usted cómo hacen mal los que me envidian, y cómo el tormento del miedo al porvenir compensa esas dichas tan cacareadas. Así y todo, con lo que tengo de fe me basta para rogar á usted que me guarde bien la cajita.... porque la mayor desgracia de un hombre es el no ni ser escéptico del todo, ni creyente á macha martillo.

Esta confesión leal me explicó la tristeza que había notado en el rostro del barón. Su estado moral me pareció digno de lástima, porque en medio de las mayores venturas le mordía el alma el descreimiento, que todo lo marchita y todo lo corrompe. La victoriosa arrogancia de los hombres grandes dimanó siempre de la confianza en su estrella, y el barón de Helynaggy, incapaz de creer, era incapaz asimismo para el triunfo.

Levantóse el barón, y recogiendo el objeto que había traído, desenvolvió un paño de raso

negro y ví una cajita de cristal de roca con aristas y cerradura de plata. Alzada la cubierta, sobre un sudario de lienzo guarnecido de encajes, que el barón apartó precavidamente, distinguí una cosa horrible: una figurilla grotesca, negruzca, como de una cuarta de largo, que representaba perfectamente el cuerpo de un hombre. Mi movimiento de repugnancia no sorprendió al barón.

—¿Pero qué es este mamarracho?—hube de preguntarle.

—Esto—replicó el diplomático,— es una maravilla de la naturaleza; esto no se imita ni se finje: esto es la propia raíz de la mandrágora, tal cual se forma en el seno de la tierra. Antigua como el mundo es la superstición que atribuye á la mandrágora antropomorfa las más raras virtudes. Dicen que procede de la sangre de los ajusticiados, y que por eso, de noche, á las altas horas, se oye gemir á la mandrágora como si en ella viviese cautiva un alma llena de desesperación. ¡Ah! Cuide usted por Dios de tenerla envuelta siempre en un sudario de seda ó de lino: sólo así dispensa protección la mandrágora.

—¿Y usted cree todo eso?—exclamé mirando al barón fijamente.

—¡Ojalá!—respondió en tono tan amargo

que al pronto no supe añadir palabra. —A poco el barón se despidió repitiendo la súplica de que tuviese el mayor cuidado, por lo que pudiera suceder, con la cajita y su contenido. Advirtiéndome que regresaría dentro de un mes, y entonces recobraría el depósito.

Así que cayó bajo mi custodia el talismán, ya se comprende que lo miré más despacio; y confieso que si toda la leyenda de la mandrágora me parecía una patraña grosera, una vil superstición de Oriente, no dejó de preocuparme la perfección extraña con que aquella raíz imitaba un cuerpo humano. Discurrí que sería alguna figura contrahecha, pero la vista me desengañó, convenciéndome de que la mano del hombre no tenía parte en el fenómeno, y que el *homunculus* era natural, la propia raíz según la arrancaran del terreno. Interrogué sobre el particular á personas veraces que habían residido en Palestina largo tiempo, y me aseguraron que no es posible falsificar una mandrágora, y que así, cual la modeló la naturaleza, la recogen y venden los pastores de los montes de Galaad y de los llanos de Jericó.

Sin duda la rareza del caso, para mí enteramente desconocido, fué lo que en mal hora exaltó mi fantasía. Lo cierto es que empecé á

sentir miedo, ó al menos una repulsión invencible hacia el maldito talismán. Lo había guardado con mis joyas en la caja fuerte de mi propio dormitorio; y cátese que me acomete un desvelo febril, y que doy en la manía de que la mandrágora dichosa, cuando todo esté en silencio, va á exhalar uno de sus quejidos lúgubres, capaces de helarme la sangre en las venas.... Y el ruido más insignificante me despierta temblando, y á veces, el viento que mueve los cristales y estremece las cortinas se me antoja que es la mandrágora que se queja con voces del otro mundo.... En fin, no me dejaba vivir la tal porquería, y determiné sacarla de mi cuarto y llevarla á una cristalera del salón, donde conservaba yo monedas, medallas y algunos cachivaches antiguos. Aquí está el origen de mi eterno remordimiento, del pesar que no se me quitará en la vida. Porque la fatalidad quiso que un criado nuevo, á quien tentaron las monedas que la cristalera encerraba, rompiese los vidrios, y al llevarse las monedas y los dijes, cargase también con la cajita del talismán. Fué para mí terrible golpe. Avisé á la policía; la policía revolvió cielo y tierra; el ladrón pareció, si señor, pareció; recobréronse las monedas, la cajita y el sudario.... pero el ta-

lismán confesó mi hombre que lo había arrojado á un sumidero de alcantarilla, y no hubo medio de dar con él, aun á costa de las investigaciones más prolijas y mejor remuneradas del mundo.

.
—¿Y el barón de Helynagy?—pregunté á la dama que me había referido tan singular suceso.

—Murió en un choque de trenes, cuando regresaba á España—contestó ella más pálida que de costumbre y volviendo el rostro.

—¿De modo que talismán era?....

—¡Válgame Dios!—repuso.—¿No quiere usted concederles nada á las casualidades?



III

CRIMEN LIBRE

Los tres que nos encontrábamos reunidos en el saloncito de confianza del Casino de la Amistad, nos habíamos propuesto aquella tarde arreglar el Código y reformar la legislación penal con arreglo á nuestro personal criterio. Lo malo era que ni con ser tan pocos estábamos conformes. Al contrario, teníamos cada cual su opinión, inconciliable con las restantes; por lo cual la disputa amenazaba durar hasta la consumación de los siglos.

Tratábase de un juicio por jurado, en que una parricida había salido absuelta: así como suena, absuelta libremente, echada á pasearse por el mundo «con las manos teñidas en san-

gre de su esposo,» exclamaba el joven letrado Arturito Cãñamo, alias *Siete patibulos*, el acérrimo partidario y apologista de la pena de muerte bajo todas sus formas y aspectos. La indignación del abogado contrastaba con la excéptica indulgencia de Mauro Pareja, solterón benévolo por egoismo, que todo lo encontraba natural y á todo le buscaba alguna explicación benigna, hasta á las enormidades mayores. «Sabe Dios»—decía Mauro—«las jugarretas que ese esposo le haría en vida á su amable esposa.... Los hay más brutos que un cerrojo, créalo V., y más malos que la quina, y el santo de los santos pierde la llave de la paciencia, y agarra lo primero que encuentra por delante, y zás! Entre matrimonios indisolubles existe á lo mejor eso que puede llamarse *odio de compañeros de grillete*.... El Jurado habrá visto muchas atenuantes, cuando absolvió á la mujer.»—«Perfectamente»—refunfuñaba Cãñamo, cuyo bigotillo temblaba de biliosa cólera.—«Ya sabemos lo que son Jurados. En tocando la cuerda de la sensibilidad, capaces de echar á la calle al mismísimo Sacamante-cas. A ese paso, la seguridad, la vida de los ciudadanos llegarán á depender del capricho de unos cuantos ignorantes, que ni han saludado el Código. Ahí tiene V. las consecuencias

funestas.... ¡sí, funestas, no me desdigo! de las lecturas perniciosas, de las nocivas teorías de *Mosié* Lucas....» Este *Mosié* Lucas es un abolicionista anterior al año 30, y de quien no se acuerda nadie en el mundo sino Arturito Cáñamo, para impugnarle una vez por semana en el Casino de Marineda. «Pero hombre» —arguyó Pareja— «V., cree que los Jurados han leído á ese *Mosié*? ni nada! Y los magistrados tampoco, si V. me apura.... Para leer estaban ellos.... Lo que hay es que á veces.... qué demonio! los que parecen crímenes no son, bien miradas las circunstancias, sino delitos.... y yó, Jurado, probablemente absuelvo también á la mujer....» «V., Jurado, desorganizaría la sociedad más aún de lo que está....» «Pues Dios nos libre de V., magistrado, que es capaz de ahorcar al Nuncio...» «Y tanto como le ahorco, si el Nuncio delinque....»

Cuando la gresca llegaba á enzarzarse mucho yo intervenía prudentemente para templar los ánimos, adoptando la estrategia de dar la razón á todos, con lo cual lograba no dejar contento á ninguno. «Señores, eso de que una mujer escabeche á su marido y el tribunal la mande á la calle.... fuertecito es. Con algunos años de presidio....» «Presidio!» gritaba Cáñamo. «La casi impunidad! Un fantasma de vindicta pú-

blica! Hipocresía y desmoralización!» «Presidio!» exclamaba Mauro. «Cuando regularmente quien merecía el presidio sería el difunto!» Y ande la marimorena.

Mientras ellos se peleaban, me asaltó con lucida precisión un recuerdo. «A ver si les pongo en apuro y doy nueva dirección á sus ideas,» pensé, mientras humedecía un terrón de azúcar en *Kummel*, y lo chupaba con golosina. «¿No les parece á ustedes—pregunté en alta voz—que por muy lista que supongamos á la policía y muy rigurosos y sagaces que sean los jueces, siempre habrá más crímenes impunes que descubiertos y castigados? ¿No les parece también que existe un orden de crímenes que no puede estimar como tales la ley, y sin embargo revelan en su autor más perversidad, más ausencia de sentido moral que ninguna de las acciones penadas por el Código?» Arturito me miró con sus ojos blancos y turbios, que parecían los de un pez cocido, acabado de salir de la besuguera: Pareja sonrió como si medio entendiese. «Quieren un ejemplo?—añadí:—pues se lo voy á dar, refiriéndoles un caso que presencié años hace.» Arturito dijo *que sí* con la cabeza: el sibarita de Mauro encendió un puro con sortija, y yo principié:

—«Era un invierno de esos de prueba que saltan á veces en Madrid. Nunca he visto días de sol más claro y brillante, ni cielo azul más limpio: aquello era un trozo de raso turquí: de noche, las estrellas resplandecían lo mismo que diamantes; hacía una luna soberbia; todo hermoso, pero con un frío.... vamos, un frío de los que cuajan la sangre y hielan en el aire las palabras. Por la mañana perdía uno lo menos hora y media, deliberando si echaría ó no la pierna fuera, intimidado ante la perspectiva del cuarto de la posada, en cuya atmósfera ya no quedaban ni rastros del braserito de la víspera, con el terror al lavatorio en agua casi sólida, á la inevitable salida á la nevera de los pasillos ó al comedor donde tampoco reinaría la más dulce temperatura.... y á veces acababa uno por seguir los malos consejos de la pereza, dar al diablo el hato y el garabato, y quedarse entre sábanas, en el cariñoso nido del hoyo del colchón, leyendo algún libro, sin sacar fuera más que la punta de los dedos, porque la mano entera se volvería sorbete.

»Solo que esta debilidad de pasarse la mananita en las ociosas plumas se pagaba cara después. Como al fin y al cabo no había más remedio que levantarse, lo realizábamos á medio día, y no lográbamos ya entrar en reacción.

El aseo se hacía de mala gana y de un modo incompleto: salía uno á la calle forrado en cobre, con el gabán ruso que aquel año principió á llevarse, y al poner el pie en el umbral, al recibir el primer latigazo sutil de un cierzo afilado como navaja barbera, se le encogía el espíritu, se le ponía carne de gallina, se le secaban los labios igual que al contacto de un hierro candente, y no tenía fuerzas sino para sepultarse en un café, aguardando la hora de volverse á casa, para arrimar las narices al vaho caliente del cocido. Salida de una atmósfera viciada á la Siberia: romadizo, trancazo ó bronquitis segura....

»Ya verán ustedes, ya verán cómo esto del frío tiene mucho que ver con lo del crimen. Si no les hago á ustedes persuadirse de la inclemencia del invierno aquel, que ha dejado memoria, no comprenderían el alcance de lo que sigue. Conque tengan cachaza.

—Bueno: ya nos hemos convencido de que hacía mucho frío.... pero muchísimo!—exclamó Pareja.—Venga la historia.

—»A eso vamos inmediatamente....—respondí, con firme propósito de no suprimir ni un toque de mi *efecto de país nevado*.—Ya se figurarán ustedes que, dada la temperatura boreal que sufríamos, no faltarían nieves. Las

primeras vinieron hacia Noche-Buena, pero á mediados de Enero arreciaron en tales términos, que los puertos se cerraron completamente, y como entonces no se había terminado la línea férrea, estuve más de diez días incomunicado con mi familia y mi país. En cambio tuve el gusto de ver á Madrid muy pintoresco, sobre todo los paseos, como si los hubiesen espolvoreado de azúcar molido, á ciertas horas del día: á otras, como si los árboles se hubiesen vuelto de cristal, cristal claro y purísimo. La nevada tuvo también para mí la ventaja higiénica de arrancarme á mis perezosas costumbres y obligarme á saltar de la cama á primera hora, con objeto de ver hoy los Reyes de la plaza de Oriente con barbas blancas y flecos y encajes de hielo en los tahalies y en los mantos, mañana la bonita fuente de la Red de San Luís toda cuajada de estalactitas, al otro día la de Antón Martín convertida en garapiñera....»

—¿Y á todo esto, el crimen?—preguntó Pareja socarronamente.

—»Ya voy.... He dicho que los preámbulos son indispensables! La nieve tiene mucho que ver con el crimen.—Sepan ustedes que más que las fuentes y las estatuas, me cautivó el espectáculo del Retiro. ¡Aquello sí que mere-

cía la madrugona! Los árboles de hoja perenne, sobre todo los pinos, eran pirámides blancas salpicadas de polvo de diamante: los que se hallaban despojados de hoja tenían, sobre la pureza de la atmósfera, un brillo raro; parecían de vidrio hilado de Venecia.... No íbamos solo por gozar este espectáculo bonito y grandioso á la vez: lo que más nos atraía era ver patinar en el estanque, que, enteramente congelado, semejaba inmensa placa de vidrio verdoso.»

Aquí me detuve un instante, mojé otro terrón en la copa de Kummel, lo saboreé, y viendo impaciente al auditorio, proseguí sin entretenerme ya en tantas menudencias:

«No estaba por entonces tan extendida como ahora la costumbre de patinar, y no siempre había valientes que se prestasen á calzarse los patines y á describir curvas sobre la superficie lisa. Apenas se ablandaba unas miajas la atmósfera, el temor de que se hubiese adelgazado ó resquebrajado la capa de hielo retraía á los aficionados á ese género de *sport* impropio de nuestros climas, y los mirones nos quedábamos chasqueados, contemplándonos los unos á los otros por vía de compensación.

»Sin embargo, á uno de los susodichos mirones se le ocurrió una idea sumamente diver-

tida, que podía ayudar á pasar el tiempo mientras no llegaban los patinadores formales. Sacaba del bolsillo calderilla, y la arrojaba á granel á la superficie del estanque, lo más desparramada y lo más lejos posible. Inmediatamente una horda de pilluelos se precipitaba á recoger las monedas, y teníamos una sesión grotesca de patinaje, de lo más cómico que ustedes pueden imaginar. Las culadas y las hocicadas de los chicos en el hielo las coreábamos desde la orilla con risas inextinguibles, agudezas y aplausos. De aquellos improvisados patinadorcillos, la mayor parte no llegaba á pescar los cuartos, pero algunos iban adquiriendo singular destreza para evitar resbalones, y socaban buena cosecha de *perros* grandes y chicos.

»Una mañana de esas de muchísimo bajo cero (porque los grados justos no los sé, y más quiero dejar dudoso el punto que dar una cifra equivocada), estábamos cebados varios curiosos en la diversión de lanzar las monedas, y se deslizaban en pos de ellas más de veinte granujas, cuando de pronto se alza un rumor comprimido, uno de esos murmullos hondos de la multitud, que sobrecogida ante la inmensidad de una desdicha, no tiene fuerza ni para gritar.... Algunos espectadores preguntaban, se

empujaban y no comprendían; pero yo ni preguntar necesité, porque *había visto*: había visto romperse la helada superficie, como se estrella la luna de un espejo colosal, y desaparecer por la boca recién abierta á dos de los gurriatos que recojían calderilla.... La multitud, lo repito, no gritó; ¿á qué había de gritar en balde? Allí era inútil pedir socorro, y segura la muerte de los dos infelices chicos, sobrecogidos por el frío mortal del agua, sujetos por una losa de plomo transparente á su líquida tumba.... Ni un rumor, ni un eco, ni un quejido venían de la sima que acababa de tragarse á los muchachos...

»De repente se destaca de entre la multitud un hombre, un mozo como de unos veinte años de edad, delgadillo, pálido, resuelto: sin falso pudor se quita la chaqueta y el chaleco, se desabrocha los pantalones.... Cobardes, aplastados por la grandeza de la acción, transidos al verle desnudarse en aquella atmósfera glacial, le dejamos hacer.... La verdad es que todo ello fué, como suele decirse, ni visto ni oído. Aun no estábamos convencidos de que se arrojaría, cuando se arrojó, mejor dicho, se enhebró por la rotura del hielo. Pasaron dos minutos, pasaron tres.... ó quizá no fuesen minutos, sino segundos, que á nosotros nos parecían

horas... y por la grieta ensanchada ya, de degolladoras márgenes, salió un brazo, otro brazo, un grupo informe... Era el salvador... con las dos criaturas.

—¿Vivas? preguntaron á la vez Cádiz y Pareja.

—»Viva una, y la otra... tiesa ya; no fué posible reanimarla.—De todos modos, entonces si que gritamos!—Bravo! Olé tu madre! Llevarlo en triunfo! Un beso le quiero dar!—exclamaba una mujer del pueblo, ronca, trémula de alegría y de entusiasmo.—El pobre y aclamado salvador, morado, chorreando, tiritaba y temblaba al sol, con las ropas interiores pegadas á las carnes.—Quieren ustedes pasarme mi pantalón?—fueron sus primeras palabras, dictadas no sé si por el frío ó más bien por la vergüenza de verse así, medio en cueros y abrazado por la chusma.—Buscamos el pantalón.... él sabía dónde lo había dejado.... Pero buen pantalón te dé Dios! Ni chaqueta, ni chaleco con el reloj y los cuartos.... Mientras él salvaba al niño, un ratero le escamoteaba su ropa.»

Callé, para apreciar el efecto de mi narración, y Arturito Cádiz me miró atónito, abriendo más y más sus blancuzcas pupilas.

—Y dónde está el crimen?—preguntó al fin.

—Porque yo ahí veo una acción humanitaria, digna de una recompensa del Gobierno.

—Cuál?—preguntó con sorna Pareja.—La de robar los pantalones al salvador del niño?

—Ah.... Hablaba usted de eso?—interrogó el abogado.—Como decía usted que un crimen.... y ese no pasa de un delito penado por el Código con unos meses de arresto, pues ni hay nocturnidad, ni escalamiento, ni fractura, ni ninguna de las agravantes....



IV

LA CAJA DE ORO

Siempre la había visto sobre su mesa, al alcance de su mano bonita, que á veces se entretenía en acariciar la tapa suavemente; pero no me era posible averiguar lo que encerraba aquella caja de filigrana de oro con esmaltes finísimos, porque apenas intentaba apoderarme del juguete, su dueña lo escondía precipitada y nerviosamente en los bolsillos de la bata, ó en lugares todavía más recónditos, dentro del seno, haciéndola así inaccesible.

Y cuanto más la ocultaba su dueña, mayor era mi afán por enterarme de lo que la caja contenía. ¡Misterio irritante y tentador! ¿Qué guardaba el artístico chirimbolo? ¿Bombones?

¿Polvos de arroz? ¿Esencias? Si encerraba alguna de estas cosas tan inofensivas, ¿á qué venía la ocultación? ¿Encubría un retrato, una flor seca, pelo? Imposible: tales prendas, ó se llevan mucho más cerca ó se custodian mucho más lejos: ó descansan sobre el corazón ó se archivan en un secreter bien cerrado, bien seguro... No eran despojos de amorosa historia los que dormían en la cajita de oro, esmaltada de azules quimeras, fantásticas rosas y volutas de verde ojiacono.

Califiquen como gusten mi conducta los incapaces de seguir la pista á una historia, tal vez á una novela. Llámenme enhorabuena indiscreto, antojadizo, y por contera, entrometido y fisgón impertinente. Lo cierto es que la cajita me volvía tarumba, y, agotados los medios legales, puse en juego los ilícitos y heróicos.... Mostréme perdidamente enamorado de la dueña, cuando sólo lo estaba de la cajita de oro; cortejé en apariencia á una mujer, cuando sólo cortejaba á un secreto; hice como si persiguiese la dicha.... cuando sólo perseguía la satisfacción de la curiosidad. Y la suerte, que acaso me negaría la victoria si la victoria realmente me importase, me la concedió.... por lo mismo que al concedérmela me echaba encima un remordimiento.

No obstante, después de mi triunfo, la que ya me entregaba cuanto entrega la voluntad rendida, defendía aún, con invencible obstinación, el misterio de la cajita de oro. Un día tras otro; empleando yo zalameras coqueterías ó repentinas y melancólicas reservas; discutiendo ó bromeando; apurando los ardides de la ternura ó las amenazas del desamor; suplicante ó enojado, la dueña de la caja persistió en negarse á que me enterase de su contenido, como si dentro del lindo objeto existiese la prueba de algún crimen.

Repugnábame emplear la fuerza y proceder como procedería un patán, y, además, exaltado ya mi amor propio (á falta de otra exaltación más dulce y profunda), quise deber al cariño y sólo al cariño de la hermosa la clave del enigma. Insistí, porfié, me sobrepujé á mí mismo, desplegué todos los recursos, y como el artista que cultiva por medio de las reglas la inspiración, llegué á tal grado de maestría en la comedia del sentimiento, que logré arrebatarse al auditorio. Un día que algunas fingidas lágrimas acreditaron mis celos, mi persuasión de que la cajita encerraba la imagen de algún rival, de alguien que aún me disputaba el alma de aquella mujer, la ví demudarse, temblar, palidecer, echarme al cuello los brazos,

y exclamar por fin, con sinceridad que me avergonzó:

—¡Qué no haría yo por tí! Lo has querido, pues sea. Ahora mismo verás lo que hay en la caja.

Apretó un resorte: la tapa de la caja se alzó, y divisé en el fondo unas cuantas bolitas tamañas como guisantes, blanquecinas, secas. Miré sin comprender, y ella, reprimiendo un gemido, dijo solemnemente:

—Esas pildoras me las vendió un curandero, que realizaba curas casi milagrosas en la gente de mi aldea. Se las pagué muy caras, y me aseguró que tomando una al sentirme enferma tengo asegurada la vida. Sólo me advirtió que si las apartaba de mí ó las enseñaba á alguien perdían su virtud. Será superstición ó lo que quieras; lo cierto es que he seguido la prescripción del curandero, y no sólo se me quitaron achaques que padecía, (pues soy muy débil), sino que he gozado salud envidiable. Te empeñaste en averiguar.... Lo conseguiste. Para mí vales tú más que la salud y que la vida. Ya no tengo panacea, ya mi remedio ha perdido su eficacia: sírreme de remedio tú; quiéreme mucho, y viviré.

Quedéme frío. Logrado mi empeño, no encontraba dentro de la cajita sino el desencanto

de una superchería y el cargo de conciencia del daño causado á la persona que al fin me amaba. Mi curiosidad, como todas las curiosidades, desde la fatal del Paraíso hasta la no menos funesta de la ciencia contemporánea, llevaba en sí misma su castigo y su maldición. Daría entonces algo bueno por no haber puesto en la cajita los ojos. Y tan arrepentido que me creí enamorado; cayendo de rodillas á los piés de la mujer que sollozaba, tartamudeé:

—No tengas miedo.... Todo eso es una farsa, un indigno embuste.... El curandero mintió.... Vivirás, vivirás mil años.... Y aunque hubiesen perdido su virtud las píldoras, ¿qué? Nos vamos á la aldea y compramos otras.... Todo mi capital le doy al curandero por ellas.

Me estrechó, y sonriendo en medio de su angustia, balbució á mi oído:

—El curandero ha muerto.

Desde entonces, la dueña de la cajita—que ya no la ocultaba, ni la miraba siquiera, dejándola cubrirse de polvo en un rincón de la estantería forrada de felpa azul—empezó á decaer, á consumirse, presentando todos los síntomas de una enfermedad de languidez, refractaria á los remedios. Cualquiera que no me tenga por un mónstruo, supondrá que me instalé á su cabecera y la cuidé con caridad y

abnegación. Caridad y abnegación digo, porque otra cosa no había en mí para aquella criatura de quien había sido involuntario verdugo. Ella se moría, quizás de pasión de ánimo, quizás de aprensión, pero por mi culpa: y yo no podía ofrecerla, en desquite de la vida que le había robado, lo que todo lo compensa, el dón de mí mismo, incondicional, absoluto. Intenté engañarla santamente para hacerla dichosa, y ella, con tardía lucidez, adivinó mi indiferencia y mi disimulado tedio, y cada vez se inclinó más hacia el sepulcro.

Y al fin cayó en él, sin que ni los recursos de la ciencia ni mis cuidados consiguiesen salvarla. De cuantas memorias quiso legarme su afecto, sólo recogí la caja de oro. Aun contenía las famosas píldoras, y cierto día se me ocurrió que las analizase un químico amigo mío, pues no se daba por satisfecha mi maldita curiosidad. Al preguntar el resultado del análisis, el químico se echó á reír.

—Ya podía usted figurarse—dijo—que las píldoras eran de miga de pan. El curandero (¡si sería listo!) mandó que no las viese nadie.... para que á nadie se le ocurriese analizarlas. ¡El maldito análisis lo seca todo!

V

UN DIPLOMÁTICO

Entró la camarera, bandeja de plata en mano, y presentó á la duquesa el correo. Había en él periódicos franceses, *Ilustraciones* metidas en su fino camisón de seda, dos ó tres cartas de satinado sobre y heráldico timbre, y, nota desafinada en aquel concierto, otra carta más, cerrada consigo misma, sellada con obleas verdes, regado de gruesa arenilla el sobrescrito.

Quizás la propia extrañeza que la causó el ver tan tosca misiva moviese á la duquesa á echarle mano, anteponiéndola á las demás; pero aún no bien puso los ojos en ella, cuando dijo festivamente:

—¡Si es para el ama!... Que venga, que tiene carta de sus padres.

La camarera salía ya, y la duquesa añadió con mucho interés:

—Que traiga la chiquitina.... Que la traiga abrigada; hoy es un día fresco.

Pocos minutos tardó en moverse el cortinaje de brocado crema sobre fondo azul, y en oírse un *tlín.... tlin....* de menudos cascabeles; y antes que asomase la fornida persona del ama, la duquesa sonrió á una manecita pálida, hoyosilla; una manecita de diez meses que esgrimía un sonajero de plata.

—¡Vente, angelote.... á mamá.... mil besos!

—Mmiií.... gorjeó la criatura, palpando con afán el medallón de turquesas y brillantes que resplandecía sobre la bata de negro terciopelo de la madre, mientras las caricias de ésta, como golosas moscas, se le posaban sobre el cuello, frente y ojos.

—Está descolorida, ama.... está ojerosita.... ¿Cómo ha dormido? ¿Qué dice *miss*?

—*Miss* dice.... es decir, no dice nada.... ay, sí! dice que también allá por su tierra los chiquillos, cuando andan con los dientes.... ya ve ucencia.... rabian de Dios y se ponen *esmirriaditos*.

Alzó levemente los hombros la duquesa, co-

mo indicando: «Buen par de apuntes estáis tú y *miss*.» Y hablándose á sí misma, murmuró:

—Sánchez del Abrojo no debe tardar.... ¡Ah!
—pronunció ya con voz más fuerte;—ama,
aquí hay carta de tu gente....

En vez de alegrarse, se oscureció el semblante del ama, moreno, tostado y recio, cual los molletes de pan de su país.

—¡Y qué dirá ahí, ucencia!—suspiró sin extender la mano para tomar la epístola.—Nunca por cosa buena escriben.

—¡Qué sé yo, mujer! Te hablarán de tu madre.... del chico que dejaste.... de las vacas, ¿eh? ¡ó te pedirán dinero! Anda, toma, lee, sal de dudas.

—Ucencia ha de dispensarme.... como yo no sé de letra.... y en la cocina á lo mejor se burlan de las cosas que me cuenta el señor padre, que es quien pone las cartas....—suplicó el ama, medio enternecida ya.

—Vamos, querrás que te la lea, ¿no es eso?

—Si ucencia se digna molestarse....

Al decir esto, se apresuró á cojer la niña, que por su parte no anduvo rehacia en irse á los robustos brazos del ama, la cual, previo un «con el permiso de ucencia....» desabrochó el justillo, alzó el pañuelo de vivos colores que se cruzaba sobre su seno de Cibeles, y metien-

do en la boquita del ángel lo que éste mas deseaba, volvió á cubrirse con tanto recato como si delante de un regimiento se encontrase. Rasgó la duquesa el tosco sobre, y aún no lo había desdoblado, cuando se oyeron pisadas de botas rechinantes y varoniles en el pasillo, y una faz correcta, patilluda, apareció entre los pliegues del cortinaje, y una voz que apoyaba mucho en las erres, preguntó:

—¿Estás visible, hija? ¿Puede entrar Sánchez del Abrojo?

—Adelante, adelante, doctor.... ¡Pues ya lo creo! Pensando estaba en él ahora mismo.

Hízose atrás el duque para dejar pasar primero al doctor, según manda la cortesía, y ambas notabilidades (cada uno de los recién entrados lo era en su género) se adelantaron hacia el rincón del gabinete donde se destacaba la airosa cabeza de la duquesa sobre un fondo de aterciopelado follaje de begonias.

El duque, aunque frisaba en los cincuenta y seis, era derecho, elegante, distinguidísimo hasta en su lucia y limpia calva; usaba no sé qué cintajo en el ojal, y podría usar, amen de las hidalgas veneras de Alcántara y Santiago, que ya de casta le venían, como dos docenas de insignias de órdenes nacionales y extranjeras, de las más ilustres, concedidas por dife-

rentes gobiernos en justa recompensa del tino y acierto con que durante su ya larga carrera diplomática había desempeñado árduas y peliagudas misiones, y enredado los cabos de más de veinte madejas políticas, que el demonio que las devanase. Ostentaba el duque en su despacho, y enseñaba con orgullo, además de las condecoraciones, pieles de zorro azul, regaladas por el zar, el collar de esmaltes de una momia, obsequio del *jétife*, y un sable japonés de abrirse el vientre, con pedrerías en la empuñadura, gracioso donativo del *mi-kado*.

En estos títulos fiaba el duque para obtener en breve la embajada más importante quizás de Europa.

Por lo que hace á Sánchez del Abrojo, regordete, sanguíneo, de chispeantes ojos negros, era un médico á la moda, que curaba con su ciencia á la mitad de los enfermos, y con su animación y energía á la otra mitad... por supuesto, siempre que tuviesen cura.

Mientras la duquesa entablaba con el galeno animadísimo diálogo, el duque se acercó al ama, y se inclinó con cierta familiaridad no exenta de señorío, para ver el rostro de la niña, que maldita la gana que tenía de enseñárselo.

—Golosilla.... hola, estamos tragando, ¿eh?
¿Qué tal se porta, ama? ¿Qué tal se porta?

Y sin esperar la respuesta, volvióse á su mujer y al doctor.

—¿Le explicas á Sánchez lo de la chiquitina? Amigo del Abrojo; esta nena, con sus dientes, nos da en qué pensar. ¡Oh! y tanto como nos da. Estamos preocupadísimos.

—Ya se ve, única y tardía....—respondió el médico, mientras calculaba para su sayo, tan involuntariamente como el matemático suma dos cifras que ve una debajo de otra, las probabilidades de ulterior sucesión que podía tener aquel matrimonio.—¿Y qué dice el ama?—añadió en alta voz.

—El ama....—murmuró la duquesa; y recordando de súbito la carta, que aún conservaba en la mano, exclamó:—A propósito, permítanme Vds. Un instante... Lo prometido es deuda.

—¿Qué es eso? ¿Qué carta es esa tan rara?—interrogó el duque.

—Del ama; de Jacinta.... Le prometí que se la leería. Es de su gente....

—Si quieres aborrrarte el trabajo.... yo me encargo, hija—pronunció con magnánima sonrisa el duque.

—No, gracias....

La duquesa, por instinto, oprimió la carta.

—Pero si es una niñería que te empeñes en molestarte.... Eso estará escrito en chino

—Si Vds. quieren que yo....—exclamó oficiosamente Sánchez del Abrojo.

—No, yo he de ser—declaró la duquesa con firmeza. Y diciendo y haciendo, comenzó la lectura:

—«Mi amada y estimada hija Jacinta....»

—Repáre Vd. la ortografía de esa pobre gente, Sánchez,—murmuró por lo bajo el duque, que se inclinaba sobre el hombro de su esposa deletreando.—¡Ponen *Jacinta* con G! ¿Es gracioso, no?

—«Jacinta.... me alegraré que al recibo de estas cortas letras....»

—Etcétera. Siempre comienzan así: es ya una fórmula consagrada—explicó gravemente el duque.—¿A que añade: «te halles con la cabal salud que yo para mí deseo?»

—«....La mía buena á Dios gracias....»—prosiguió la duquesa.—«Con dolores de mi corazón y alma, estimada hija, tengo que participar la mayor des....»

La duquesa, por cuyo rostro se extendía leve palidez, sufrió, al llegar á este párrafo, un acceso de tos.

—¿Ves cómo no entiendes la letra, María? Yo continuaré. «... desdicha que Dios fué ser-

vido de mandarnos.... y que tu afligida madre y padre y tío Antón tienen el honor de participi....»

—Te suplico—gritó la duquesa con sorda angustia,—que me dejes acabar.... ¿entiendes?

—¡Ay ucencia, por la Virgen Santísima! ¿Qué desgracia será esa?—interrogó el ama, cuyo color de figura de barro cocido se trocaba en palidez de granito recién labrado.

—Verás, mujer.... no te asustes, si no es nada.... «el honor de participarte.... pues sabrás, estimada hija de nuestro cariñoso amor, como ayer se mu.... se murió el novillo nuestro....»

—¡Novillo! —dijo pensativa el ama.— En casa no había sino dos vacas.... la blanca y la roja.

—Lo comprarían.... —replicó la duquesa, respirando como si suspirase.—Vamos! pues eso no vale la pena, ama.... «Todos estamos traspasados de puñales....» Bien, se comprende; para vosotros es una gran pérdida... Yo te daré con qué comprar dos, ó una pareja de bueyes....

—¡Viva ucencia mil años, y nunca las manos se le cansen!... ¿Que pone al último?

—«Consérvate como un repollo de sana.... Cuida bien á esa infanta de las Españas que estás criando....» ¡Ah! y que les mandes diez

duros si puede ser. Irá eso y mucho más.

—Ahora — dijo el diplomático recogiendo con impensado movimiento la carta de manos de la duquesa — permíteme que vea la ortografía.... Si es divertidísima. — ¡Calle! — exclamó sin hacer caso de los desesperados ademanes de su mujer. — Bien dije yo que no era para tus ojos esta letra, María querida.... Si aquí no habla de novillo.... No; donde leíste *novillo*, hay escrito *chiquillo*.... ¡Estos signos paleográficos no son para usted, señora duquesa! No me haga usted morisquetas.... ¡Pues si los diplomáticos, por oficio, tenemos que saber leer cosas más peliagudas! *Chiquillo*; ¿ve Vd., Sánchez? «Se murió el chiquillo tuyo.... Todos estamos traspasados de puñales....»

Pronta como el rayo, se precipitó la duquesa hacia Jacinta y le arrancó de los brazos la tierna criatura que rompió en tristísimo llanto al soltar el pezón. Era tiempo. Un grito ronco salió de la comprimida garganta del ama; puso los ojos en blanco; sus facciones amoratadas se descompusieron, y leve espuma apareció en sus morados labios. A pesar de los esfuerzos de Sánchez del Abrojo para sostenerla, se desasó y rodó al suelo, retorciéndose con la desesperada elasticidad de la convulsión. La duquesa se colgó de la campanilla, mientras

Arco

3

con el brazo izquierdo apretaba contra su corazón á la criatura desconsolada.

—Vea Vd. — decía algún tiempo después Sánchez del Abrojo á su compañero el doctor Cortadillo, en ocasión que salían juntos de San Carlos;—yo lo he creído siempre: es preferible, es más lucido, desde el punto de vista del pronóstico, trabajar sobre un viejo que sobre un chiquillo. La patogenesia del niño es difícilísima, especialmente mientras lacta, mientras vive, en íntima comunión por decirlo así, con la naturaleza femenina. Nada, que le mudamos el ama á la niña de los duques de Fuente-Real (una niña algo delicada que nació tarde, y cuando sus padres no esperaban ya familia, ¿sabe Vd.?): pero bastó el poco tiempo que por fuerza hubo de mamar de la otra, de la que recibió aquel tiro á boca de jarro y tuvo el ataque nervioso (¡nervios en las aldeanas! Pero ¿qué fueron las energúmenas?) para llevar á la criatura al hoyo.... ó al cielo, señor espiritualista: como V. guste. Claro que estaba en el período de la dentición; ya sabe Vd. la receptividad, la plasticidad del temperamento de los niños; y así como un fuerte golpe no derriba, verbi gracia, una cómoda, y si un objeto pequeño que se halle colocado encima de ella, la terrible impresión no

hizo gran mella en aquel castillo, en la moce-tona del ama; pero á la chiquita.... Yo por lo menos tuve que atribuirlo á eso. El ataque á la cabeza afectó forma convulsiva.

—¡La heredera del duque de Fuente-Real, muriendo por la muerte del hijo de una labra-dora!—murmuró reflexivamente Cortadillo.

—El dinamismo incalculable de los hechos, amigo mío.... Heriberto Spencer pone eso en su punto.

—¿Y el duque?—preguntó Cortadillo con interés.

—¡Calle Vd., hombre! Acaba de salir para su embajada....

Cortadillo sonrió con su boca amarilla y sin dientes, y los carnosos labios de Sánchez del Abrojo hicieron el dúo, plegándose con ironía indefinible. Después su rostro se puso grave.

—La pobre madre.... la pobre duquesa.... ¡Ah, qué espectáculo! Esa se ha quedado en Madrid.... La veo con frecuencia, y bien nece-sita mis cuidados, se lo aseguro á Vd.

—Lo que necesitará sobre todo—advirtió Cortadillo—es paciencia, y creer á puño ce-rrado que esa criatura no está sólo en la fosa, compañero del Abrojo.

VI

LOS HUEVOS PASADOS

Parecíase la familia de D. Donato López á las demás familias burguesas que gozan de la consideración pública y respetan la ley y las fórmulas en que se sustenta, como torre de hierro en postes de caña, la sociedad.

López figuraba entre la gente de sanas ideas, y no daba cuartel ni á las doctrinas disolventes, ni á la impiedad en materia religiosa. La señora de López y sus hijas frecuentaban los templos, solían contribuir para el culto, y como creían sinceramente, sinceramente reproban á los incrédulos. A su padre le profesaban respeto sagrado, persuadidas de que la rectitud y la moralidad inspiraban sus enseñanzas y sus acciones, y de que era modelo de ciudadanos y de hombres de bien. Al practicar estaban ciertas de seguir el impulso de un jefe

de familia cristiano. Cuando volvían de oír sermón ó misa, de visitar á los pobres ó de compartir las tareas de las socias del Roperito, las niñas de López se agrupaban contentas alrededor de papá, y éste, después de preguntar y aprobar, las acariciaba, chanceándose con ellas, y sintiéndose, allá en su interior, muy bondadoso, muy perfecto.

Acostumbraba D. Donato López desayunarse con un par de huevos pasados, y los quería siempre bien en punto, ni tan cocidos que estuviesen duros, ni tan crudos que la clara no se adhiriese, cuajada y suave, al cascarón. Sabía ya la cocinera el modo de lograr este difícil término medio, y D. Donato saboreaba gustoso el desayuno sano y frugal.

Sucedió que la cocinera fué despedida por no sé qué sisas extraordinarias, y los huevos pasados comenzaron á venir ya sólidos, ya mocosos, jamás como le gustaban al señor de López. Al ver á su padre enojado y rehusando el desayuno, Enriqueta, la mayor de las niñas, compró una maquinilla de las llamadas *infierros*, que se ceban con alcohol, y haciendo hervir el agua, se dispuso á pasar los huevos ella misma, en la mesa del comedor, no sin preguntar á López como debía proceder para conseguir el resultado apetecido.

—Hay que rezar tres Credos—contestó el padre,—y al acabar de rezarlos están los huevos perfectamente pasados, ni de menos ni de más.—Rieronse las muchachas de la receta, y la mayor exclamó:

—Pues rece usted, papá, mientras yo cuido de echarlos y sacarlos á tiempo.

D. Donato López, que también se reía, por seguir la broma emprendió la tarea de recitar la oración:—Creo en Dios Padre, Todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra; en Jesucristo, su único hijo....

Y al llegar aquí, igual que si le fuesen á dar garrote, D. Donato no pudo continuar: no recordaba ni una sílaba más; un sudor de congoja le humedeció el pelo; las frases del olvidado símbolo de la Fe, aunque parecían despertarse y bullir dispersas allá en el fondo de su memoria, no acudían á su lengua torpe. Sintió que se ponía rojo, muy rojo, mientras Enriqueta, que le miraba fijamente, había dejado de reír, y palidecía, sin acertar á sostener el rabo del cacillo para que no se derramara el agua hirviente....

Y como los niños chicos carecen de prudencia, Laurita, gordinflona de nueve años, soltó la carcajada y gritó:—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Ven! ¡Ay qué guasa! ¡Papá no sabe el Credo!

VII

SIC TRANSIT...

Me trajo el mozo la copa de *cognac* pedida dos minutos antes, y mientras la paladeaba despacito, fijé una escrutadora mirada en el individuo que ocupaba la mesa próxima.

Era él, él mismo: no podía caberme duda ya. ¡Pero cuán ajado, maltrecho y diferente de sí propio! Sobre el grasiento cuello de pañilla de su gabán caían en desorden los lazos y entrecanos mechones de la descuidada cabellera; la camisa no se veía: probablemente estaría sucia, y la ocultaba por pudor social. Como tenía inclinada la cabeza para leer un periódico francés, sólo pude ver su perfil devastado y marchito, y las abolsadas ojeras que rodeaban sus pálidos ojos.

Contemplábale yo con punzante curiosidad,

y me acudían en tropel recuerdos de la última vez que asistí á uno de sus triunfos. Hallábase entonces en la plenitud de sus facultades y talento: es verdad que algunos malcontentadizos *dillettanti* empezaban á decir que *decaía*, más el público opinaba de muy distinta manera. Y por señas que, como justamente la postrer noche que pasé en Madrid fuese la del beneficio del gran artista, aflojé los cinco pesos que el *Pájaro* me exigió por la butaca, y asistí á una ovación entusiasta, delirante.

¡Qué voz, cielo santo, qué voz pura, apasionada, angelical! ¡Con qué facilidad ascendía á las alturas vertiginosas de los *dos* y *síes* más inaccesibles á gargantas profanas! ¡Qué modo de filar las notas, y de emitirlas, cada una aparte, distinta y clara, y al par ligada con la anterior y posterior, sin esfuerzo alguno, sin desgañitarse, antes con serenidad y gracia encantadora!

Y además de estos primores de ejecución, ¡qué bellezas de sentimiento en las distintas modulaciones de tan soberana voz, y en la inteligente mímica que las realzaba! El papel de *Edgardo* en *Lucia* no fué nunca mejor comprendido que aquella inolvidable noche. ¿Era hermoso ó feo el excelso tenor? Lo igno-

ro, p
poeta
de Ra
lico,
dulce
me en
la del
final,
imagi
ver a

Hu
puras
cena
rojo
sober
desta
blan
sobr
mada
envu
caje
chic
cabe
dobl
daba
razó
que
galo

ro, pero pienso que Walter Scott, el novelista-poeta que inmortalizó las desventuras del *laird* de Ravenswood, no pudo soñar más melancólico, varonil é interesante *Edgardo*. Tierno y dulce en la escena del jardín; trágico y sublime en la de los desposorios; sombrío y fiero en la del reto; transido de amor en la bellísima final, siempre era el tipo romántico que las imaginaciones ardorosas y juveniles se figuran ver alzarse entre las nieblas de Escocia.

Hundiase el teatro, como suele decirse, á puras salvas de aplausos; llovían sobre la escena coronas y ramos de flores; y del fondo rojo oscuro del proscenio, donde ostentaba su soberbia *toilette* una aristocrática beldad, se destacó un brazo escultural, enguantado de blanco, y un ramillete de nevadas camelias, sobre las cuales negreaban dos cifras formadas de oscurísimos pensamientos, cayó, envuelto aún en el perfumado pañuelo de encaje, á los pies de *Edgardo*, mientras un cuchicheo discreto inclinaba unas hacia otras las cabezas femeniles en los demás palcos, cual se doblan las espigas al soplo del aire. El tenor daba gracias al público, apoyando sobre el corazón la mano izquierda, en cuyo dedo meñique lucía un solitario como una avellana, regalo del Zár.

¡Si me parecía que le estaba viendo aún! Mediante la transfiguración del arte, el hombre viejo y mal vestido que tenía enfrente iba convirtiéndose en el *Edgardo* arrebatador que me sedujo diez años antes. Levantábase ante mí su gallarda figura, su italiana y morena tez empalidecida por el reflejo del gas, su negra barba, sus ojos centelleantes, su descubierta garganta de estatua, cuyos tendones se dibujaban bajo el limpio cutis, su traje de terciopelo negro con cuello de *guipur*, la noble actitud con que arrojaba su capa y se quedaba inmóvil, cruzado de brazos, sobre la escalinata de la cámara donde se celebraban los desposorios de *Lucía*. Oía de nuevo su voz, el acento desesperado con que pronunciaba: *Stirpe iniqua*, y sus notas penetrantes recorrían mis nervios y me producían inexplicable escalofrío. Era el mismo *Edgardo*, ¡y estaba á dos pasos, en la mesa próxima!

Movido por irresistible impulso me acerqué, y le tendí la mano, preguntándole si tenía el gusto de hablar al célebre tenor. Preguntélo no sé por qué; por el placer de oírlo de sus labios. Alzó sus ojos apagados é indiferentes, y á media voz, me dijo un:—¡El mismo!—que me pareció lleno de tristeza y resignación.

—¡Pero Vd. por aquí!

—En
—Yo
En *Pu*

—Al
liano.

Ví a
unos a
rrados
arrebo

—¿

Sac
cuero
duda
rro, y

—C

Dijo
ángel
pollo.

—¿

tro ta

Mis
al ho
palab
tre ba

—

Marin
gios
Y

—En efecto.

—Yo le he admirado á usted en el Real...
En *Puritanos*.... en *Lucía*.... ¿Se acuerda Vd.?

—Ah, sí.... ¡otros días!....—pronunció en italiano.

Ví animarse un tanto sus mejillas, donde unos atisbos de colorete y albayalde, mal borrados por la tohalla, parecían los últimos arreboles de su gloria.

—¿Y es cierto que viene Vd. á cantar aquí?

Sacó del bolsillo una petaca muy usada de cuero de Rusia, con iniciales de oro, resto sin duda del pasado esplendor, y de ésta un cigarro, y me pidió fuego.

—Cantaré.... sí, como pueda.

Dijolo carraspeando, y noté que la voz del ángel se parecía ahora al glocitar de un pollo.

—¿En una capital de provincia? ¿En un teatro tan malo? ¿Ante una concurrencia?....

Mis palabras despertaron al tenor de oficio, al hombre habituado á captarse con afables palabras las simpatías de los concurrentes entre bastidores.

—¡Oh!—exclamó.—El ilustrado público de Marineda.... ¡Oh! Yo *he escuchado* hacer elogios de su competencia.... ¡Oh!

Y diciendo esto, una halagadora sonrisa, ca-

si suplicante, entreabrió sus labios, y su mirada se posó cariñosamente en mí. No me dejó seducir.

—¿Es cierto—le pregunté—que ha perdido Vd. la voz á consecuencia de un enfriamiento que cogió en New-York?

Inclinó la cabeza sobre el pecho y no contestó palabra. Comprendí que el tema de la conversación le era desagradable, y llamé al mozo, pidiéndole unas copas de *Chartreuse* de la más fina.

—¡Oh! *Grazie!*—murmuró al verlas delante.—No uso.... Licores, vinos, especies.... ¡Oh! Pimienta, pimienta, *sopra tutto!* Los *yankees* abusan de las especies y los vinos.... Yo no llevé á New-York mi cocinero, *sentite*....

Entonces, incitado por mis preguntas y mi fingido interés, comenzó á explicar el régimen funesto seguido en New-York, las primeras notas veladas, la desesperación de la primer ronquera, la *indisposición repentina*, la cólera del público, la reaparición, los inútiles esfuerzos para reavivar el entusiasmo, las palmadas escasas y frías, esos síntomas iniciales de indiferencia, desgarradores en todo amor.... Sus mejillas se encendían, y á veces, por entre su voz resquebrajada, asomaba una inflexión de terciopelo, como de la arruinada

pared de un palacio cuelgan aún girones de rica tapicería....

Por último se levantó y llamó al mozo para pagarle; pero yo le había hecho una disimulada seña, y el mozo, con muchas cortesías, se negó á recibir un cuarto. El tenor me estrechó la diestra y por un momento, en su rostro que iluminó el júbilo, observé la feliz transformación que se nota en la cara de una mujer, ayer hermosísima y hoy marchita por la edad, si algún soldado ó gañán, en la calle, le dirige á su manera un requiebro.

VIII

NIETO DEL CID

El anciano cura del santuario de San Clemente de Boán cenaba sosegadamente sentado á la mesa, en un rincón de su ancha cocina. La luz del triple mechero del velón señalaba las acentuadas líneas del rostro del párroco, las espesas cejas canas, el cráneo tonsurado, pero revestido aún de blancos mechones, la piel roja, sanguínea, que en robustas dobleces rebosaba del alzacuello.

Ocupaba el cura la cabecera de la mesa; en el centro su sobrino, guapo mozo de veintidos años, despachaba con buen apetito la ración; y al extremo, el criado de labranza, remangada hasta el codo la burda camisa de estopa, hundía la cuchara de palo en un enorme tazón de caldo humeante y lo trasegaba silenciosamente al estómago.

Servía á todos una moza aldeana, que aprovechaba la ocasión de meter también la cucharada, ya que no en los platos, en las conversaciones.

El servicio se lo permitía, pues no pecaba de complicado, reduciéndose á colocar ante los comensales un mollete de pan gigantesco, á sacar de la alacena vino y platos, á empujar descuidadamente sobre el mantel el tarterón de barro colmado de patatas con unto.

—Señorito Javier—preguntó en una de estas maniobras—¿qué oyó de la gavilla que anda por ahí?

—¿De la gavilla, chica? Aguárdate....—contestó el mancebo alzando su cara animada y morena....—¿Qué oí yo de la gavilla? No, pues algo me contaron en la feria.... Sí, me contaron....

—Dice que al señor abad de Lubrego le robaron barbaridá de cuartos.... cien onzas. Estuvieron esperando á que vendiese el centeno de la *tulla* y los bueyes en la feria del quince, y ala que te cojo.

—¿No se defendió?

—¿Y no sabe que es un señor viejecito? Aun para más aquellos días estaba encajado con dolor de huesos.

El párroco, que hasta entonces había guar-

dado silencio, levantó de pronto los ojos, que bajo sus cejas nevadas resplandecieron como cuentas de azabache, y exclamó:

—Qué defenderse ni qué.... En toda su vida supo Lubrego por donde se agarra una escopeta.

—Es viejo.

—Bah, lo que es por viejo.... Sesenta y cinco años cumplo yo para Pentecostés y sesenta y seis hará él en Corpus: lo sé de buena tinta, me lo dijo él mismo. De modo que la edad.... lo que es á mí no me ha quitado la puntería, alabado sea Dios.

Asintió calurosamente el sobrino.

—¡Vaya! Y si no que lo digan las perdices de ayer, ¿eh? Me remendó V. la última.

—Y la liebre de hoy, ¿eh, rapaz?

—Y el raposo del domingo—intervino el criado, apartando el hocico de los vapores del caldo.—¡Cuando el señor abad lo trajo *arrastando* con una sogá, así (y se apretaba el gaznate) gañía de Dios! Ouú... Ouú....

—Allí está el maldito—murmuró el cura señalando hacia la puerta, donde se extendía, clavada por las cuatro extremidades, una sanguinolenta piel.

—No comerá más gallinas—agregó la criada amenazando con el puño á aquel despojo.

Esta conversación venatoria devolvió la serenidad á la asamblea, y Javier no pensó en referir lo que sabía de la gavilla. El cura, después de dar las gracias mascullando latín, se enjuagó con vino, cruzó una pierna sobre otra, encendió un cigarrillo, y alargando á su sobrino un periódico doblado, murmuró entre dos chupadas:

—A ver luego que trae *La Fé*, hombre.

Dió principio Javier á la lectura de un artículo de fondo, y la criada, sin pensar en recoger la mesa, sacó para sí del pote una taza de caldo y sentóse á comerla en un banquillo al lado del hogar. De pronto cubrió la voz sonora del lector un aullido recio y prolongado. La criada se quedó con la cuchara enarbolada sin llevarla á la boca, Javier aplicó un segundo el oído, y luego prosiguió leyendo, mientras el cura, indiferente, soltaba bocanadas de humo y despedía de lado frecuentes salivazos. Transcurrieron dos minutos, y un nuevo aullido, al cual siguieron ladridos furiosos, rompió el silencio exterior. Esta vez el lector dejó el periódico, y la criada se levantó tartamudeando:

—Señorito Javier.... señor amo.... señor amo.

—Calla—ordenó Javier; y, de puntillas, acercóse á la ventana, bajo la cual parecía que

sonaba el alboroto de los perros: mas éste se aquietó de repente.

El cura, haciendo con la diestra pabellón á la oreja, atendía desde su sitio.

—Tío—siseó Javier.

—Muchacho.

—Los perros callaron; pero juraría que oigo voces.

—¿Entónces, cómo callaron?

No contestó el mozo, ocupado en quitar la tranca de la ventana con el menor ruido posible. Entreabrió suavemente las maderas, alzó la falleba, y animado por el silencio, resolvióse á empujar la vidriera. Un gran frío penetró en la habitación; vióse un trozo de cielo negro tachonado de estrellas, y se indicaron en el fondo los vagos contornos de los árboles del bosque, sombríos y amontonados. Casi al mismo tiempo rasgó el aire un silbido agudo, se oyó una detonación, y una bala, rozando la cima del pelo de Javier, fué á clavarse en la pared de enfrente. Javier cerró por instinto la ventana, y el cura, abalanzándose á su sobriño, comenzó á palparlo con afán.

—¡Re.... condenados! ¿Te tocó, rapaz?

—¡Si aciertan á tirar con munición lobera.... me divierten!—pronunció Javier algo inmutado.

—¿Están ahí?

—Detrás de los primeros castaños del soto.

—Pon la tranca.... así.... anda volando por la escopeta.... las balas.... el frasco de la pólvora.... Trae también el *Lafuché*.... ¿oyes?

Aquí el párroco tuvo que elevar la voz como si mandase una maniobra militar, porque el desesperado ladrido de los perros resonaba cada vez más fuerte.

—Ahora, ahí, ladrar.... ¿Por qué callarían antes, mal rayo?

—Conocerían á alguno de la gavilla; les silbaría ó les hablaría—opinó el gañán, que estaba de pie, empuñando una horquilla de coger el tojo, mientras la criada, acurrucada junto á la lumbre, temblaba con todos sus miembros y de cuando en cuando exhalaba una especie de chillido ratonil.

El cura, abriendo un ventanillo practicado en las maderas de la ventana, metió por él el puño y rompió un cristal; enseguida pegó la boca á la abertura, y con voz potente gritó á los perros:

—¡A ellos, Chucho, Morito, Linda.... Chucho, duro en ellos, ahí, ahí.... ánimo. Linda, hazlos pedazos!

Los ladridos se tornaron, de rabiosos, frenéticos; oyóse al pie de la misma ventana ruido

de lucha; amenazas sordas, un ¡ay! de dolor, una imprecación, y luego quejas como de animal agonizante.

—¡El pobre Morito.... ya no dará más el raposo!—murmuró el gañán.

Entre tanto el cura, tomando de manos de Javier su escopeta, la cargaba con maña singular.

—A mí déjame con mi escopeta de las perdices, vieja y tronada.... Tú entiéndete con el *Lafuché*.... yo, esas novedades.... ¡Bah! estoy por la antigua española. ¿Tienes cartuchos?

—Sí, señor—contestó Javier disponiéndose también á cargar la carabina.

—¿Están ya debajo?

—Al pie mismo de la ventana.... Puede que estén poniendo las escalas.

—¿Por el portón hay peligro?

—Creo que no. Tienen que saltar la tapia del corral, y los podemos fusilar desde la solana.

—¿Y por la puerta de la bodega?

—Si le plantan fuego.... Romper no la rompen.

—Pues vamos á divertirnos un rato.... Aguarday, aguarday, amiguitos.

Javier miró á la cara de su tío. Tenía éste las narices dilatadas, la boca sardónica, la

punta de la lengua asomando entre los dientes, las mejillas encendidas, los ojuelos brillantes, ni más ni menos que cuando en el monte el perdiguero favorito se paraba señalando un bando de perdices oculto entre los retamares. Por lo que hace á Javier, horrorizábanle aquellos preparativos de caza humana. En tan supremos instantes, mientras deslizaba en la recámara el proyectil, pensaba que se hallaría mucho más á gusto en los claustros de la Universidad, en el café ó en la feria del quince, comprándose rosquillas y caramelos á las señoritas del Pazo de Valdomar. Volvió á ver en su imaginación la feria, los relucientes ijares de los bueyes, la mansa mirada de las vacas, el triste pelaje de los rocines, y oyó la fresca voz de Casildina del Pazo, que le decía con el arrastrado y mimoso acento del país:

—¡Ay, dème el brazo por Dios, que aquí no se anda con tanta gente!

Creyó sentir la presión de un bracito.... No: era la mano peluda y musculosa del cura que le impulsaba hacia la ventana.

—A apagar el velón.... (hízolo de tres valientes soplidos). A empezar la fiesta. Yo cargo, tú disparas.... tú cargas, yo disparo.—¡Eh, Tomasa!—gritó á la criada;—no chilles, que pareces la comadreja.... Pon á hervir agua,

aceite, vino, cuanto haya.... Tú,—añadió dirigiéndose al gánán,—á la solana. Si montan á caballo de la muralla, me avisas.

Dijo, y con precaución entreabrió la ventana, dejando sólo un resquicio por donde cupiese el cañón de una escopeta y el ojo avizor de un hombre. Javier se estremeció al sentir el helado ambiente nocturno; pero se rehizo presto, pues no pecaba de cobarde, y miró abajo. Un grupo negro hormigueaba; se oía como una deliberación, en voz misteriosa.

--¡Fuego!—le dijo al oído su tío.

—Son veinte ó más—respondió Javier.

—Y qué!—gruñó el cura al mismo tiempo que apartaba á su sobrino con impaciente ademán; y apoyando en el alféizar de la ventana el cañón de la escopeta, disparó.

Hubo un remolino en el grupo, y el cura se frotó las manos.

—¡Uno cayó patas arriba.... *quoniam!*—murmuró pronunciando la palabra latina con la cual, desde los tiempos del seminario, reemplazaba todas las interjecciones que abundan en la lengua española.—Ahora tú, rapaz. Tienen una escala: al primero que suba....

Los dedos de Javier se crispaban sobre su hermosa carabina Lefauchaux, mas al punto se aflojaron.

—Tío—atreviôse á murmurar—entre esos hay gente conocida; me acuerdo ahora de lo que decían en la feria. Aseguran que viene el cirujano de Solás, el cohetero de Gunsende, el hermano del médico de Doas. ¿Quiere usted que les hable? Con un poco de dinero puede que se conformen y nos dejen en paz, sin tener que matar gente.

—¡Dinero, dinero!—exclamó roncamente el cura.—¿Tú sin duda piensas que en casa hay millones?

—¿Y los fondos del santuario?

—Son del santuario, *quoniam*, y antes me dejaré tostar los piés como le hicieron al cura de Solás el año pasado, que darles un ochavo. Pero mejor será que le agujereen á uno la piel de una vez y no que se la tuesten. ¡Fuego en ellos! Si tienes miedo, iré yo.

—Miedo no—declaró Javier; y descansó la carabina en el alféizar.

—Lárgales los dos tiros—mandó su tío.

Dos veces apoyó Javier el dedo en el gatillo, y á las dos detonaciones contestó desde abajo formidable clamoreo; no había tenido tiempo el mancebo de recoger la mano, cuando se aplastó en las hojas de la ventana una descarga cerrada, arrancando astillas y destrozándolas: componían su terrible estrépito estallidos

diferentes, seco tronar de pistoletazos, sonoro retumbo de carabinas y estampido de trabucos y tercerolas. Javier retrocedió, vacilando; su brazo derecho colgaba; la carabina cayó al suelo.

—¿Qué tienes, rapaz?

—Deben de haberme roto la muñeca—gimió Javier, yendo á sentarse casi exánime en el banco.

El cura, que cargaba su escopeta, se sintió entonces asido por los faldones del levitón, y á la dudosa luz del fuego del hogar vió un espectro pálido que se arrastraba á sus piés. Era la criada, que silabeaba con voz apenas inteligible:

—Señor.... señor amo.... ríndase, señor.... por el alma de quien lo parió.... señor, que nos matan... que aquí morimos todos....

—¡Suelta, *quoniam!*—profirió el cura lanzándose á la ventana.

Javier, inutilizado, exhalaba ayes, tratando de atarse con la mano izquierda un pañuelo; la criada no se levantaba, paralizada de terror; pero el cura, sin hacer caso de aquellos inválidos, abrió rápidamente las maderas y vió una escala apoyada en el muro, y casi tropezó con las cabezas de dos hombres que por ella ascendían. Disparó á boca de jarro y se des-

prendió el de abajo; alzó luego la escopeta, la blandió por el cañón y de un culatazo echó á rodar al de arriba. Sonaron varios disparos, pero ya el cura estaba retirado adentro, cargando el arma.

Javier, reanimándose, se le acercó resuelto.

—A este paso, tío, no resiste V. ni un cuarto de hora. Van á entrar por ahí ó por el patio. He notado olor á petróleo; quemarán la puerta de la bodega. Yo no puedo disparar. Quisiera servirle á V. de algo.

—Viérteles encima aceite hirviendo con la mano izquierda.

—Voy á sacar la Rabona de la cuadra por el portón, y echar un galope hasta Doas.

—¿Al puesto de la Guardia?

—Al puesto de la Guardia.

—No es tiempo ya. Me encontrarás difunto. Rapaz, adiós. Rézame un Padre nuestro y que me digan misas. ¡Entra, taco, si quieres!

—¡Haga V. que se rinde.... entreténgalos....! Yo iré por el aire.

La silueta negra del mancebo cubrió un instante el fondo rojo de la pared del hogar, y luego se hundió en las tinieblas de la solana. El tío se encogió de hombros, y asomándose, descargó una vez más la escopeta á bulto.

Luego corrió al lar y descolgó briosamente el pesado pote que pendiente de larga cadena de hierro hervía sobre las brasas. Abrió de par en par la ventana, y sin precaverse ya, alzó el pote y lo volcó de golpe encima de los enemigos. Se oyó un aullido inmenso, y como si aquel rocío abrasador fuese incentivo de la rabia que les causaba tan heroica defensa, todos se arrojaron á la escala, trepando unos sobre los hombros de otros; y á la vez que por las tapias se descolgaban dos ó tres hombres y luchaban con el gañán, una masa humana cayó sobre el cura, que aún resistía á culatazos. Cuando el racimo de hombres se desgranó, pudo verse á la luz del velón que encendieron, al viejo, tendido en el suelo, maniatado.

Venían los ladrones tiznados de carbón, con barbas postizas, pañuelos liados á la cabeza, sombrerones de anchas alas y otros arreos que les prestaban endiablada catadura. Mandábalos un hombre alto, resuelto y lacónico, que en dos segundos hizo cerrar la puerta y amarrar y poner mordazas al criado y la criada. Uno de sus compañeros le dijo algo en voz baja. El jefe se acercó al cura vencido.

—Eh, señor abad.... no se haga el muerto.... Hay ahí un hombre herido por V. y quiere confesión....

Por la escalera interior de la bodega subían pesadamente conduciendo algo; así que llegaron á la cocina vióse que eran cuatro hombres que traían en vilo un cuerpo, dejando en pos charcos de sangre. La cabeza del herido se balanceaba suavemente; sus ojos, que empezaban á vidriarse, parecían de porcelana en su rostro tizado; la boca estaba entreabierta.

—¡Qué confesión, ni!....—dijo el jefe. —¡Si ya está dando las boqueadas!

Pero el moribundo, apenas le sentaron en el banco sosteniéndole la cabeza, hizo un movimiento, y su mirada se reanimó.

—¡Confesión!—clamó en voz alta y clara.

Desataron al cura y le empujaron al pie del banco. Los labios del herido se movían como recitando el acto de contrición; el cura conoció el estertor de la muerte y distinguió una espuma color de rosa que asomaba á los cantos de la boca. Alzó la mano y pronunció *ego te absolvo* en el momento en que la cabeza del herido caía por última vez sobre el pecho.

—Llevarselo—ordenó el jefe.—Y ahora diga el señor abad dónde tiene los cuartos.

—No tengo nada que darles á Vds.—respondió con firmeza el cura.

Sus cejas se fruncían, su tez ya no era rubicunda, sino que mostraba la palidez biliosa

de la cólera, y sus manos, lastimadas, estranguladas por los cordeles, temblaban con temblaqueo senil.

—Ya dirá V. otra cosa dentro de diez minutos.... Le vamos á freir á V. los dedos en aceite del que V. nos echó. Le vamos á sentar en las brasas. A la una.... á las dos.

El cura miró alrededor y vió, sobre la mesa donde habían cenado, el cuchillo de partir el pan. Con un salto de tigre se lanzó á asir el arma, y derribando de un puntapié la mesa y el velón, parapetado tras de aquella barricada, comenzó á defenderse á tientas, á obscuras, sin sentir los golpes, sin pensar más que en morir noblemente, mientras á quemarropa le acribillaban á balazos....

El sargento de la Guardia civil de Doas, que llegó al teatro del combate media hora después, cuando aún los salteadores buscaban inútilmente bajo las vigas, entre la hoja de maíz del jergón, y hasta en el Breviario, los cuartos del cura, me aseguró que el cadáver de éste no tenía forma humana, según quedó de agujereado, magullado y contuso. También me dijo el mismo sargento que desde la muerte del cura de Boán abundaban las perdices, y me enseñó en la feria á Javier, que no persigue caza alguna, porque es manco de la mano derecha.

IX

EL DÉCIMO

¿La historia de mi boda?

Oíganla ustedes: no deja de ser rara.

Una escuálida chiquilla de pelo greñoso, de raído mantón, fué la que me vendió el décimo de billete de lotería á la puerta de un café, á las altas horas de la noche. La dí de prima una enorme cantidad, un duro. ¡Con que humilde y graciosa sonrisa recompensó mi largueza!

—Se lleva usted la suerte, señorito—afirmó con la insinuante y clara pronunciación de las muchachas del pueblo de Madrid.

—¿Estás segura?—la pregunté en broma, mientras deslizaba el décimo en el bolsillo del gabán, entretelado y subía la chalina de seda que me servía de tapabocas, á fin de preser-

varme de las pulmonías que auguraba el remusguillo barbero de Diciembre.

—¡Vaya si estoy segura! Como que el décimo ese se lo lleva usted por no tener yo cuartos, señorito. El número.... ya lo mirará usted cuando salga,.... es el 1420; los años que tengo, catorce, y los días del mes que tengo sobre los años, veinte justos. Ya ve si compraría yo todo el billete.

—Pues, hija, —respondí echándomela de generoso, con la tranquilidad del jugador empedernido que sabe que no le ha caído jamás ni una aproximación, ni un mal reintegro—no te apures: si el billete saca premio.... la mitad del décimo, para tí. Jugamos á medias.

Una alegría loca se pintó en las demacradas facciones de la billeterera, y con la fe más absoluta, agarrándome de una manga, exclamó:

—¡Señorito! por su padre y por su madre, deme su nombre y las señas de su casa. Yo sé que de aquí á cuatro días cobramos.

Un tanto arrepentido ya, la dije como me llamo y donde vivía; y diez minutos después, al subir á buen paso por la Puerta del Sol á la calle de la Montera, ni recordaba el incidente.

Pasados cuatro días, estando en la cama, oí vocear «la lista grande». Despaché á mi cria-

do á que la comprase, y cuando me la subió, mis ojos tropezaron inmediatamente con la cifra del premio gordo: creí soñar: no soñaba: allí decía realmente 1.420.... mi décimo, la edad de la billetera, la suerte para ella y para mí! Eran muchos miles de duros lo que representaban aquellos benditos guarismos— y un deslumbramiento me asaltó al levantarme, mientras mis piernas flaqueaban y un sudor ligero enfriaba mis sienes. Hágame justicia el lector: ni se me ocurrió renegar de mi ofrecimiento.... La chiquilla me había traído la suerte, había sido mi «mascota....» Era una asociación en que yo sólo figuraba como socio industrial. Nada más justo que partir las ganancias.

Al punto deseé sentir en los dedos el contacto del bienaventurado papelito. Me acordaba bien: lo había guardado en el bolsillo exterior del gabán, por no desabrocharme. ¿Dónde estaba el gabán? ¡Ah! allí, colgado en la percha.... A ver.... Tienta de aquí, registra de acullá.... Ni rastro del décimo.

Llamo al criado con furia, y le pregunto si ha sacudido el gabán por la ventana.... ¡Ya lo creo que lo ha sacudido y vareado! Pero no ha visto caer nada de los bolsillos; nada absolutamente.... Le miro á la cara; su rostro expre-

sa veracidad y honradez. En cinco años que hace que está á mi servicio no le he cogido jamás en ningún gatuperio chico ni grande.... Me sonroja lo que se me ocurre, las amenazas, las injurias, las barbaridades que suben á mis labios....

Desesperado ya, enciendo una bujía, escudriño los rincones, desbarato armarios, paso revista al cesto de los papeles viejos, interrogo á la canasta de la basura... Nada y nada: estoy solo con la fiebre de mis manos, la sequedad de mi amarga boca y la rabia de mi corazón!

A la tarde, cuando ya me había tendido sobre la cama á fumar, para ver de ir tragando y digiriendo la decepción horrible, suena un campanillazo vivo y fuerte, oigo en la puerta discusión, alboroto, protestas de alguien que se empeña en entrar, y al punto veo ante mí á la billetera que se arroja en mis brazos, gritando con muchas lágrimas:

—¡Señorito, señorito! ¿Lo ve usted? Hemos sacado el gordo.

¡Infeliz de mí! Creía haber pasado lo peor del disgusto, y me faltaba este cruel y afrentoso trance: tener que decir, balbuceando como un criminal, que se había extraviado el billete, que no lo encontraba en parte alguna, y que por consecuencia nada tenía que esperar de

mí la pobre muchacha, en cuyos ojos negros, ariscos, temí ver relampaguear la duda y la desconfianza más infamatoria....

Pero la billetera, alzándolos todavía húmedos, me miró serenamente y dijo encogiéndose de hombros:

—¡Vaya por la Virgen! Señorito.... no nacimos ni usted ni yo pá millonarios.

¿Cómo podía recompensar la confianza de aquella desinteresada criatura? ¿Cómo indemnizarla de lo que la debía—sí, de lo que la debía? Mis remordimientos y la convicción de mi grave responsabilidad pesaban sobre mí de tal suerte, que la traje á casa, la amparé, la eduqué y por último me casé con ella.

Lo más notable de esta historia es que he sido feliz.

X

EL PREMIO GORDO

Allá en tiempo de Godoy, el caudal de los Torres-Nobles de Fuencar se contaba entre los más saneados y poderosos de la monarquía española. Fueron mermando sus rentas las vicisitudes políticas y otros contratiempos, y acabó de desbaratarlas la conducta del último marqués de Torres-Nobles, calaverón despilfarrado que dió mucho que hablar en la corte cuando Narváez era mozo. Próximo ya á los sesenta años, el marqués de Torres-Nobles adoptó la resolución de retirarse á su hacienda de Fuencar, única propiedad que no tenía hipotecada. Allí se dedicó exclusivamente á cuidar de su cuerpo, no menos arruinado que su casa; y como Fuencar le producía aún lo bastante para gozar de un mediano desahogo,

organizó su servicio de modo que ninguna comodidad le faltase. Tuvo un capellán que amén de decirle la misa los domingos y fiestas de guardar, le hacía la partida de brisca, burro y dosillo (tales sencilleces divertían mucho al ex-conquistador), y le leía y comentaba los periódicos políticos más reaccionarios; un mayordomo ó capataz que cobraba á tocateja y dirigía hábilmente las faenas agrícolas; un cochero obeso y flemático que gobernaba solemnemente las dos mulas de la carretela; un ama de llaves silenciosa, solícita, no tan moza que tentase ni tan vieja que diese asco; un ayuda de cámara traído de Madrid, resto y reliquia de la mala vida pasada, convertido ahora á la buena como su amo, y discreto y puntual ahora y antes; y por último, una cocinera limpia como el oro, con primorosas manos para todos los guisos de aquella antigua cocina nacional, que satisfacía el estómago sin irritarlo y lisonjeaba el paladar sin pervertirlo. Con ruedas tan excelentes, la casa del marqués funcionaba como un reloj bien arreglado, y el señor se regocijaba cada vez más de haber salido del golfo de Madrid á tomar puerto y carenarse en Fuencar. Su salud se restablecía; el sueño, la digestión y demás funciones necesarias al bienestar de esta pobre túni-

ca perecedera que sirve de cárcel al espíritu, se regularizaban, y en pocos meses el marqués de Torres-Nobles echó carnes sin perder agilidad, enderezó algo el espinazo, y su sano aliento indicó que ya la feroz gastralgia no le roía el estómago.

Si el marqués vivía bien, no lo pasaban mal tampoco sus servidores. Para que no le dejasen les pagaba mejores soldadas que nadie en la provincia, y además los obsequiaba á veces con regalos y mimos. Así andaban ellos de contentos: poco trabajo, y ese, metódico é invariable; salario crecido, y de cuando en cuando, sorpresitas del dadivoso marqués.

El mes de Diciembre del año antepasado, hizo más frío de lo justo, y la dehesa y término de Fuencar se envolvieron en un manto de nieve como de una cuarta de grueso. Huyendo de la soledad de su gran despacho, bajó el marqués de noche á la cocina del cortijo, y buscando, por instinto de sociabilidad invencible, la compañía del hombre, se arrimó al hogar, calentó la palma de las manos castañeteando los dedos, y hasta se rió de los cuentos que con chuscada andaluza referían el capataz y el pastor, y reparó en que la cocinera tenía muy buenos ojos. Entre otras conversaciones más ó menos rústicas que le divirtie-

ron, oyó que todos sus criados proyectaban asociarse para echar un décimo á la lotería de Navidad.

Al día siguiente, muy temprano, el marqués despachaba un propio á la ciudad próxima, y anocheceía cuando el bondadoso señor penetró en la cocina blandiendo unos papeles, y anunciando á sus domésticos, con suma benignidad, que había cumplido sus deseos tomando un billete del sorteo inmediato, billete en el cual les regalaba dos décimos, quedándose él con ocho, por tentar también la suerte. Al oír tal, hubo en la cocina una explosión de alegría, con vivas y bendiciones hiperbólicas; sólo el pastor, viejo cano, zumbón y sentencioso, meneó la cabeza, afirmando que el que echaba con señores «espantaba la suerte,» de lo cual le pesó tanto al marqués, que condenó al pastor á no llevar ni un real en los décimos consabidos.

Aquella noche el marqués no durmió tan á pierna suelta como solía desde que Fuencar le cobijaba; le desvelaron algunos pensamientos de esos que sólo mortifican á los solterones. No le había gustado pizca la avidez con que sus criados hablaban del dinero que podía caerles. — ¡Esa gente — decía el marqués — no aguardaría sino á llenar la bolsa para plantar-

me! ¡Y qué planes los suyos! ¡Celedonio (el cochero), habló de poner taberna.... para beberse el vino sin duda! ¡Pues la pazguata de doña Rita (era el ama de llaves), no sueña con establecer una casa de huéspedes! Digo, y lo que es Jacinto (era el ayuda de cámara), bien se calló, pero miraba con el rabo del ojo á esa Pepa (la cocinera), que, vamos, tiene su sal.... Juraría que proyectan casarse. ¡Bah! (al exclamar *¡bah!* el marqués de Torres-Nobles dió una vuelta en la cama y se arropó mejor, por que se le colaba el frío por la nuca); en resúmdas cuentas, ¿qué me importa todo ello? El premio gordo no nos ha de caer y así.... tendrán que aguardarse por las mandas que yo les deje!—Y al poco rato el señor roncaba.—Dos días después celebrábase el sorteo, y Jacinto, que era más listo que Cardona, se las compuso de modo que su amo tuviese que enviarle á la ciudad en busca de no sé qué provisiones ú objetos indispensables. La noche caía, nevaba á más y mejor, y Jacinto aún no había vuelto, á pesar de salir muy de madrugada.

Estaban los criados reunidos en la cocina, como siempre, cuando sintieron las opacas pisadas del caballo sobre la nieve fresca, y á poco un hombre, en quien reconocieron á su compañero Jacinto, entró como una bomba. Estaba

pálido, temblón y demudado, y con ahogada voz solo acertó á pronunciar:

—¡El premio gordo!!!

Hallábase á la sazón el marqués en su despacho, y, con las piernas arrebujaadas en tupida manta, chupaba un habano, mientras el capellán le leía la *política menuda* de *El Siglo Futuro*. De pronto, suspendiendo la lectura, ambos prestaron oído al estrépito que venía de la cocina. Parecióles al principio que los criados disputaban, pero á los diez segundos de atender se convencieron de que no eran sino voces de júbilo, tan desentonadas y delirantes, que el marqués, amostazado y teniendo por comprometida su dignidad, despachó al capellán para informarse de lo que ocurría é imponer silencio. No tardó tres minutos en regresar el enviado, y dejándose caer sobre el diván, pronunció con sofocado acento: «¡Me ahogo!» y se arrancó el alzacuello y se desgarró el chaleco por querer desabrocharlo.... Corrió en su auxilio el marqués, y abanicándole el rostro con *El Siglo Futuro*, logró oír brotar de sus labios una frase entrecortada:

—El premio gordo.... nos ha tocaaa....ado el prem....

A despecho de sus achaques, brincó hasta la cocina el marqués con no vista ligereza, y lle-

gando al umbral, detúvose atónito ante la extraña escena que allí se representaba. Celedonio y doña Rita bailaban no sé si el jaleo ó la cachucha, con mil zapatetas, saltando como monigotes de saúco electrizados; Jacinto, abrazado á una silla, valsaba rauda y amorosamente; Pepa hería con el rabo de un cazo la sartén, haciendo desapacible música, y el capataz, tendido en el suelo, se revolcaba, gritando ó mejor dicho aullando salvajemente: «¡Viva la Virgen!» Apenas divisaron al marqués, aquellos locos se lanzaron á él con los brazos abiertos, y sin que fuese poderoso á evitarlo, lo alzaron en volandas, y cantando y danzando y echándose los unos á otros como pelota de goma, lo pasearon por toda la cocina, hasta que viéndole furioso lo dejaron en el suelo; y aún fué peor entonces, pues la cocinera Pepa, cogiéndole por el talle, quieras no quieras le arrastró en vertiginoso galop, mientras el capataz, presentándole una bota de vino, se empeñaba en que probase un trago, asegurando que el licor era exquisito, cosa que él sabía á ciencia cierta por haber trasegado á su estómago casi toda la sangre de la bota.

Así que pudo el marqués soltarse, refugióse en su habitación, con ánimo de desahogar su enojo refiriendo al capellán la osadía de sus

criados y platicando acerca del premio gordo. Con gran sorpresa vió que el capellán salía envuelto en su capote y calándose el sombrero.

—¿A dónde va V., D. Calixto, hombre de Dios?—exclamó el marqués admirado.

—Pues, con su licencia, D. Calixto iba á Sevilla, á ver á su familia, á darle la alegre nueva, á cobrar en persona su parte de décimo, un confite de algunos miles de duros.

—¿Y me deja V. ahora? ¿Y la misa? y....

En esto asomó por la puerta su hocico agudo el ayuda de cámara. Si el señor marqués le daba permiso, él también se marcharía á recoger lo que le tocaba. El marqués alzó la voz, diciendo que era preciso tener el diablo en el cuerpo para largarse á tales horas y con una cuarta de nieve, á lo cual respondieron unánimes D. Calixto y Jacinto que á las doce pasaba el tren por la estación próxima, que hasta ella llegarían á pie ó como pudiesen. Y ya abría el marqués la boca para pronunciar: «Jacinto se quedará, porque me hace falta á mí,» cuando á su vez se encuadró en el marco de la puerta la rubicunda faz del cochero, que sin pedir autorización y con insolente regocijo venía á despedirse de su amo, porque él se largaba ¡ea! á coger esos monises.

—¿Y las mulas?—vociferó el amo.—¿Y el coche, quién lo guiará, vamos á ver?

—Quien vuecencia disponga.... ¡Como yo no he de cochar más!...—respondió el auriga volviendo la espalda y dejando paso á doña Rita, que entró no medrosa y pisando huevos como solía, sino toda despeinada, alborotadica y risueña, agitando un grueso manojo de llaves, que entregó al marqués advirtiéndole:

—Sepa vuecencia que ésta es de la despen-sa.... ésta del ropero.... ésta del....

—¡Del demonio que cargue con V. y con toda su casta, bruja del infierno! ¿Ahora quiere V. que yo saque el tocino y los garbanzos, eh? Váyase V. al....

No oyó doña Rita el final de la imprecación, porque salió pitando, y tras ella los demás interlocutores del marqués, y en pos de éstos el marqués mismo, que les siguió furioso al través de las habitaciones y estuvo á punto de alcanzarles en la cocina, sin que se atreviese á seguirles al patio por no arrostrar la glacial temperatura. A la luz de la luna que argentaba el piso nevado, el marqués les vió alejarse, delante D. Calixto, luego Celedonio y doña Rita de bracero, y por último Jacinto muy cosido á una silueta femenina que reconoció ser Pepa la cocinera.... ¡Pepilla también!

Tendió el marqués la vista por la cocina abandonada, y vió el fuego del hogar que iba apagándose, y oyó una especie de ronquido animal... Al pie de la chimenea, muy esparrancado, el capataz dormía la mona.

A la mañana siguiente, el pastor que no quiso «espantar la suerte,» hizo para el marqués de Torres-Nobles de Fuencar unas migas y un ajo molinero, y así pudo este noble señor comer caliente el primer día que se despertó millonario.

.

Me parece excusado describir la suntuosa instalación del marqués en Madrid; lo que sí no debe omitirse es que tomó un cocinero cuyos guisos eran otros tantos poemas gastronómicos. Se sospecha que los primores de tan excelso artista, saboreados con excesiva delectación por el marqués, le produjeron la enfermedad que le llevó á la tumba. No obstante, yo creo que el susto y caída que dió cuando se desbocaron sus magníficos caballos ingleses, fué la verdadera causa de su fallecimiento, ocurrido á poco de habitar el palacio que amuebló en la calle de Alcalá.

Abierto el testamento del marqués, se vió que dejaba por heredero al pastor de Fuencar.

XI

PRUEBA AL CANTO

Discutíamos una noche en el saloncito verde del *Círculo de pensadores trascendentales* (sociedad que murió muy joven por falta de cuotas), acerca de socialismo y comunismo, y el buen Zenón Veleta, siempre amigo de contradecir, porfiaba que ninguno, ni aún los mismos que echan bombas de dinamita ó clavan puñales y suben al patíbulo, es comunista de verdad, en el fondo de su alma.

—A mí no me digan—argüía Zenón.—No existe el tal comunismo; es una farsa, moralmente hablando: obras son amores y no buenas razones.

—Y no llama usted obras—exclamó el excellentísimo señor D. Tristán Molinillo, individuo correspondiente de la de Ciencias históricas de

Estocolmo,—á dejarse apretar el pescuezo? Quisiera yo verle á usted....

—¡Antes ciegue usted que tal vea!—saltó furioso Zenón.

—Entiéndame usted bien: yo sostengo que todos los días aparecen gentes que se jnegan la vida por un quitame allá esas pajas. Cada novillada, en los pueblos, cuesta dos ó tres muertos y diez ó doce heridos graves. Que se encienda ahora una guerra civil al grito de.... lo que ustedes gusten, y sobrarán voluntarios. Arme V. un motín, por consumo va ó consumo viene, y se echarán á la calle como fieras innumerables ciudadanos ayer pacíficos, sin temor á que les rompan la crisma. Por unas copas; por diez céntimos; por una palabra más alta que otra; por cualquier futesa, se desmondongan los chulos en tabernas y fandangos. Créalo V.; de la vida hace poco caso el hombre; fácilmente la tira por la ventana: el morir en aras de una doctrina ni siquiera indica que el mártir la profesa sinceramente. El caso, señores, no es morir por una doctrina, sino *vivir* por ella y según ella.

Abí está como yo juro y perjuro que no existan tales comunistas ni anarquistas; que son un mito, engendrado por el miedo burgués. Y si no, á la prueba.

¿Dónde encuentren ustedes un comunista que, poseyendo bienes, los ponga en común, sin reservar para sí especialmente nada que los demás no disfruten? ¿Dónde se oculta el anarquista que, si le dan un mandillo, no lo ejerza, y si puede subir prefiera bajar? ¿Por qué será que no hay millonarios comunistas, ni ministros y generales á quienes les seduzca y extravíe el anarquismo? ¿Quién, de dos gabanes, entrega uno al prójimo? Cuando se me presenten ejemplos, confesaré que el comunismo es *una idea y no un estado de exasperación causado por la necesidad*.

—Amigo Velela—le interrumpí—yo conozco, no á uno solo, sino á muchos comunistas y anarquistas como los que usted describe y dice que no ve por ninguna parte. Son comunistas de pies á cabeza, porque sin dejar de hallarse dispuestos á arriesgar la vida, y arriesgándola y perdiéndola muchas veces por sus convicciones, á toda hora se regulan por ellas, y ajustan á ellas sus actos más insignificantes, y hasta sus pensamientos. Nada quieren poseer individualmente; el ejercicio del poder les repugna; la propiedad les enfada, y son tan partidarios de la igualdad, que ni en vestir ni en comer, ni en casa y lecho, se diferencian una línea. Son tan exaltados en sus creen-

cias, que para servirias mejor renuncian al amor y á la mujer, y andan descalzos....

—¡Bah!—exclamó Veleta.—Adivino quiénes son esos comunistas á que usted alude. Se trata de los frailes.... ¿Y no sabe usted por qué los frailes parecen excepción de la regla que afirmo? Porque esos se muestran comunistas en vida, sin otro fin que ser los más refinados individualistas ... después de la muerte. Bajo el supuesto colectivismo, cada cual busca su propio bien, la salvación de su alma, inconfundible con las otras, y la alegría de su cuerpo bienaventurado; una mayor ración de gloria, comprada á precio de la igualdad y la renuncia á toda propiedad y á todo interés mundano.... Sí; llámeles usted tontos: conversación. Nadie se inmola *diariamente* por el bien ajeno. Individualistas prácticos aquí ó en el Paraíso.... pero siempre individualistas.

No se es comunista más que por *fuera*, porque no hay teoría económica ni social capaz de suprimir el *yo*. ¿Quieren ustedes que les cite un hecho que prueba esta terrible verdad en toda su desnudez y su espantosa crudeza? En dos palabras lo cuento.

Conocí íntimamente á un socialista-comunista muy ardoroso, persuadido, de buena fe, y además propagandista. Mil veces había arros-

trado la muerte este hombre, y por último, á consecuencia de una de sus algaradas insensatas, echáronle el guante y le empaquetaron para Fernando Póo. Por casualidad iba yo en el mismo barco.... Sobrevino una borrasca deshecha; el buque, combatido por el oleaje furioso, amenazaba hundirse, y se echaron al agua los botes.

Uno de ellos, el más chico, estaba atestado de niños y mujeres, y con la excesiva carga se iba á fondo. Ideamos sostenerlo con cables, mientras se pasaba alguna gente al esquite mayor. En aquel momento de vertigo y de confusión indescriptible, el comunista fue el encargado de sostener la cuerda. La agarró con ahinco, y al principio sólo notó un ligero escozor; luego empezó á arderle la palma de la mano como si tuviera en ella áscuas encendidas. Si soltaba, eran perdidos los del botecillo: había que sufrir, que dejarse arrancar la piel y la carne. Pero el dolor crecía, la sensación era tremenda, y el comunista, lanzando un terro, aflojó el cable y vió que el bote, como una piedra, descendía al abismo.

Quedó tristán—¿á qué negarlo?—pero me confesó que si cien veces le arde la mano así, otras cien deja hundirse el bote. Esto es el pan nuestro de cada día. Veinte existencias apenas

no pesan lo que un *verdadero* tormento propio.

Calló Veleta, y todos le imitamos. Y al mirar su rostro repentinamente pálido y contraído, pensé sin querer que él era el comunista deportado, y busqué en la palma de su mano derecha la señal de la llaga.



XII

UNA PASIÓN

Siempre que nos reuníamos en Madrid ó en Galicia mi amigo Federico Bruck y yo, echábamos un párrafo ó varios párrafos sobre su ciencia predilecta, la geología; pues aunque Bruck es hombre de bastantes conocimientos y en alto grado posee esto que hoy llaman *cultura general*, inclinase á hablar de lo que mejor conoce y más ama, por instinto tan natural como el de las aguas al buscar su nivel.

De origen anglo-sajón, según revela el apellido, soltero, independiente y no pesándole los años, Bruck se consagró en cuerpo y alma al culto de la gran diosa Demeter, la Tierra madre. Esa ciencia erizada de dificultades, inaccesible á los profanos, le cautivó, gracias al feliz y sabio reparto que Dios hace de

las aficiones y gustos, para que ningún altar se quede sin devotos y ningún santo sin su velita de cera.—Yo confieso ingenuamente el error en que caí. Al pronto, juzgando con arreglo á mis sentimientos propios, pensé que lo que interesaba á Bruck eran los ejemplares de mineralogía, *los pedruscos bonitos*; pero ví con sorpresa que mi colección, distribuida en las primorosas casillas del estante como joyas en sus estuches, no despertaba en él sino la curiosidad que produciría en cualquier aficionado á ciencias naturales, mientras las piedras de construcción, el vulgarísimo granito esparcido en la calle, fijaba su mirada y le sumía en reflexiones profundas.

Desde entonces tuvimos asunto para discutir. Con mi doble instinto de mujer y de colorista, yo prefería, en el vasto reino mineral, los productos mágicos que sirven al adorno, á la industria y al arte humano, y describía con entusiasmo la eflorescencia rosa del cobalto, el intenso anaranjado del oropimente, la misteriosa fluorescencia de los espatos, que exhalan lucecicas como de Bengala, verdes y azules, los tornasolados visos del *labradorito*, semejantes al reflejo metálico del cuello de las palomas, la fina red de oro sobre fondo turquí del lápiz-lázuli, las irisaciones sombrías de la pirita

marcial y de la marcasita; coloridos nocturnos, vistos en mi imaginación como al través de la roja luz de una gruta caldeada por las fraguas y hornos de Vulcano. Con la exigencia refinada del gusto moderno, que se prendía de lo exótico, ponderaba hasta las ponzoñosas descomposiciones del color, el mohoso verdoso del níquel, el verde manzana de los arseniatos, los extraños cambiantes del cobre; encarecía después el amarillo de miel del ámbar, las gotas de leche incrustadas en la roja faz del jaspe, la transparencia vaga y suave de las calizas, que parecen nieve mineral. Yo argüía, y para mí era argumento definitivo, que los colores más vivos, más brillantes, la mayor cantidad de luz atesorada en un cuerpo, no se encontraba ni en el cáliz de la flor, ni en el ala de la mariposa, ni en la pluma del pájaro, sino que era preciso buscarla allá en las entrañas del globo, serpenteando por sus rocas, clavada en ellas, hasta que la inteligencia humana la extraía tallando la piedra preciosa, ó refinando el petróleo para descubrir los matices espléndidos de la anilina.

Además de estas hermosuras incomparables del color de los minerales, me cautivaban y excitaban mi fantasía los peregrinos caprichos que en ellos satisface la naturaleza; citaba la

luz fosfórica del cuarzo cambiante ú *ojo de gato*, las arenillas doradas de la venturina, los curiosos listones del ónice y sardónice, las vetas y dibujos varios de la familia de las calcedonias. ¿Dónde hay cosa más linda que el ópalo, con sus diafanidades boreales, como el lago al amanecer; que el hidrófano, que sólo brilla y se irisa cuando le mojan, lo mismo que una mirada cariñosa refulge al humedecerla el llanto; ó la límpida hialita, tan parecida á lágrimas congeladas? ¿Pues no es digna de admiración la singular birefringencia del espato de Islandia, la figura de X que se encuentra dentro de la macla ó *chiastolita*, los magníficos dodecaedros del granate y las cruces prismáticas de la *armotoma*? Filigranas de la creación, caladas y alicatadas por el buril de los gnomos ó geniecillos de las cavernas subterráneas, se me figuraban todos estos minerales, y así los alababa con sumo calor, haciendo sonreirse á Federico Bruck. Pero donde empezaban mis herejías anticientíficas era al declarar que tamaños portentos me parecían mucho más asombrosos después de que la mano del hombre completaba en ellos, con la forma artística, el trabajo oculto y paciente de las fuerzas creadoras.

Para mí, por ejemplo, el mármol de Paros

no adquiría pureza y excelsitud hasta considerarlo labrado por Fideas; el *kaolín* era barro grosero, y sólo me enamoraba convertido en porcelana sajona; el záfiro había nacido para rodearse de brillantes y adornar un menudo dedo; el brillante para temblar en un pelo negro; el basalto rosa para que en él esculpiesen los egipcios el coloso de Ramsés; el ágata, para que Cellini excavase aquellas copas encantadoras en torno de las cuales retuerce su escamoso cuerpo una sirena de plata. El arte, señor de la naturaleza, tal fué mi divisa.

Bruck afirmaba que estos gustos míos tenían cierta afinidad con los del salvaje que se prenda de unas cuentas de vidrio más que del oro nativo recogido en sus remotas cordilleras; y que lo verdaderamente grandioso y bello, con severa belleza clásica, en la tierra, no son esos caprichos del color ni esos jugueteos de la línea, sino las formas internas de las rocas, el plano arquitectónico, regular y majestuoso, de tan vasto edificio. Encarecía la magnitud de las anchas estratificaciones, que se extienden como ondas petrificadas del océano de la materia; los macizos y valientes pilares graníticos, fundamentos del globo, colocados con simetría solemne; las columnatas de pórfido y

basalto, más elegantes que las de ninguna catedral de la Edad media. Sobre todo y aparte del especial deleite estético que encontraba en esa disposición sorprendente de las rocas, decía Bruck que le enamoraba ver escrita en ellas la historia del globo, de su formación, del desarrollo de sus montañas y hundimiento de sus valles.

A simple vista, con una ojeada rápida, discernía la estructura de un terreno cualquiera, su yacimiento y su origen. Distinguía al punto las rocas eruptivas,—que parecen conservar en sus formas coaguladas indicios del misterioso hervor que las arrancó de los abismos del globo y las hizo rasgar su superficie, á manera de colmillos enormes,—de los terrenos de sedimento, cubiertos de capas y más capas lo mismo que de fajas la momia. Sabía por cuál secreta ley las rocas alpestres se levantan y parten en agujas tan atrevidas, puntiagudas y escuetas, mientras las sierras del mediodía de España se aplanan en chatos mamezones, figurando que una mano fuerte les impidió ascender y las redondeó con las redondeces de un seno turgente, henchido de licor vital.

Y cuando pudiese engañarse la vista, tenía Bruck para conocer, sin metáfora, el terreno

que pisaba, una señal infalible, la presencia ó ausencia, en la roca, de ciertos restos fósiles, valvas menudas de moluscos, el carbonizado tronco de una planta, la huella de un helecho ó de un licopodio. De estos restos se encontraban muchos en los terrenos de sedimento, que son á manera de museo donde puede estudiarse la flora y fauna del tiempo—digámoslo así—del rey que rabió, mientras las rocas eruptivas se hallan vacías, ajenas á toda vida, sin rasgos de organismos en sus mudas profundidades. Y aquí Bruck y yo volvíamos á disputar; porque mientras á mí me parecía digno de superior atención el terreno donde se descubren fósiles, él hablaba con el mayor respeto de esas rocas muertas, las primeras y más antiguas, verdaderos cimientos de planeta.

Las otras eran unas rocas de ayer acá, que contarían á lo sumo, algunos cientos de miles de años.

Yo no comprendía la preferencia de Bruck, porque siempre me agrada encontrar vida ó indicios de ella. Los fósiles me hacían soñar con paisajes antediluvianos, con animalazos gigantescos, medio lagartos y medio peces. Bruck, al contrario, se remontaba á los tiempos en que el mundo, dejando de ser una bola de gas incandescente, comenzaba á enfriar-

se, y sus queridas rocas emergían, rompiendo la película delgada, la corteza del gran esferoide. En resumen, á Bruck le importaban poco las plantas, que son vestidura de la tierra; los minerales preciosos, que son sus joyas, y los fósiles, que son sus archivos y relicarios; sólo se sentía atraído por la anatomía de su monstruoso esqueleto.

Valía la pena de oírle defender esta afición. Extasiábase hablando de la unidad que preside á las formaciones de las rocas, y del poderoso y visible imperio que ejerce la ley en los dominios de la verdadera geología ó *geognosia*. Ahí es nada eso de que la corteza terrestre sea igual en el Polo que en la zona tórrida, y que mientras los infelices naturalistas y botánicos se encuentran en cada clima con especies diferentes, el martillo del geólogo en todas partes rompa la propia piedra! La piedra inmóvil, grave, uniforme, idéntica á sí misma, figurábasele á Bruck majestuosa. A mí me daba frío, y... así como sueño. Pero que no lo sepa ningún geólogo, por todos los santos de la corte celestial.

Bruck no era un sabio de gabinete, ni se conformaba con ver los fragmentos y láminas de roca en las agenas colecciones ó en los museos, con su etiqueta pegada. Por valles, mon-

tañas y cerros, allí donde trazaban un camino, perforaban un túnel ó excavaban una mina, andaba Bruck con su caja de instrumentos, inclinándose ávidamente para ver, al través de la rota epidermis y de la morena carne de la gran Diosa, su osamenta formidable. Quería crear la geología ibérica, estudiar el terreno español tan á fondo como lo ha sido ya el francés, inglés y americano. Así es que cuando delante de Bruck nombraban alguna región de nuestra patria, Asturias, Galicia, Málaga, Sevilla, no se le ocurría nunca exclamar:—«¡hermoso país!—¡costa pintoresca!—¡cielo azul!—¡qué poéticas son las Delicias! ó ¡qué bonito el Alcázar!»—como nos sucede á cada hijo de vecino; sino que las ideas que acudían á su mente y brotarían de sus labios si Bruck fuese locuaz, eran sobre poco más ó menos del tenor siguiente:—«terreno hullero—buen yacimiento de gneiss—terreno triásico—formación cuaternaria!»

He dicho que Bruck no pecaba de locuaz; pero, fiel á su oriundez anglo-sajona, era tenacísimo. Jamás se cansaba, ni se desalentaba, ni variaba de rumbo. Todos amamos nuestras aficiones, y, sin embargo, cometemos infidelidades; tenemos nuestras horas de inconstancia, y volvemos luego á abrazarlas con mayor ca-

riño. Hay días contados en que yo no quiero que me nombren un libro, en que lo negro sobre lo blanco me aburre, y en que diera todo el papel impreso y manuscrito por un rayo de sol, un momento de alegría, la sombra de un árbol, la luz de la luna y el olor de las madre-selvas. Bruck no conocía semejantes alternativas; su amor por las rocas era, como ellas, firme, perenne, invariable.

Dos ó tres años hacía que no aportaba Bruck por mi país, y yo le suponía entregado á trascendentales investigaciones allá por las cuencas mineras de Extremadura ó por las alturas imponentes de los Pirineos, cuando una tarde se me presentó de la manera más impensada, enfundado en su traje habitual de *hacer geología*. El paño de su *chaquet* caía flojo y desmañado sobre su vasto cuerpo; una camiseta de color le ahorraba la molestia de ocupar el baúl con camisas planchadas; su sombrero, abollado, lucía una capa de polvo á medio estratificar; y como le ví que traía calzados los guantes, comprendí al punto que estaba de excursión, pues Bruck no usa guantes sino para el monte, dado que en la ciudad no hay peligro de estropearse las manos.

Preguntéle el motivo de su viaje. La vez anterior vino á examinar, en persona, la direc-

ción de los estratos del gneiss en esta parte de la costa cantábrica; y ahora, con voz reposada, me dijo que el objeto de su expedición era verle el pie.... *¡honnî soit qui mal y pense!* á la sierra de los Castros.

— ¡Pero cuidado que sólo á V. se le ocurre!... Estamos en Diciembre, se chupa uno los dedos de frío, y luego el viaje en diligencia es entretenido de verdad! ¿Cómo no aguardó V. á la inauguración del ferrocarril, al verano, etcétera, etc.?

Explicó que no podía ser de otro modo, porque ya había llegado á un punto tal, que sin ver la base de la sierra, inmediatamente, no haría cosa de provecho. Bruck apuntaba metódicamente en cuadernos los resultados de sus observaciones, y luego los daba al público, no en una obra extensa y monumental, sino de modo más conforme al espíritu analítico y positivo de la ciencia moderna, en breves monografías de esas que por Inglaterra y los Estados Unidos se llaman «contribuciones al estudio de tal ó cual materia,» folletitos concretos, atestados de hechos y labrados y cortados con precisión matemática, como sillares dispuestos ya para un edificio futuro. Cuando en mitad de uno de sus trabajos le ocurría á Bruck la más leve duda, la necesidad de exactitud ri-

gurosa y veracidad extricta en sus asertos no le dejaba pasar más adelante; y no cociéndosele, como suele decirse, el pan en el cuerpo, tomaba el tren, la diligencia, lo que hubiese, y se iba á comprobar sobre el terreno sus datos. No se cuidaba de si las circunstancias eran favorables; lo mismo hacía rumbo á Extremadura durante la canícula, que á Burgos en el corazón del invierno.

Aunque Galicia no es tan fría como Burgos, ni muchísimo menos, el plan de verle el pie á sierra de los Castros en Diciembre, no dejó de parecerme descabellado. La lluvia, incesante en tal época, la nieve, la escasez de recursos, la falta de esos hoteles disenimados por las cordilleras de otros países, donde el viajero se restaura, y mil y mil inconvenientes, se me ofrecieron al punto y los comuniqué á Bruck. Sin haber llegado nunca á sentarme en las faldas de la abrupta sierra, conocía mucho de oídas el país, y sabía que á veces, en tres ó cuatro leguas de circuito, no se encontraba unto para condimentar el caldo de pote, ni una arena de sal para sazonarlo. Mas ví al geólogo tan firme en su propósito, que lo único que pude hacer en beneficio suyo fué darle una carta de recomendación para el cura de los Castros. Justamente este buen señor había si-

do algunos meses capellán de nuestra casa.

Dos epístolas recibidas algún tiempo después completarán la historia del episodio que refiero. La primera de Bruck, del cura la segunda. Aquí las copio, para conocimiento y solaz del que leyere.

«Las Engrovas, 1.º de Enero.

»Mi distinguida amiga: no pensé empezar el año escribiendo á V. desde estas montañas; pero el hombre propone, y las circunstancias —ya sabe V. que soy algo determinista— disponen. Héme aquí en las Engrovas: ¿ha estado V. por acá alguna vez? Parece mentira, cuando uno se acuerda de esas Mariñas tan risueñas, tan alegres hasta en la peor estación del año, que Galicia encierre sitios tan agrestes y salvajes.

»Por supuesto que para mí son los mejores. Esa parte donde V. vive, es una tierra blanda, deshuesada, sin consistencia. Aquí encuentro magníficas rocas metamórficas, terrenos de transición, con todas sus curiosas variedades. Sólo me estorba mucho la vegetación feraz y compacta, que me impide reconocer bien el terreno. Espero que en el corazón de la sierra, las rocas se me presentarán en su noble y augusta desnudez.

»Me han asegurado que si me meto más en la montaña, me expongo á tropezar con manadas de lobos, á no encontrar dónde dormir. No me importaría si no estuviese calado; pero es tanta la lluvia que ha caído sobre mí, que el traje se me pudre encima. Dirá V. ¿y el impermeable? ¡El impermeable! Hecho girones, señora: los escajos, los espinos, las zarzas han puesto fin á su vida. Cuando llegue á la hospitalaria mansión del cura de los Castros, voy á pedirle que me ceda un balandrán ó cosa por el estilo, porque andar desnudo en Diciembre no es agradable.

»De la comida poco puedo decir á V.; yo suelo pasarme diez ó doce horas sin recordar que es preciso dar pasto al estómago; y cuando se lo doy, al cuarto de hora ya no sé lo que he mascado. No obstante, aquí noto que me falta lastre. Creo que hay días en que me alimento con un plato de puches de harina de maíz. Gracias si puedo regarlos con leche de vaca.

»En resumen, hambre, frío, sed de vino y café (de agua no es posible, pues el cielo la vierte á jarras); pero yo contentísimo, porque estas rocas valen un Perú, y su estudio arroja clarísima luz sobre diversos problemas que me preocupaban.

»Mañana me internaré en lo más despoblado y agrio de la región. Aprovecho la coyuntura de enviar al Ferrol esta carta, para que la echen al correo. Siempre á sus órdenes su amigo afectísimo

Federico Bruck.»

«Parroquia de S. Remigio de los Castros,

Febrero 27.

»Estimada señorita: le escribo para darle razón del señor forastero que V. se sirvió recomendarme en el mes de Diciembre del pasado año. Ese señor salió de las Engrovas el 2 de Enero, muy tempranito, á caballo, pensando llegar á los Castros á *la mediodía*. Yo nunca ví tanto frío, que mismo cortaba; hasta al consagrar parece que se me caía la partícula de los dedos; la noche antes heló mucho, y los caminos resbalaban como si estuviesen untados con sebo. Ese señor traía un chiquillo para tenerle cuenta de la caballería y llevarle una caja y no sé qué más lotes; y el chiquillo, que es hijo de mi compadre Antón de Reigal, me ha contado cómo pasó el lance. El señor se bajó del caballo á medio camino, en el sitio que llaman *Codo-torto*, y sacando un martillo comenzó á arrancar pedacitos de piedras, que se conoce que los ingleses, sabiendo que

aquí hay oro, quieren buscarlo y acaso hacer minas. Piedras fueron, que se pasó así toda la mañana, hasta que el chiquillo, cansado de esperar y no viéndolo por ninguna parte, y muriéndose de ganas de comer, tuvo la debilidad de venirse á los Castros solo, y el caballo detrás, muy pacífico. Luego, cuando el rapaz vió que se hacía de noche, y que no aparecía su amo, vino llorando á contarme el lance.

»Como, según el chiquillo, ese señor se encaminaba á mi casa, en seguida me dió la espina de que sería algún amigo ó pariente de V.; llamé á tres feligreses, les hice encender *fachucos* de paja bien retorcidos para que durasen, y nos metimos por la sierra, busca que te buscarás al viajero. ¿Dónde le fulmos á encontrar? En el despeñadero de Codo-torto, que lo rodó de una vez, señorita, y pásmese, no se mató, sólo se rompió una pierna. Le trajimos en brazos como se pudo, y gracias al *algebrista* de Gondás, ¿no sabe V.? aquel hombre que cura toda rotura y dislocación sin reglas ni sabiduría, con unas tablillas, unos cordeles y siete *Aves Marías* con sus *Gloria Patris*, no tendrá que gastar muleta el señor de *Brús* ó como se llame, aunque siempre al andar se le conocerá un poquito.

»Yo y mi hermana la viuda, lo cuidamos lo

Arco

5

mejorcito que supimos, que nos dió mucha lástima; es un señor muy llano y parece un infeliz. Lo peor de las horas que pasó solito, dice él que fueron unos lobos que le salieron y que los espantó encendiendo fósforos. A pesar de la desgracia, asegura que no le pesó venir á la sierra. Se conoce que la mina de oro promete. Tendrá la bondad de dar un besito á los niños, y de saludar con la más fina atención á los señores y mandar á éste su reconocido servidor y capellán

q. s. m. b.

José Taboada Rey.»

Moraleja.—De cómo por verle los huesos á la tierra, rompió Bruck sus huesos propios.



P
Bah
faus
de d
cap
taba
lanu
siem
de a
cara
«Ha
figu
no, c
más
sadi
fend

XIII

BENITO DE PALERMO

Preguntáronle sus amigos al marqués de Bahama—riquísimo criollo conocido por su fausto, sus derroches y su aristocracia manía de defender la esclavitud,—por qué singular capricho llevaba á su lado en el coche y sentaba á su mesa á cierto negrazo horrible, de lanuda testa y morros bestiales, y por contera siempre ébrio, siempre exhalando tufaradas de aguardiente, que no lograban encubrir el característico olorcillo de la raza de Cam.—«Hay—le decían—negros graciosos, bien configurados, de dientes bonitos, de piel de ébano, de formas esculturales; pero éste da grima; más que negro es verde violeta; yo tengo pesadillas con él.» Y el marqués, sonriendo, defendía á su negrazo con algunas frases de

conmiseración indolente:—«¡Pobrecillo! ¡Qué diantre!.... Yo soy así.»

Al cabo, en una alegre cena donde se calentaron las cabezas, merced á que se bebió más champagne y más manzanilla y más licores de lo que permite la cordura, viendo yo al marqués animado, decidior—en plata, algo chispo,—aproveché la ocasión de repetir la pregunta. ¿Por qué Benito de Palermo—así se llamaba el negrazo—gozaba de tan extraordinarias franquicias? Y el marqués, á quien le relucían los hermosos ojos negros de ancha pupila, contestó sonriendo y señalando á Benito, que yacía bajo la mesa, perdidamente beodo:

—Por borracho, cabal; por borracho.

No logré que entonces se explicase más. Parecióme tan rara la causa de privanza de Benito, como la privanza misma. De allí á dos días, paseando juntos, recordé al marqués su extraña contestación, y él, arrojando el magnífico *recorte* que chupaba distraídamente, murmuró con entonación perezosa:

—Bueno; pues ya que solté esa prenda, diré lo que falta.... Ahora se sabrá cómo si no es la borrachera de Benito, estoy yo muerto hace años, y de la muerte más horrorosa y cruel.

«No ignora V. que me he educado en los

Estados Unidos, y me aficioné á los viajes desde la niñez, porque allí el viajar se considera complemento de toda escogida educación. Antes de cumplir los veinticinco años había recorrido las principales ciudades de Francia, Inglaterra y Alemania; sabía como se vive en cada nación culta; en París, sobre todo, me había pasado inviernos enteros. Sin embargo, la monotonía de la civilización empezaba á causarme tedio, y me hurgaba el caprichillo de ver países raros, medio salvajes. Dediqué unos meses á registrar la hermosa Italia, parando mucho en Roma y consagrandome temporadas á Florencia, Nápoles, Sicilia, Malta y Córcega; y engolosinado ya—Italia siempre será un paraíso—propúseme realizar al año siguiente otro delicioso viaje, el de Oriente, Grecia, Turquía y Palestina. Para venir á lo que importa de este cuento, lleguemos ya á Atenas, donde, por recomendaciones que llevaba, encontré excelente acogida en el cuerpo diplomático y en la corte, lo cual, y otra cosa que añadiré, contribuyó á que se prolongase mi estancia en la capital de Grecia bastante más de lo que pensaba.

»Es el caso que en una fonda magnífica de Florencia había yo visto, por espacio de pocas horas, á una hermosísima inglesa, la cual

grabó en mi espíritu una impresión que no habían conseguido borrar el tiempo ni la distancia. Era de esas mujeres que no se olvidan, porque á la belleza plástica, incomparable, reunía una gracia, una viveza y una originalidad excéntrica y picante, que empeñaban en perseguirla y adorarla. El vulgo cree que todas las inglesas son sosas; pero yo le aseguro á V. que la que sale graciosa, vale por diez. Eva... (suponga V. que se llamaba así) era viuda, y viajaba con una dama de compañía, sin rumbo fijo, adonde la llevaba su imaginación artística y fogosa. En los cortos momentos que conseguí hablarla, volvíme loco. No me atreví á galantearla abiertamente, y sólo con los ojos la revelé el efecto que en mí causaba. Debo advertir que no me hizo maldito el caso, que me toreó, y que en una vuelta que di me encontré con que había desaparecido sin que me fuese posible dar con ella, por más que la busqué desalado al través de toda Italia.

»Calcule V. mi sorpresa y mi emoción, cuando en el primer sarao á que asisto en la embajada inglesa de Atenas, me encuentro á Eva radiante de hermosura, divinamente prendida y dispuesta á valsar. Exeuso decir que inmediatamente me dediqué á cortejarla, y que á fuerza de atenciones logré algunas ligeras se-

ñales de complacencia, pequeños indicios de que no le era desagradable mi persona. Sin embargo, en los saraos sucesivos, y en todos los lugares donde yo procuraba encontrarme con Eva y acompañarla, noté cuan difícil era ganar terreno en aquel corazón caprichoso y rebelde. Eva me desesperaba con sus coqueterías y sus arrechuchos; nunca estaba yo seguro de llegar á vencerla; si me veía alegre me quería triste; si yo decía negro, ella respondía blanco. Creo que este sistema me trastornaba más, y ya me encontraba á punto de darme á todos los demonios, cuando....»

—Pero—interrumpí—lo que no sale á relucir es Benito de Palermo; y confieso que Benito me intriga más que la hermosa Eva.

—«Cachaza, ya sacaremos á Benito—respondió sonriendo el marqués.—Iba á decir que por entonces fué cuando parte de la colonia inglesa que se encontraba en Atenas, dispuso organizar una excursión á caballo y en coche, con objeto de visitar la célebre llanura de Maratón.»

—¡Ah! exclamé estremeciéndome involuntariamente.—¡Ya sé, ya sé! ¡Conque le tocó á V. ese chinazo! ¡Qué cosa tan horrible!

—«Veo que recuerda V. ese episodio. ¡No

es para olvidado, no! Toda la prensa europea habló de eso detenidamente, publicando grabados, retratos y los pormenores día por día. Pues sepa V. que la expedición se combinó en la embajada, entre un rigodón y un wals de Strauss. La colonia acogió la idea con fruición y entusiasmo; las mujeres, sobre todo, estaban alborotadísimas. Pero yo, que había conversado largamente con palikaros, intérpretes y comerciantes judíos, recordé las noticias que me habían dado sobre una gavilla de bandoleros que infestaba las inmediaciones de Atenas, y cuyo número, arrojo y sanguinarias costumbres, eran motivo suficiente para alarmarse y reflexionar. Emití un dictamen de prudencia, indicando que convendría ó llevar numerosa y bien armada escolta ó renunciar al proyecto. Allí adquirí la persuasión de que todos los ingleses tienen vena. Lord *** y los demás, que formaron parte de la fatal expedición, sonrieron desdeñosamente cuando les hablé de peligros; y á aquella sonrisa, que ya me encendió la sangre, correspondió Eva con algunas frases tan secas y burlonas, que me restallaron como latigazos sobre las mejillas. Vino á decir que el que no se sintiese con ánimos para arrostrar el riesgo, haría mucho mejor en quedarse, pues las inglesas no quieren com-

pañía sino de gente resuelta, capaz de no achicarse ante los bandidos, caso de haberlos, que estaba por ver. El que recuerde los ventiseis años que yo tenía, y lo enamorado que andaba de Eva, comprenderá que me propuso formar parte de la expedición, aunque supiese que nos acechaban todos los salteadores del mundo. ¡Ir con Eva de viaje! ¡Galopar á su lado! ¡Qué felicidad! Y ella, al conocer mi propósito, cambió como una veletilla, me sonrió, y estuvo conmigo insinuante, coqueta, hasta mimosa. La excursión quedó fijada para la mañana siguiente: al despuntar el día nos reuniríamos en un punto dado, fuera de las murallas de Atenas, llevando cada cual ó coche ó caballo, provisiones y armas. De los guías se encargaba lord ***.

»Aquí aparece Benito de Palermo; no se impacienta usted, que ya sale el figurón. Nacido en casa de mis padres, yo le llevaba conmigo como quien lleva un perro de lanas, porque la verdad es que es que no me servía para maldita la cosa, pues siempre ha sido torpón y desidioso. Escondiéndole la bebida, aun se lo graba hacer carrera de él; pero en cuanto lo cataba, un cepo, una piedra. En Atenas, á fuerza de prohibir yó en el hotel que le diesen á probar ni vino ni alcohólicos, íbamos salien-

do del paso.—Al regresar de la embajada, la víspera de la excursión, llamo al bueno de Benito, le doy mis órdenes y las llaves, y le encargo repetidamente que al rayar el día tenga mi caballo ensillado y preparadas mis armas, y me despierte aunque sea á tropicones: hecho lo cual, me adormezco pensando en Eva.

»Cuando abro los ojos, el sol entra á torrentes en mi cuarto. Despavorido me echo de la cama y miro el reloj: marcaba las once. Grito como un insensato llamando á Benito: Benito no aparece. Salgo al cuarto de tocador, de allí al pasillo.... y tropiezo con un bulto negro, una bestia que ronca.... Es Benito, ¡Benito, más borracho que un pellejo! Comprendo instantáneamente.... Dueño de mis llaves, había asaltado el armario que contenía mis licores, y á aquellas horas la cabalgata se encontraría cerca de Maratón, y yo sería para Eva el ser más despreciable y más ridículo.

»Desde que estaba en el viejo Continente no había empleado el bejuco. Cegué, y arremetiéndole contra el negro, le dí tal soba, que volvió en sí llorando y gimiendo que le asesinaban. Cuando me harté de pegarle, pensé en ensillar el caballo y reunirme á la comitiva.... Pero era preciso buscar guía, pues de otro modo, ¿cómo orientarme en la planicie?—Y an-

tes de que el guía pareciese, ya se divulgó por Atenas la noticia espantosa: los bandoleros habían copado la expedición, cogiendo prisioneros á los expedicionarios después de una heroica resistencia y de herir gravemente á alguno; las mujeres habían sufrido peor suerte, escarnecidas á la vista de sus maridos y hermanos, que atados á un árbol no las podían defender.... Ya supone V. cual me quedaría; no he sufrido nunca impresión más atroz.»

—Recuerdo el caso.... Se llevaron á los ingleses, exigiendo un grueso rescate y amenazando con atormentarles mientras el rescate no llegara.... Si no me equivoco, á Lord *** le fueron mechando y cortando en pedacitos: no hay idea de martirio semejante....

—Ea, pues de eso me libré yo por estar Benito borracho—afirmó el marqués requiriendo la petaca.—Desde entonces le dejo beber lo que quiera.... y el amo aquí es él.

—¿Según eso, habrá V. comprendido que un hombre de color no es un perro?

—Claro que no. Los perros no saben emborracharse oportunamente.

—¿Y Eva? ¿Sufrió el destino de las otras? Estaría bien empleado.

—¡Pues ahora caigo en que falta lo mejor!—exclamó el marqués.—Eva, por un antojito,

porque no la gustaba su traje de amazona, también se había quedado en Atenas.... ¡y si Benito me despierta y acierto á ir con la expedición, no sólo pierdo la vida, sino los deliciosos ratos que debí á Eva, después, cuando ya se ablandó su corazón intrépido!



XIV

PLANTA MONTÉS

Hubo larga deliberación, y se celebró una especie de consejo de familia para decidir si era ó no conveniente traerse á aquel indígena de la más enriscada sierra gallega á servir que en la capital de la región. Ello es que emprendíamos la doma de un potro; tendríamos que empezar enseñando al neófito el nombre de los objetos más corrientes y usuales, dándole una serie de *lecciones de cosas*, que me río yo de la escuela Fröbel. Pero tan ahitos estábamos del servicio reclutado en Marineda, procedente de fondas y cafés, picardeado y no instruido por el roce, ducho en hurtar el vino y en saquear la casa para obsequiar á sus coimas, que optamos por el ensayo de aclimatación. En el fondo de nuestro

espíritu aleteaba la esperanza dulce de que al buscar en el seno de la montaña un muchacho inocente y medio salvaje, hijo y nieto de gentes que desde tiempo inmemorial labran nuestras tierras, ejerceríamos sobre el servidor una especie de dominio señorial, reanudando la perdida tradición del servicio antiguo, cariñoso, patriarcal en suma. ¡Tiempos aquellös en que los criados morían de vejez en las casas!....

Era una mañana serena y pura; el cielo de Marineda justificaba la copla que lo declara *cubierto de azul*, cuando llegó á nuestros lares el natural de Cenmozas. Acompañábale su padre, el casero. Padre è hijo se parecían como dos gotas de agua en las facciones: ambos de rostro pomuloso, moreno bazo, color de pan centeno; de ojillos enfosados, inquietos, como de ave cautiva; de labios delgados, casi invisibles; de cráneo oblongo, piriforme. Los diferenciaba la expresión, astuta y humilde en el viejo, hosca y recelosa en el mozo; y también los distinguía el pelo, afeitado al rape el del padre, largo el del hijo, y dispuesto como la melena de los siervos adscritos al terruño, colgando á ambos lados de su parda montera de candil. Los dos vestían el genuino traje de la comarca montañosa, semejante á la vesti-

menta de los bretones y vendeanos, aunque en vez de amplias bragas usasen el calzón ajustado de lienzo bajo el de paño pardusco. A pesar de la radiante belleza del día, apoyábanse los montañeses en inmensos paraguas colorados.

Mientras el viejo rebosaba satisfacción y contento,—como quien está seguro de haber encontrado á su progenie una colocación en que tiene al rey cogido por los bigotes,—y en su fisonomía socarrona retozaba insinuante sonrisa, el mozo, callado y descolorido apesar del sol que había tostado su epidermis, parecía indiferente á las cosas exteriores. Al ofrecerles asiento, dejáronse caer en él á la vez pesada y tímidamente, penetrados de respeto hacia la silla. Antes de estipular nuestras condiciones, hizo el padre cumplido panegírico de su Ciprián ó Cibrao, que así le llamaba. Las comparaciones elogiosas estaban tomadas de la fauna campesina. Cibrao, maino como una oveja; Cibrao, fiel como un can; Cibrao, trabajador como un lobo (tal dijo, aunque yo ignoraba que el lobo se distinguiese por su laboriosidad); Cibrao, amoroso como una *rula* (tórtola); Cibrao, ahorrativo como las hormigas; Cibrao, más duro que mula bu-rreña; á Cibrao, con cualquier cosa lo man-

teníamos, porque, alabado sea el Señor, él venia hecho á todo, y su cuerpo bien castigado. Si nos desobedecía en la menor, ¡darle sin duelo! (y el padre ejecutaba el ademán de quien sacude un pellejo á varazos), y si no, llamarle á él, al tío Julián, que vendría desde Cenmozas para arrearle al hijo tal tunda, que no se pudiese menear en cinco semanas. Soldada, la que quisiéramos; ¡demasiado lama teníamos de buenos cristianos para hacer mala partida á nadie! Al mozo, en su mano, ni un *ochavo de la fortuna* siquiera: ya se sabe que los mozos, cuanto tienen, otro tanto destragan con bribonas y tabernas.... Él, el tío Julián, se encargaría de recoger, supongamos, cada dos ó tres meses juntos.... Si hoy en día pagaba tanto más cuanto por el lugar, y si tanto ganaba el mocino, eso menos nos pagaría al vencer el término de la renta. Y hablando de renta: en estos años tan malos, por fuerza teníamos que perdonarle alguna.... Otrosí: la casa del lugar, propiamente estaba cayéndose en ruinas.... Venir un día de viento.... y plan.... ¡adiós! Luego, con tantas grietas.... los tenía el frío *atecidos*.—Comprendimos que el tío Julián venia animado del firme propósito de vendernos su *mozo* á trueque de la renta del lugar, reconstrucción de morada y dinero para unos

bueyes á parcería, que contaba le sacasen de apuros. En arras de este contrato tácito, ofreciéndonos dos empedernidos quesos, cuatro onzas de ranciá manteca, y hasta media hanega de castañas gordas.

Cuando, después de bien comido y regalado, se despidió el viejo labriego, el hijo no salió de su inmovilidad y mutismo: ni aun mostró querer acompañarlo hasta la puerta ó darle alguna señal de afecto ó encargo para los que se habían quedado allá en la sierra. Por la noche le vimos acurrucado en un rincón de la cocina, sin querer aproximarse á la mesa para cenar. Ni nuestras palabras, ni las bromas de la joven y alegre doncella, ni las compasivas insinuaciones de la cocinera, mujer ya madura y que tenía un hijo «sirviendo al Rey,» consiguieron animarle. No consintió probar bocado.

Comprendimos bien esta nostalgia ó morriña de los primeros instantes, y esperamos que no duraría. ¡Marineda es tan regocijada los domingos! ¡Ofrece tantas distracciones á un rapaz campesino, que sólo ha visto breñas y tojos! ¡Hay tanta música militar, tanto ejercicio de batería, tanta comparsa en Carnaval...! Y en Semana Santa ¡qué de procesiones! Ya acabaría Cibrao por chuparse los dedos.

Lo primero, adecentarle, para que pudiese andar entre las gentes y sus compañeros no le hiciesen burla. Un barbero le cortó el pelo y le enseñó el uso del peine; un sastre le arregló ropa de desecho; á provistarle de camisas, de calcetines y elásticas; á plancharle corbatas blancas y embutirle las callosas manos en guantes de algodón. La metamórfosis, al pronto, surtió favorable efecto. Diríase que iba á sacudir su apatía el montañés. Fuese que las guedejas le hacían el rostro más macilento, ó fuese por otra razón desconocida, al raparse mejoró de semblante, apetito y ánimo, y ya creímos que el trasplante se realizaba con toda felicidad.

¡Ay! Nuestra satisfacción fué un relámpago. El rapaz se estrenó desastrosamente en el servicio. Ni una potranca de Arzúa, suelta al través de la casa, hace más destrozo. Las manos duras de Cibrao, acostumbradas al *sacho* y á la horquilla, no acertaban á tocar cacharro ni vidrio sin reducirlo á polvo. Lo cogía con infinitas precauciones, y ¡clin!, ¡plac!, al suelo hecho añicos. Él le echaba la culpa á los guantes, con los cuales aseguraba que «no tenía tientos.» El cristal ejercía sobre sus sentidos burdos de labriego extraña fascinación. No lo distinguía de la diaphanidad de la atmós-

fera: tenía delante una copa ó una botella, y positivamente *no la vela*, ó al menos no distinguía sus contornos. «Maréame,» decía al tomar cualquier objeto transparente.

Nos ponía tenedores para la sopa y cucharas para el frito. Las vinagreras las servía al postre. Azotaba los cuadros con el mango del plumero; arrancaba de cuajo los cortinones al intentar quitarles el polvo; limpiaba el tintero con las toallas finas, y no dejó luz de petróleo que no descompusiese. Una noche tuvimos la casa, por culpa suya, sepultada en profundas tinieblas.

Nuestro ajuar ganaba poco, y su destructor menos aún. El azoramiento de las continuas advertencias y regaños, el vértigo de la ciudad, tal vez causas más íntimas, más pegadas al alma del trasplantado, iban demacrando su rostro y apagando sus ojos de un modo que llegó á parecernos alarmante. Algo de compasión y mucho de cansancio é impaciencia nos dictaron la medida de llamar á capítulo al mozo y aconsejarle paternalmente la vuelta á su aprisco serrano. «Vamos, habla claro y sin miedo, rapaz. Nadie te quiere en su casa por fuerza. Llevas quince ó veinte días; ya puedes saber cómo te va por aquí. Tú no estás contento.» Una chispa luminosa se encendió en

las cóncavas pupilas, y los apretados labios articularon enérgicamente:

—Señora mi ama, no me *afago* aquí.

—¿Y pasado algún tiempo, no te *afarás* tampoco?

—Tampoco. No, señora.

En vista de la categórica respuesta, escribimos sin dilación al mayordomo de la montaña para que viniese el tío Julián á recoger su cachorro. Sí, que lo recogiese cuanto antes; de lo contrario, ni nos quedaría títere con cabeza, ni el muchacho levantaría la suya. Transmitió el mayordomo la respuesta del viejo. Como él viniese á Marineda, le rompía al hijo todas las costillas, por «escupir la suerte.» Y si lo llevaba á la montaña otra vez, era para «brearlo á palizas.» Este modo de entender la autoridad paterna nos alarmó un poquillo. Suspendimos, y comunicamos á Cibrao las órdenes del *patrucio*.

Nada contestó. Resignóse. Cayó en una especie de marasmo. Trabajaba lo que le mandasen; pero en cuanto volvíamos la espalda, se acurrucaba en un rincón, dejando los brazos colgantes y clavando la quijada en el pecho. Era la calma triste del animal, silenciosa y soporífera, sin protestas ni quejas: la obscura y terca afirmación de la voluntad en el

mundo zoológico. Cierta día, al preguntarle si estaba malo y quería que un médico le viese, hubo de responder:

—Médico, *non* sirve. La tierra me llama por el cuerpo.

Había llegado el mes de Noviembre, lúgubre mes en que parece oírse, al través del suelo empapado en lluvia y entre el silbo del ábrego, choque de huesos de difunto y sordas lamentaciones extramundanales. Marinada se vestía de invierno. Retemblaban los cristales al empuje del huracán, y el rugir de los dos mares, el Varadero y la bahía, hacía el bajo en el pavoroso concierto, mientras la voz estridente del viento parecía una carcajada sardónica. En nuestra solitaria calle no se oía por la noche sino el paso fuerte y rítmico del sereno, el quejumbroso escurrir del agua, el embrujado maullido del gato ya rabioso de amor, y algún aldabonazo que resonaba como en el hueco de una tumba. Después de la noche más tormentosa y triste de todo el mes, supimos que Cibrao no quería salir de la cama. Y vino el doctor, y á carcajadas nos reíamos cuando nos enteró de lo que el mozo padecía.

—¡El maula ese! No tiene nada. Ni calentura, ni dolores, ni esto, ni aquello, ni lo de más

allá. ¡Cuando les digo á Vds. que nada! Y dice que no le da la gana de levantarse, ¿por qué pensarán? ¿A qué no aciertan? Pues porque anoche oyó ladrar, digo, aullar á un perro, y jura que el dichoso perro *ventaba* su muerte.

Pasada la risa, nos entró el arranque humanitario.

—Doctor, ¿caldo y vino? Doctor, ¿unos sinapismos? Doctor, ¿á veces un baño de piés....?

El médico se encogió de hombros enarcando las cejas.

—No veo medicamento, porque no veo enfermedad. Si la hay es en la *sustancia gris*, y yo allí no sé como se ponen las sanguijuelas ni cómo se aplican los revulsivos. A mal de superstición, remedio de ensalmos. Llamen Vds. al cura de la parroquia, que se traiga el calderito y el hisopo y le saque los enemigos del cuerpo.

Y el doctor Moragas se fué entre risueño y furioso.

Muchas veces hemos deplorado no seguir acto continuo el consejo irónico del doctor. ¿Quién sabe si las lustraciones del bendito caldero curarían la pasión de ánimo del monañés?

La noche siguiente, yo también oí, entre el silbido del aire y el ronco mugido profundo

del Cantábrico, la voz del perro que aullaba en són muy prolongado y triste. Me desvelé, y singular desasosiego me oprimió hasta la madrugada, hora en que generalmente recompensa el sueño las fatigas del insomnio.

¿Será creído el desenlace de este caso auténtico, no tan sorprendente para los que nacimos en la brumosa tierra de los celtas agoreros como para los que en regiones de sol tuvieron cuna?

El temor á la incredulidad me paraliza la mano. Apenas me determino á estampar aquí que Cibrao amaneció muerto en su cama.

Le hicimos un buen entierro, y hasta se dijeron misas por su alma primitiva y gentil.

XV

CUENTO INMORAL

La oportunidad y la resolución—decíame aquel terrible doctor en filosofía práctica—han sido siempre cualidades distintivas de los hombres cuyos hechos resaltan sobre el tejido de la historia. Quien pierde un instante, todo lo pierde. Sé cierto maravilloso sucedido, y lo referiré para comprobar de lleno esta verdad, tan grande como olvidada.

Un mozo de ilustre progenie y refinadísima educación, pero enteramente arruinado por las locuras de sus padres, ocultaba su miseria entre el bullicio de populosa ciudad. Careciendo de ropa decente, salía al obscurecer y se deslizaba avergonzado, pegado á las casas, procurando que no le reconociesen los que en otro tiempo eran amigos de su familia. Veta pasar

trenes suntuosos, caballos de raza regidos por hábiles ginetes, gente regocijada y vestida de gala; oía salir de los cafés y de las fondas y de los círculos torrentes de luz, choques de cristal y carcajadas locas; deteníale la ola de la multitud al entrar en los teatros, y á veces le sorprendía el soplo glacial de la madrugada, atisbando á la puerta de palacios donde se celebraban saraos espléndidos, y le encendía el corazón la silueta de las mujeres que, descubierta el dorado moño y subido hasta la barba el cuello del abrigo forrado de cisne, apoyaban ligeramente su diminuto pie calzado de raso en el estribo del coche. ¡Qué sufrimiento, tener que desviarse del farol para ocultar el sombrero grasiento y la raída capa, las botas torcidas y la camisa de menos que de dudosa limpieza!

En tan críticas situaciones, cualquiera que sea la cultura moral del individuo, creed que surge en el alma una protesta enérgica y ardentísima contra la injusticia de la suerte. Tratadistas hay que aseguran que todo hombre nace *propietario* y *ladrón*; pero esta desolladora observación clínica de la naturaleza humana es más verdadera que nunca si se aplica al individuo que se crió rodeado de bienestar, y á quien ese bienestar impuso necesidades

incompatibles con la estrechez. De carácter recto y sentimientos delicados; empapado en las nociones del honor y de la probidad, mi héroe—á quien llamaré Desiderio—notó con sonrojo que la codicia furiosamente se despertaba en su alma, y que al pasar por delante de las tiendas de los cambistas, sin querer calculaba los goces que representarían para él aquellos montones de oro y plata, y aquellos billetes de Banco sembrados á granel en el escaparate. Pensamientos que le afrentaban; ansias que se apresuraba á rechazar con ira; vergonzosas sugerencias; instintos brutales de apropiación violenta y súbita, le perseguían sin tregua, y en la deshecha borrasca de su espíritu ya se veía perdiendo lo único que le restaba de la dignidad de su originaria condición social: el honor vidrioso y exaltado; y además perdiéndolo sin fruto, sin ventaja alguna, pues mientras prevaricaba su imaginación, continuaba envuelto en lá capa raída y arrastrando por las calles las innobles y tuer-tas botas.

Una noche, mientras Desiderio daba vueltas en el camastro esperando vanamente el sueño porque le desvelaba el estómago vacío, el cuartucho se iluminó con sulfúrea luz, y á la cabecera del pobrete se apareció el diablo ... ó

por mejor decir *su* diablo; lo que para Desiderio era realmente el espíritu maligno—llámese Satanás ó Eblis;—el *mal* que en aquel instante actuaba sobre el alma de aquel hombre. El ángel rebelde sonreía, y trazando un círculo en el aire con su dedo índice, inclusa en el círculo y llenándolo por completo se dibujó instantáneamente una gigantesca, relevada, amarilla y fulgentísima onza de oro.

—¿Quieres poseer, quieres gozar?—preguntó el tentador á Desiderio.

—¿No lo sabes?—respondió el mozo afanosamente.

—Pues escucha. Hace cinco siglos yo te haría firmar con tu sangre un pacto donde declarases que me vendías tu alma por los bienes de la tierra. Hoy todo ha progresado, hasta la fórmula de los pactos diabólicos. ¿A qué comprar almas que ya se entregan? El contrato es libre; eres dueño de romperlo á cada instante. Quedas en posesión de tu albedrío; puedes sacudir mi yugo con sólo resignarte á eterno trabajo y á perpétua miseria. En cambio yo te ofrezco el medio de saciar tus apetitos. Cuando al pasar por sitios donde rueda el oro y se ostenten las riquezas quieras tender la mano y apropiártelas, serás *invisible*: los poseedores notarán que *han sido robados*, pero se vol-

verán locos sin sospechar ni averiguar *por quién*. Como soy leal y no engaño nunca (digan lo que digan los necios), te añadiré que habrá un momento—no puedo advertirte cual—en que perderás el privilegio, y podrán cogerte infraganti y con las manos en la masa. Ese momento será muy corto: llamémosle *la hora de Dios*: en cambio *los años del demonio*; si los aprovechas, te habrán permitido vencer en opulencia á los nababos y á los rajás de la India. Sé diestro, decidido y cauto, y el porvenir te pertenece.

Apagóse la luz; borróse el relieve de la gigantesca onza; y Desiderio, aturdido, dudando si la calentura de la debilidad era la que le obligaba á soñar disparates, vió amanecer y se levantó febril. Apenas se echó á la calle volvieron á atormentarle las palabras del Maldito. Es decir que con un impulso de la voluntad, con sólo transformar el acto en deseo, podía inmediatamente satisfacer sus antojos, apurar las alegrías de la vida. Precisamente pasaba entonces por delante de una joyería, en cuyo escaparate chispeaba una *rivière* de chatones gordos como avellanas. Si se apoderaba de ella, el botín representaba una fortuna. Pero ante todo ¿en realidad, no podrían verle cuando echase mano á la alhaja? Era preciso

saber si mentía el diablo, si había querido sencillamente burlarse de un infeliz.—Entró Desiderio en la tienda, y notó con asombro que los dependientes no dieron la menor señal de haberle visto, ni se movieron de su sitio, ni levantaron la cabeza al ruido de sus pasos. Desiderio avanzó, acercóse al escaparate, descorrió el pasador de la vidriera, alargó la diestra, tomó el estuche.... Los dependientes, como si tal cosa.—No cabía duda; no le veían; estaban cegados por mágico poder; ni se les ocurría que un hombre andaba por allí, dueño de las preciosidades que juzgaban resguardadas por el vidrio. Desiderio sentía bajo sus dedos los brillantes, comprendiendo que podía llevárselos impunemente. De pronto los soltó, exhaló una especie de gemido.... Le parecía que las soberbias piedras le abrasaban las yemas de los dedos.

Desde aquel minuto vagó como alma en pena y sufrió como un condenado, probando todas las amarguras del delito sin recoger su precio. Los principios mamados con la leche, espectros de un pasado de caballeresca altivez y de inmaculada honra, se aparecían, le paralizaban. Hamleto de la codicia, como el otro lo fué de la venganza, asesinábale la indecisión, y habiendo perdido su estimación propia al

notar la continua tendencia de su voluntad hacia el atentado, no granjeaba los apetecidos bienes porque se lo impedían vallas invisibles, telarañas morales interpuestas entre el propósito y su realización. Y así pasaban días y días, y Desiderio continuaba acongojado, perplejo, famélico, haraposo, miserable, triste, envidiando y no poseyendo... y al paso que con la imaginación pecaba á cada minuto, con las manos no se hubiese resuelto á tomar ni un alfiler, ni un confite, ni una flor....

Sin embargo, un día en que no había comido nada, en que la vista se le nublaba y las piernas le temblaban negándose á sostener el cuerpo, Desiderio, ante el escaparate de una pastelería, sucumbió por fin. Entró, tendió la mano, asió una morcilla reluciente y olorosa, le hincó el diente con rabia.... Y al punto mismo tuvo la sensación de que aquel era el momento crítico, el fatal momento en que le verían y le echarían el guante y le pasearían por las calles atado codo con codo, entre befa y escarnio.... Y así fué: de improviso los pasteleros vieron al raterillo, se lanzaron sobre él, y hartándole de bofetadas y mojicones le entregaron á la policía.

Aquella noche durmió en la cárcel.

—La moraleja del cuento—añadió el filósofo—

fo—es que la ocasión la pintan calva, y que no conviene pecar á medias.

—Creo—respondí algo desalentado—que, á pesar de esa moraleja de bronce y acibar, ni en el mundo físico ni en el moral se pierde un átomo de fuerza y de energía, y la larga y valerosa resistencia de Desiderio á las malas sugerencias ya se habrá cristalizado en alguna forma bella.



XVI

TRAVESURA PONTIFICIA

La gente rutinaria, que piensa por patrón, medida y compás, suele imaginarse á los Papas como unos hombres abstraídos, formalotes, serios, encorvados y agobiados á manera de cariátides bajo el peso de la Cristiandad entera que gravita sobre sus espaldas; hombres, en fin, que se pasan la vida en la actitud hierática de sus retratos, juntando las palmas para orar ó extendiendo la diestra para bendecir. Y la verdad es que los Papas, cuya virtud, de puro grande, presenta caracteres infantiles, son personas de festivo humor, de angelical alegría, de ingenio salado, que gustan de ejercitar en la intimidad; y no por acercarse á santos se creen obligados á mantenerse rígidos y tiesos, lo mismo que si se hubiesen tragado un moli-

nillo,
se les
ven,
hierba
con c
humar
de rei
manos
mática
Se da
ojos d
la luz
móvil

No
parece
y con
gestic
manos
costill
risa d
límite
sa pro
desde
única
licia c
de an
simis
amor

nillo, ni á estarse con la boca abierta para que se les cuelen dentro las moscas. Los Papas ven, ¡y desde una legua!; sienten crecer la hierba, ¡y con qué finura lo observan todo! ¡con cuánta penetración!; y se ríen, ¡con qué humana y discreta risa! ¿Por qué no se habían de reír?, pregunto yo. En verdad os digo, hermanos, que la seriedad y la formalidad sistemáticas son condiciones distintivas del borrico. Se dan casos de que asomen lágrimas á los ojos de los irracionales: nunca se ha visto que la luz de la risa alumbre su faz cerrada é inmóvil. La risa es la razón, la risa es el alma.

No creáis, sin embargo, que el reír papal se parece á esa carcajada descompuesta, bárbara y convulsiva, que se manifiesta en grotescas gesticulaciones, obligando á apretarse con las manos el hipocondrio, á descuadernarse las costillas y á desencajarse las mandíbulas. La risa de los Papas apenas rebasa algún tanto los límites de la sonrisa; pero notad que la sonrisa propiamente dicha suele ser melancólica, y desde que se convierte en risa, ó manifiesta únicamente el contento, ó la fina sal de la malicia observadora. La melancolía tiene un dejo de amargura, misantropía, aburrimiento y pesimismo: y como los Papas, rodeados de tanto amor, asistidos por el espíritu de caridad, no

son nunca amargos ni misántropos, y les cercan demasiadas ocupaciones para que gasten el lujo de aburrirse, de ahí que no conozcan la melancolía, ese infecundo amargor psíquico, destilado en nosotros por la doble hiel de nuestro hígado y de nuestras decepciones. Como, por otra parte, los Papas son gente de talento, de altísima posición, conocedores de la sociedad, depósito y arca de experiencia, su templada risa encierra la suma filosofía de la vida mundanal.

Estas observaciones referentes á los Papas me las sugiere la anécdota que voy á referir, y que cuenta ya bastantes años de fecha, pues no ocurrió en el actual Pontificado, sino en otro, cuando la soberanía pontificia se encontraba en todo su auge y esplendor.

El Excmo. Sr. D. Inocencio Pavón, nacido en Asturias y recriado en Madrid, á la sombra de las alas de un conspicuo personaje moderado, había obtenido, después de varios tumbos por el mundo oficinesco y oficial español, y mediante influencias y gestiones que no nos importan un bledo, asumir en la corte pontificia la representación de tres ó cuatro repúblicas hispano-americanas, de las más chicas y pobres, y de las más nacientes é informes en aquel período. Con esto, el Sr. de Pavón se

tenía por tan embajador como el más pintado; y no le hablasen á él de que ningún hombre nacido le ganase la palma en embajadear. A los individuos del cuerpo consular los miraba desdeñoso y compadecido, y aspiraba á no tratarse, alternar, ni cruzar palabra sino con los plenipotenciarios de las grandes potencias. Desgraciadamente, estos señores gastaban unos hombros tan altos, una cara tan seria y acartonada, unas patillas tan dignas y simétricas, unos bigotes tan peinados y correctos, y una mirada tan distraída, que era cosa de jurar que ni veían al resto de la humanidad que no desemeña embajadas. La tiesura del embajador británico; la aristocrática impertinencia del austriaco; las formas confianzudas pero protectoras y humillantes del español; la desembozada grosería del francés, teníanlas nuestro Pavón sentadas en la boca del estómago, y no había cataplasma que se las quitase. Al mismo tiempo las estudiaba como se estudia un arte, para aplicar á los inferiores, apenas le tocase la vez, tantos modos de desdeñar y de darse tono diplomáticamente.

Había que ver á Pavón cuando, revestido de un uniforme de capricho, elegido entre varios modelos, á cual más bordado y recamado, asistía á las recepciones en la logia vaticana, ó acudía

á las privadas audiencias que á cada triquitra-
que acostumbraba demandar al Pontífice. No
le faltaban nunca pretextos para dar jaqueca al
Papa. Como las republiquetas que representaba
Pavón estaban en vías de constituirse, y siem-
pre andaban engarfiñadas por asunto de lími-
tes, fronteras y territorios, sucedía que hoy,
verbigracia, acudiese Pavón á exponer las que-
jas de una república, y mañana á esforzar ar-
gumentos contrarios en favor de su rival; todo
ejecutado con la imparcialidad más estricta y
la solemnidad más profunda, sin que el Papa
se diese nunca por entendido de que Pavón le
estaba diciendo y rogando lo contrario de lo
que la víspera le dijera y rogara. También so-
lía Pavón llevar á la Cámara pontificia cuestio-
nes de fuero y organización eclesiástica, dis-
tribución de parroquias, provisión de sedes
episcopales y otras del mismo jaéz. Para seme-
jantes casos tenía Pavón estudiadas y apren-
didas al dedillo ciertas fórmulas oratorias muy
sonoras é imponentes; como si de legua arri-
ba ó legua abajo de un obispado *in partibus*,
ó de una parroquia más ó menos en el valle de
Pachacamac, dependiese la solución de algún
conflicto internacional muy peliagudo, ó la
salvación del orbe cristiano. «Reclamo toda la
atención de Su Santidad y la del señor Carde-

nal
ardue
trae
aque
suelv
ca d
tes...

A
que a
dienc
Vicar
las c
na or
barg
fuero
ron.
comp
cia d
do h

—
este
su p
falta
Santo

—
se le
Sumo
En

nal secretario de Estado, acerca de este punto arduo y delicadísimo.... El problema que me trae á vuestros pies, Padre Santísimo, es de aquellos que sólo una prudencia exquisita resuelve de un modo satisfactorio.... Hoy nos toca dilucidar materias altamente importantes....», etc., etc.

A cada uno de estos delicadísimos asuntos que arreglaba diciendo por fin *amén*, y accediendo completamente á las indicaciones del Vicario de Cristo, Pavón, que ya poseía todas las cruces españolas, era agraciado con alguna orden ó condecoración pontificia. Sin embargo, como el número de éstas no es infinito, fueron agotándose, y finalmente se concluyeron. Al presentarse una ocasión nueva de recompensar los servicios, el celo y la diplomacia de Pavón, el Cardenal secretario de Estado hubo de preguntar al Papa:

—Santidad, yo no sé qué vamos á ofrecer á este *benedetto* Pavón, porque él se eterniza en su puesto; lleva en Roma cinco años, y no le falta ninguna distinción, cruz ó cinta. Padre Santo, ¿qué le daríamos?

—Queda de mi cuenta: yo discurriré lo que se le ha de dar,—contestó tranquilamente el Sumo Pontífice.

En efecto: la primera vez que apareció Pa-

vón por el Vaticano á presentar sus respetos al Papa, éste, llamándole con afectuosa familiaridad al hueco de una inmensa ventana,—que domina los jardines deliciosos donde hoy León XIII tiende redes á los pájaros,—sacó del bolsillo una cajita, y de la cajita preciosa tabaquera de oro. Lijero círculo de brillantes rodeaba la tapa haciendo resaltar el primoroso esmalte de la miniatura donde sonreía la cara bondadosa y plácida del Pontífice. El Papa estaba lo que se dice hablando; las perfectas facciones de su rostro, pintiparadas para una medalla; su frente nitida, que destellaba inteligencia; los mechones argentados del cabello escapándose de la suave presión del solideo blanco; los ojos reidores, benévolos, con su toquecillo malicioso allá en el fondo de las niñas; hasta los armiños y el terciopelo rojo de la muçeta, todo resaltaba en la obra de arte. La cual, aparte de valer un tesoro por su mérito intrínseco, suponía como regalo la más cortés y exquisita atención, porque nada agradaba tanto á Su Santidad como absorber una pulgarada de tabaco fino, y se refería que en cierta ocasión, habiendo ofrecido un polvo de rapé á un Cardenal, y contestándole éste que «no tenía semejante vicio,» el Papa hubo de replicar: «¡Ah!, el tabaco no es vicio, que si fuese vicio

lo tendríais.» ¿Qué mayor obsequio de parte del Papa que el regalo de una tabaquera? Pavón se confundió y deshizo en expresiones de gratitud, y en protestas de su indignidad para merecer favor semejante.

Al otro día el Papa preguntó al Cardenal secretario:

—¿Qué tal nuestro Pavón? Supongo que no estará descontento.

—¡Descontento! ¡Ah, *Santità!* ¿Cómo descontento? ¡Pues si está loco, trastornado; si no sabe lo que le pasa! De tal manera le ha sorbido el seso y aturrullado la nueva distinción, que ha llegado al extremo....

—¿De qué?

—De preguntarme.... Adivine Su Santidad lo que me habrá preguntado.

—¿Para qué sirve la tabaquera?

—Mucho más, mucho más.... ¡De qué color es la cinta!

—La cinta .. ¿para colgarla?

—Justo.

Más luminosa y jovial que nunca, retozó la risa del Papa sobre sus correctas facciones, presutando brillo singular á sus claros y áureos ojos.

—¡La cinta para colgarla' (repitió): ¡*Dio!* *É molto semplice*. No había más que responderle.... «Color de tabaco.»

El Secretario de Estado, sin poderse reprimir, lanzó una carcajada suave y melodiosa, que brotó de entre sus blancos dientes como el agua de una fontana de mármol antiguo. Tampoco el cardenal secretario era capaz de reirse con espasmos brutales, ni más ni menos que un gañán, y su fina risa armonizaba bien con su tipo prelacial, pulcro y elegante, su sotana divinamente cortada y airosamente ceñida por la faja de seda roja, su pié largo y calzado al primor, su fisonomía sagaz y mellosa de diplomático italiano. Pasado aquel minuto de broma, el Papa y el Secretario se consagraron al despacho de graves asuntos, y no se habló más de Pavón ni de su tabaquera.

Pero el primer día de recepción solemne en el Vaticano, el Cardenal y el Pontífice cruzaron una ojeada rápida, vivísima, viendo entrar al Sr. D. Inocencio, todo resplandeciente de cruces, estrellas y placas. Su pecho era un calvario, y deslumbraba por su magnificencia. Y entre tanto colgajo y brillete, uno sobre todo atraía la atención, la curiosidad y acaso la envidia de los circunstantes, sorprendidos é ignorando qué significaba aquella condecoración novísima. Era,—pendiente de ancha cinta de seda color de tabaco maduro,—la caja de rapé del Papa, cegando la vista con

su ci
centr

¿D
ment
públi
pens
bried
tradi
maci
en el
sadas
rústi
nas f
nada
un d
der t
dir p
Si lo
de nu
de su
tan a

A
Pav
nuev
sar d
el Ca
él, p
que

su círculo de brillantes, y ostentando en su centro la hermosa cabeza pontificia.

¿Duraron mucho tiempo la broma y los comentarios de ese episodio? ¿Trascendieron al público? Mal conocería el Vaticano quien tal pensase. El Vaticano es la discreción y la sobriedad misma. Si se perdiesen las buenas tradiciones y los selectos moldes de la diplomacia y la cortesanía, volverían á encontrarse en el Vaticano. Allí no se conciben guasas pesadas (indicio evidente de pésimo gusto y de rústica educación), ni se concede á las humanas flaquezas, previstas, adivinadas y perdonadas de antemano, mayor atención que la de un discreto cuchicheo. El que quiera aprender tacto y mundología, al Vaticano debe acudir para que lo descortecen con el ejemplo. Si los clérigos zafios y los fanáticos radicales de nuestros partidos extremos fuesen capaces de suavizarse, en el Vaticano se haría milagro tan asombroso.

A los pocos meses de haberse presentado Pavón con su tabaquera colgada, se ofreció nuevamente el caso de tener que recompensar de algún modo sus servicios. De esta vez, el Cardenal secretario manifestó al Papa que él, por su parte, renunciaba á discurrir lo que podría Su Santidad ofrecer á Pavón. El

Papa, con su habitual serenidad, anunció que se disponía á enviar sin tardanza alguna á casa de D. Inocencio una pequeña muestra de su gratitud y del aprecio en que tenía su celo y actividad en pro de la Santa Sede. Muerto de curiosidad andaba el Secretario de Estado por averiguar en qué consistía la pontificia dádiva; pero el Papa, con picardía de chiquillo y reserva de soberano, cerraba su boca ó desviaba la conversación al traerla el Cardenal hacia ese punto. Sólo pudieron sacarle unas palabras:

—Lo que le he dado á Pavón.... ¡Ah! Espero que es cosa que no podrá colgársela.

Por fin, el Cardenal, intrigadísimo, se resolvió á hacer á Pavón una visita en toda regla, por ver si lograba esclarecer el misterio. Y apenas entró en la sala, cuando distinguió un objeto, que indudablemente era el regalo pontificio. Aquella inmensa consola, con acanaladas y doradas patas al estilo del Imperio de Bonaparte; con su inmenso tablero de mosaico, donde se desplegaban en semicírculo el Panteón, el Coliseo, la columnata de Bernino, el Acqua Paola, la Mole Adriana y demás monumentos universalmente célebres de Roma, era, claro está, la fineza ideada por el Vicario de Cristo para que á Pavón no se le ocurriese colgársela del pescuezo.

Apenas fué admitido á presencia del Papa, el Secretario dijo chuscamente:

—Padre Santo, he tenido el gusto de admirar el presente que Vuestra Santidad ha ofrecido al *signor Pavone*. *Bella cosa*. Sólo que de esta vez no me ha preguntado el color de la cinta.

—Pues si pregunta, no hay que asombrarse ni aturdirse, sino responder que es color de cable,—advirtió benignamente el augusto Anciano, que con su níveo traje, y el sonrosado color de sus mejillas, y la irradiación casi lumínica de su rostro, parecía un arcángel volando por cima de las miserias terrenales y las pequeñeces de la vanidad.

XVII

LA CABEZA Á COMPOÑER

Érase un hombre á quien le daba malísimos ratos su cabeza, hasta el extremo de hacerle la vida imposible. Tan pronto jaquecas nerviosas en que no parecía sino que iba á estallar la caja del cráneo, como aturdimientos, mareos y zumbidos, cual si las olas del Océano se le hubiesen metido entre los parietales. Ya experimentaba la aguda sensación de un clavo que le barrenaba los sesos—y el clavo no era sino idea fija, terca y profunda,—ya notaba el rodar, ir y venir de bolitas de plomo que chocaban entre sí, haciendo retemblar la bóveda craneana—y las bolitas de plomo se reducían á dudas, cavilaciones y agitados pensamientos.

Otras veces, en aquella maldita cabeza sucedían cosas más desagradables aún. Poblába-

se toda ella de imágenes vivas y rientes ó melancólicas y terribles, y era cual si brotase en la masa cerebral un jardín de pintorreadas flores, ó como la serie de cuadros de un kaleidoscopio. Recuerdos de lo pasado y horizontes de lo venidero; *ritornelos* de felicidades que hacían llorar, y esperanzas de bienes que hacían sufrir; perspectivas y lontananzas azules ó diamantinas, ó envueltas en brumas tenebrosas, se aparecían al dueño de la cabeza destornillada, quemándole la sangre y sometiéndole á una serie de emociones y sobresaltos que no le dejaban vivir, porque le traían fatigado y caviloso, entre las reminiscencias del ayer y las probabilidades inciertas del mañana.

No se conformaba con esto la pícara cabeza, pues también había dado en la manía de consagrarse á la investigación de la verdad y de los orígenes de las cosas, y andaba vuelta tarumba con el problema del conocimiento, el sujeto y el objeto, la apariencia y la sustancia, el fenómeno y el númeno, y otras cuestiones baldías, que recalentaban al rojo blanco aquel pobre meollo, emperrado en dar vueltas, lo mismo que una devanadera, alrededor de enigmas que hasta la presente no se sabe que hayan encontrado solución satisfactoria. ¿Qué se

entiende por libertad humana? ¿Qué es la conciencia? ¿Qué significa la palabra *querer*? ¿Qué la *cosa en sí*? ¿Qué papel desempeña ante la percepción exterior la voluntad? ¿En qué consiste un *hecho primordial metafísico*? Al profundizar tan arduos *qués*, la cabeza latía queriendo romperse, los sesos echaban humo á modo de cafetera donde hierve el agua, y la sustancia gris, ó lo que fuese, soltaba lumbres fosfóricas. El dueño de la cabeza enloquecía.

Nadie me negará que en casos semejantes urge ponerse en cura. Así lo decidió mi héroe, y se propuso consultar á todos los médicos de fama, hasta que alguno acertase á devolverle la tranquilidad y la salud.

El primer doctor á quien vió, levantando delicadamente el casquete del meollo, comprobó que todo el cerebro se encontraba en un estado de sobre excitación y actividad febril, y que en eso consistía el padecimiento. La cabeza vivía con exceso, funcionaba de sobra, y el doctor, aplicando medicamentose molientes, logró que sobreviniese por algunos días un estado de soñolencia y modorra, que hizo al paciente muchísimo bien. No obstante, pareciéndole que el método de aquel doctor era sólo un paliativo, quiso recurrir á otros más

radicales, que atacasen la enfermedad de frente.

Dirigióse, pues, á un célebre operador, que registrando los sesos al microscopio, declaró que había encontrado medio seguro de combatir el mal, y en un santiamén practicó la ablación de la potencia imaginativa ó fantasía. No más ensueños, no más poéticas figuraciones que unas veces se envolvían en grises tules de tristeza y otras revestían los radiantes colores del arco iris; no más palacios de jaspe y oro, no más mónstruos y endriagos, no más pájaros azules, no más mariposas, no más nostalgias, no más quimeras.... Y al apagarse los fuegos artificiales de la imaginación, el enfermo se quedó al pronto sosegado y lleno de bienestar, como el que huyendo de la luz y del ruido se recoge á un aposento retirado, oscuro y silencioso.—Pero no tardó en notar que la cabeza continuaba descompuesta, por lo cual se dirigió á casa de otro doctor elogiado en todas las revistas científicas.

Lo mismo que su antecesor, practicó un registro en la sesera, manejó la lente, miró y remiró.... y vino á decir que su colega la había errado de medio á medio, y que no eran la dorada fantasía ni la plástica y creadora imaginación lo que debía suprimirse para evi-

tar tales daños, pues allí sólo estorbaba la razón ergotista y puntiaguda, atirantando todas las fibras de la masa encefálica y causando torsiones, dolores crueles. Sin encomendarse á Dios ni al diablo, sacando de su estuche instrumentos sutiles como pelos, practicó la extirpación de la razón y de la facultad discursiva, y el enfermo se encontró en la gloria, libre del ímprobo trabajo de raciocinar.

Lo malo fué que pasado algún tiempo remanecieron las molestias. Otra vez la cabeza en ebullición, y el dueño desesperado. Ya sólo le quedaba por visitar el gabinete de un médico, quizás el más ilustre de los cuatro, que á la habilidad del cirujano reunía la inteligencia del pensador; y á él acudió llorando el de la cabeza desbaratada, pidiendo que de una vez le arreglasen aquella mala saboneta que no regía.

El doctor practicó su inevitable reconocimiento, y tuvo su meneo de cabeza, y frunciendo de cejas, y desdeñosa sonrisilla, inevitables también. Desenvainando los no menos infalibles chirimbolos de bruñido acero, exclamó que de poco servía haber eliminado la *imaginación* y la *razón*, en verdad funestísimas, si dejaban persistir sus huellas y la reminiscencia de sus funciones en la maldita

memoria, causa de todas nuestras penas y berrinches. Y añadiendo que ahora sí que el enfermo de la cabeza iba á quedar descansado, le rebañó diestra y rápidamente la memoria, —lo único que le estorbaba.

Desde entonces, la cabeza fué una delicia. Ni volvió á doler, ni á calentarse, ni á perturbarse, ni á decir aquí me tienes: como que estaba hueca, vacía, limpia del todo. Al ex-enfermo le pusieron de mote *el idiota*, pero él, tendido al sol, respirando el aire puro, durmiendo á ratos, dirigiendo, vegetando,—era feliz.



XVIII

SINFONÍA BÉLICA

Poco más antiguos son los
omes que las armas.

(Libro de Hierónimo de
Carranza, que trata de la
Philosophía de las armas.)

Las sombras de la tarde iban descendiendo muy lentamente sobre la estancia, saloncete, taller, estudio ó lo que fuera. Por la encristalada claraboya no entraba ya sino una luz macilenta y vaga, que á duras penas conseguía alumbrar y dejar percibir el mueblaje, las cortinas, los objetos de arte distribuidos por las paredes. Una igualdad de tono gris, color de crepúsculo, identificaba la variadísima decoración del recinto, derramando en él

misteriosa paz y melancolía, que no dejaba de tener sus encantos peculiares.

Así lo creía el dueño y morador de la elegante cámara, Tirso Rojas, de los hombres más cultos que se gastan por aquí; lector, pensador y amigo de guardarse para sí pensamientos y lecturas, coleccionista sin manías ni pretensiones de poseer rarezas únicas, y sin embargo afortunado descubridor de unas cuantas piezas que harían reconcomerse de envidia á sus rivales en la tarea de recoger armas viejas y herrumbrosas. Porque las armas eran el capricho de Tirso, y las paredes de su estudio hallábanse convertidas en armería.

A aquella hora indecisa y poética, Tirso, recostado en una meridiana, cubierto el cuerpo por un gran chal de Manila que, sin abrigar, creaba la tibia atmósfera favorable al ensueño; apurando las últimas chupadas de aromoso habano, se dejaba impregnar de calma meditabunda. El velo de neblina caía también sobre su espíritu, y al apagarse los brillantes culebros y destellos de crisis, montantes y puñales y dagas buidas, el vivo colorido de las flores de seda del biombo, la chispa del bruñido tazón de las espadas y del nielado orbe de las rodelas, el reflejo vítreo de los

cuencos de Manises y los tonos carmesies de una magnífica bandera que formaba pabellón en el techo, sintió Tirso una extinción interior, un vacío difuso y pálido, una impresión no dolorosa, pero equivalente á la que experimentaría un hombre á quien le exprimiesen el cerebro, como se exprime una esponja, invisibles é insensibles dedos, dejándolo sin pensamientos, sin raciocinios, sin coordinación ideológica ni casi percepción, como no fuese la flotante é incolora nube de humo que era para él el mundo exterior entonces.

¿Se durmió? No, no es eso: la palabra *dormir* no expresa bien el estado intermedio del espíritu de Rojas. ¡Cuán pobre es la lengua más copiosa y abundante, en comparación de la infinita riqueza y complejidad de los estados psíquicos, fugaces, matizados de tan delicada y varia manera, que para nombrarlos habría que romper los caducos moldes de los míseros y ya desdentados idiomas, multiplicar indefinidamente los substantivos, repintar y redorar los adjetivos, poner en una sala de gimnasia á los cojos verbos, y ceñir al rudo talón de las sintaxis las palpitantes alas de Mercurio!

Rojas no se durmió. No cayó en ese grosero sopor material, nacido de la sangre y medio

mecánico de reparación de nuestro organismo. Lo que hizo fué *desidearse*, suspender su propia actividad cerebral, y permitir á las especies sensibles de los objetos que le rodeaban sustituirla ó dirigir lo poco que de tal actividad le restaba todavía.

Y así, entre duerme y vela, lo primero que se impuso á la fantasía de Tirso, fué un objeto cualquiera, lo más despreciable de su colección: un hacha groseramente labrada en pedernal, que por refinado capricho solía guardar en un cofrecillo de marfil del siglo XIII. En virtud del singular estado mental de Tirso, el arma apareció adherida á un mango hecho de gruesa y recia rama de árbol no despojada de su corteza; y este tosco mango lo empuñaba y blandía una garra peluda, que al pronto pareciera de bestia salvaje, si el brazo correspondiente no arrancase de un tronco humano, aunque de hombre algo participe de la naturaleza bestial. Su cuerpo velludo y fornido; sus patazas arqueadas; su pronunciada mandíbula y su hirsuto sobrecejo, tras del cual se emboscaban dos ojuelos ávidos y feroces, más eran de jímio que de persona. En voz bronca y gutural, en un idioma tosco y compuesto de monosílabos, aulló mejor que pronunció estas cláusulas, que Tirso comprendía sin embargo:

—¡Quién poseyese armas de una materia durísima, armas fuertes, armas veloces! Con ellas podría yo conseguir siempre carne y grasa, vellones blandos para abrigarme en estas glaciales estepas, y huesos que rajar para chupar el tuétano con golosina. El rengífero y el toro me resisten, y no siempre logro cazarlos. La caza más cómoda y fácil para mí, es la de los animales de mi misma especie. Esos ni son rápidos en correr, ni enérgicos en resistir, ni astutos en escapar: no tienen defensas, no tienen pezuñas, no tienen recia piel donde se embote el filo del hacha.... En esos me desquito. ¡La guerra es mi único recurso! Mira allí, junto á la llama, restos de los últimos semejantes míos que he cazado: una hembra con sus pequeñuelos....

Tirso se estremeció, y en vez de mirar adonde señalaba el hombre de la edad de piedra, volvió la cabeza al lado opuesto, y saboreó una impresión profundamente estética al ver un hermoso guerrero que parecía desprendido de un vaso etrusco. Sus piernas y brazos, de admirable modelado y color de barro cocido, lucían desnudos la musculatura generosa: con el izquierdo embrazaba un grande y ponderoso escudo, de varia labor, ornado en torno con triplicado cerco de metal. Recio yelmo

de ondeante penacho cubría su cabeza; defendía su pecho coraza reluciente, y á sus tobillos se ajustaban grebas de estaño. La mano derecha sostenía una gruesa lanza, de tres palmos lo menos de altura. Su barba negra, rizada en canalones, goteaba perfumado aceite. Sus labios articulaban estrofas sonoras, que tenían el murmurio acariciador del mar cuando se estrella en las playas de las islas habitadas por los dioses. «Soy—decía en su lengua musical—Ifítion, fruto de los retozos de Otrinto con la ninfa Nais, que me dió á luz en Ida, ciudad situada á la falda del Tmolo, que coronan eternas nieves. En el sitio de Troya me espera Aquiles, que ha de ser mi matador, partiéndome la frente con su lanza. Cuando yo caiga al empuje de la diestra del hijo de Peleo, la tierra resonará, y las ruedas del carro de mi vencedor destrozarán mi cadáver. Pero el aedo de Grecia cantará en su cítara mi valor y mi bella muerte; y de nuestras carnicerías bajo los muros de Ilión nacerá la epopeya. La guerra es hermosura; la guerra es madre del arte.»

Aún admiraba Tirso á aquel soberano ejemplar de la época heroica, cuando lo vió desvanecerse rápidamente, y al disiparse sus estatuarios contornos, surgió una figura de matro-

na envuelta en negros paños. La fisonomía de la mujer respiraba indignación, odio y decisión fiera y salvaje, y en su mano vibraba una de las piezas realmente curiosas y nombradas de la colección de Tirso: la rarísima espada *falcata*, que era corva, á manera de hoz, y tenía filo por la parte de adentro, transformación de una herramienta agrícola en arma guerrera, que inspiró á la raza celtíbera el horror de la invasión romana.

—¿Ves? (gritó la mujer numantina en una jerga ronca y dura, algo parecida al antiguo vascuence.) Con esto sabré yo defender el territorio y el altar de nuestros dioses locales. Tarde nos rendirán esos conquistadores del Lacio, porque si nuestros esposos y nuestros hijos desfallecen, aquí estamos nosotras para sustituirles. La guerra cuesta lágrimas y arroyos de sangre, pero es santa: la guerra es la independencia y el honor. ¡Mis labios están prontos á maldecir al que no quiera guerra á muerte!

Estas últimas palabras sonaron lejanas y hondas; la heroína se disolvió en un vapor rojizo, que suavemente pasó al tono rosado de la aurora, y luego á un anaranjado que se deshizo en fluidas tintas de oro; y en medio de aquel rompimiento de gloria, resplandeció más

viva aún la figura de un gallardo paladín, que vibraba la rica espada de puño de filigrana con incrustaciones de amatistas y zafiros, que en otro tiempo enriquecían reliquias preciosas—la espada inestimable que Tirso no había querido ceder por el puñado de libras que le ofrecía el embajador de Inglaterra.— Lo que más llamaba la atención á Tirso era que la luz dorada se condensaba alrededor de la cabeza del paladín, formando un nimbo como el que ostentan las imágenes de los santos en los viejos trípticos: aureola redonda, en que recortan el oro líneas de pureza geométrica, dibujando en el interior del círculo una hoja de trébol. El rostro del guerrero armado con la Durindana no expresaba ni ferocidad, ni arrogancia heróica, ni cólera furiosa, sino una especie de arroboamiento celestial, un transporte que se revelaba en su modo de sostener la espada, apretándola contra el pecho como para incrustarla en el corazón. Y en dulce lengua de *oïl*, arcaica é ingenua, sus labios articularon una oración á la Virgen Madre de Dios, para que sacase triunfante la Cruzada, rescatando definitivamente el Santo Sepulcro de manos de infieles. «La guerra es sacrosanta; la guerra es divina....», parecía decir en tono de himno, lle-

gando-al corazón la espada mágica, mientras sus pupilas, revulsas por el éxtasis, buscaban el cielo.

Borróse también aquella aparición digna de las vidrieras de colores de una catedral..., y en su lugar vió Tirso un jayán de fiera traza y atezado rostro, que vestía sobre el colete una especie de jaqueta acolchada, de tela de algodón: las jaquetas que usaban para preservarse contra las flechas de los indios los españoles de las huestes de Hernán Cortés. En un plato de barro con extraños dibujos y jeroglíficos aztecas, el jayán presentaba á Tirso un trofeo horrible, un corazón humano palpitante, destilando sangre tibía..., mientras decía en excelente castellano del siglo de oro, el castellano de Solís: «Sacáronmelo por los pechos, con ciertas piedras muy afiladas, los sacerdotes del ídolo Vitzciliputzli, que en lengua mejicana significa Dios de la guerra, y á quien nosotros, por tropezar en la pronunciación, llamábamos *Huchilobos*. Afirmáronme por las espaldas á una losa de jade, y allí me hicieron la operación cruenta. Sucedió esto en la noche que suele llamarse *triste*, en que el emperador Guatemuz rechazó de Méjico á las tropas de nuestro capitán Cortés. Cuando me abrieron los pechos, hallábame ya

casi moribundo, de herida de una flecha que me pasó el colchoncillo y se clavó en el ijar. En el punto de la agonía miré al ídolo (que tenía feísima catadura, dos fajas azules una sobre la frente y otra sobre la nariz, en la mano derecha una culebra ondeada que le servía de bastón, y en la izquierda cuatro saetas, que aquellos paganos juzgaban traídas del cielo), y le dije: «Hemos venido aquí á acapar contigo, demonio. Estas Indias que descubrimos serán reinos de España y del Altísimo, que se cansa de ver á tantos racionales en poder de Satanás. A mí me perdona mi Dios, el verdadero, las cuchilladas que di y algún oro que tomé á Moctezuma..., y voy al cielo, porque soy mártir. ¡Viva para siempre la guerra!»

Una transformación más rara que todas las anteriores convirtió al soldado de Hernán Cortés de atezado en rubio, de hombre vestido con acolchada coraza y férreo capacete, en portador de abierta blusa que descubría los pectorales rosados y sudorosos; de aventurero castellano del siglo XVI, en aldeano francés del XVIII; y, blandiendo una pica, gritó con voz ronca, en su lengua natal y con música de *La Marsellesa*: «¡A la frontera! ¡Rechacemos al invasor! ¡La guerra es sacrosanta; la guerra es la libertad!»

Detrás de esta figura vió surgir otras severamente uniformadas á la moderna; muchas, muchas, probablemente un regimiento dispuesto en cuádruples filas alrededor de un círculo de mónstruos de acero y hierro con bocas múltiples—mónstruos en quienes reconoció Tirso á las célebres *mitrailleuses* de la lid franco-prusiana. En medio de aquel círculo negro y amenazador que iba á vomitar mortífero plomo dentro de breves instantes,—lívida, desgredada, convulsa, ebria ó sumida en sinietra calma, vestida de harapos, confundidos los sexos y las edades, se apiñaba una multitud inerme:—los petroleros de la *Commune*. De pronto oyéronse voces de mando; una larido de terror se alzó de aquella escoria infeliz, y casi al mismo tiempo una formidable, pavorosa, honda descarga envió fuego y muerte á la manada de lobos. Y entre el estrépito, los ayes, las inarticuladas quejas, pensó Rojas distinguir un murmullo que decía confusamente: «La guerra es el orden y la legalidad social...»

.

De esta vez, Tirso saltó de la meridiana. Tinieblas profundas envolvían el saloncito. A tientas encendió un fósforo, y la lámpara después. La luz hizo refulgir y brillar las armas

disp
Tirso
más
colec

dispuestas en panoplias por las paredes, y á Tirso le pareció más interesante, más poética, más digna de la atención de un pensador su colección querida.

FIN.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
I.—Viernes Santo.	7
II.—El talisman.	27
III.—Crimen libre.	39
IV.—La caja de oro.	51
V.—Un diplomático.	57
VI.—Los huevos pasados.	68
VII.—Sic transit....	71
VIII.—Nieto del Cid.	78
IX.—El décimo.	93
X.—El premio gordo.	98
XI.—Prueba al canto.	108
XII.—Una pasión.	114
XIII.—Benito de Palermo.	131
XIV.—Planta montés.	141
XV.—Cuento inmoral.	152
XVI.—Travesura pontificia.	160
XVII.—La cabeza á componer	172
XVIII.—Sinfonía bélica.	178

10.1200087066

Ayuntamiento de Madrid





